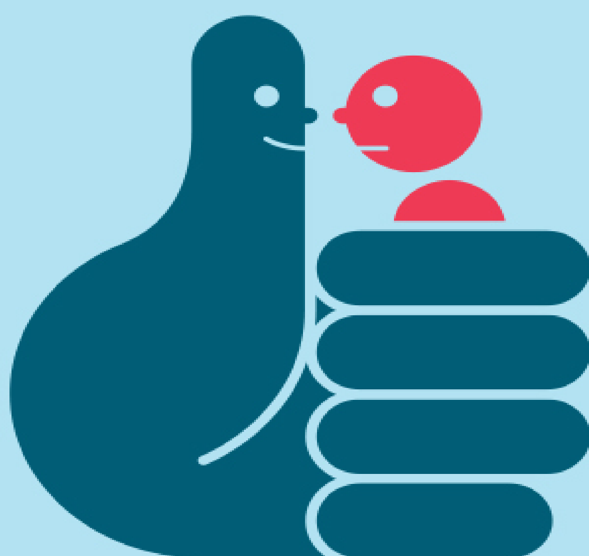
JEAN-CHARLES BOUCHOUX

LOS PERVERSOS NARCISISTAS

QUIÉNES SON, CÓMO ACTÚAN Y CÓMO DESHACERSE DE ELLOS

5ª edición



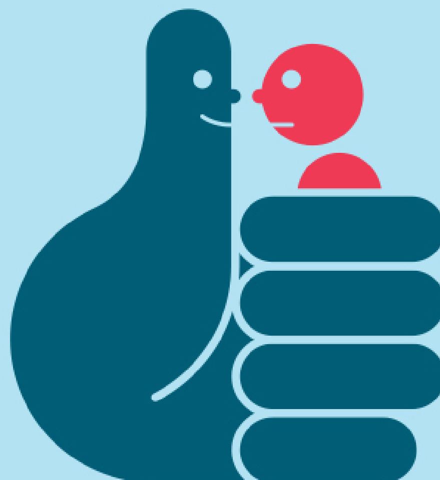
arpa

JEAN-CHARLES BOUCHOUX

LOS PERVERSOS NARCISISTAS

QUIÉNES SON, CÓMO ACTÚAN Y CÓMO DESHACERSE DE ELLOS

5ª edición





JEAN-CHARLES BOUCHOUX

Jean-Charles Bouchoux es psicoanalista, psicoterapeuta y escritor. Desde hace más de diez años forma a otros terapeutas, psicoanalistas y públicos confrontados con la relación de ayuda. También supervisa distintas organizaciones sin ánimo de lucro, como asociaciones de ayuda y de gestión de tutelas, e imparte conferencias por toda Europa.

Además de *Los perversos narcisistas*, que lo ha consolidado como una de las voces internacionales más respetadas en el campo del tratamiento de la perversión narcisista, también ha publicado, entre otros libros, *Por los caminos de Buda y Freud* (Arpa, 2018).

LOS PERVERSOS NARCISISTAS

Título original: *Les pervers narcissiques*

Primera edición: septiembre de 2016
Quinta edición: julio de 2020

ISBN: 978-84-16601-48-6

Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Anna Juvé
Maquetación: Àngel Daniel
Producción del ePub: booqlab

Arpa
Manila, 65
08034 Barcelona
arpaeditores.com

Jean-Charles Bouchoux

LOS PERVERSOS NARCISISTAS

Quiénes son
Cómo actúan
Cómo deshacerse de ellos

Traducción y nota introductoria de Lídia Cuscó

arpa

A mis hijos,
Jean-Baptiste, Alexandre y Édouard

A todos los seres sensibles, para que puedan encontrar
los caminos de la felicidad y creer en la igualdad
de todos los seres

A ti, evidentemente

¿Qué significa esta tristeza
que embarga todo mi ser?
No se me quita de la cabeza
un cuento de un remoto ayer.

Refresca ya y oscurece,
y sereno fluye el Rin.
La cumbre del monte reluce
con los últimos rayos del sol.

La más bella de las doncellas
arriba en la peña se divisa.
Sus doradas joyas refulgen
cuando su pelo de oro alisa.

Se peina con peine dorado,
cantando una bella canción
que tiene una melodía extraña
de un son estremecedor.

El navegante en su barquita,
prendido de un violento pesar,
no atiende ya a los peñascos:
hacia arriba mira sin cesar.

Al fin las olas se tragan
al barquero y su embarcación.
Esto es lo que ha conseguido
Loreley con su canción.

HEINRICH HEINE (1823)

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA

A principios de verano de 2015 hice un viaje fugaz a Toulouse, en compañía de una buena amiga que quería asistir a un concierto.

Raquel, mi amiga, estaba intentando superar un estado depresivo tras haber vivido una relación muy tóxica.

Teníamos unas cuantas horas por delante antes del concierto y nos dedicamos a callejear por el centro de la ciudad. Al pasar frente a una gran librería, decidimos entrar. Allí, en medio de un montón de libros, hubo uno que me llamó la atención: *Les Pervers Narcissiques*, de Jean-Charles Bouchoux. Abrí una página al azar, leí una frase y le dije a Raquel: «Acabo de descubrir una pequeña joya».

Jean-Charles Bouchoux habla de los mecanismos perversos narcisistas como a mí me habría gustado hacerlo, con un lenguaje claro y conciso que permite que todo el mundo pueda llegar a comprender cómo funcionan estos mecanismos, y lo que es más importante, cómo podemos escapar de ellos. Su lectura me cautivó porque explica con palabras sencillas y asequibles conceptos complejos.

Quería que Raquel lo leyese, pero su nivel de francés no iba a permitirle una lectura cómoda. De regreso a Barcelona lo busqué en castellano, pero no existía. ¿Cómo? Un libro como este tenía que estar traducido, y no solo al castellano.

Me puse en contacto con el autor, quien me confirmó que su libro solo estaba publicado en francés. Le propuse traducirlo y me respondió: «Antes tendrías que encontrar a un editor». Y así empezó esta aventura…

Desde entonces, he tenido ocasión de asistir a algunos seminarios y conferencias de Jean-Charles Bouchoux. En ellos he sido testigo del enorme impacto y agradecimiento que ha recibido por parte de

muchos asistentes: «Gracias por haberme abierto los ojos», «Gracias a usted, he podido salir del pozo», «Ahora entiendo por fin qué clase de relación estaba viviendo», «Su libro me ha salvado la vida», etcétera.

Desde el principio, este proyecto ha generado muchísimo entusiasmo entre todos los que estamos implicados en él. Sincronicidad y sinergia se combinan y se suceden.

Agradezco a Rocío Morilla y Elena Morilla su colaboración desinteresada en el proyecto, y a Rafael Casas su aportación.

Traducir *Los perversos narcisistas* y redactar esta nota para la edición española ha sido un gran honor para mí, y espero que pueda contribuir a difundir sus enseñanzas.

LÍDIA CUSCÓ

Barcelona, junio de 2016

INTRODUCCIÓN
¿QUIÉN ES EL PERVERSO NARCISISTA?

Después de la primera edición de este libro, que tuvo un extraño éxito, recibí muchas reacciones en forma de testimonios y consultas. Por ese motivo he querido que, en ediciones posteriores, mi trabajo se completara con el relato de algunos de estos testimonios, que permitirán una mejor comprensión del tema.

El perverso narcisista estructural utiliza el vínculo familiar, profesional o amoroso para someter al otro. Necesita de esta proximidad para ejercer su influencia y no permite que su víctima se aleje de él. Es frío, no conoce la culpabilidad (porque proyecta sus afectos) y no duda en culpabilizar a los demás.

Los valores, los sentimientos y el comportamiento del perverso narcisista cambian en función de las personas y del contexto que le rodean. En apariencia es amable y puede fingir compasión y simpatía. Es seductor y, si es preciso, puede mostrarse muy servicial, sobre todo si eso le permite alcanzar sus objetivos, a menudo a costa de los demás. No tiene nunca en cuenta las necesidades ni los sentimientos de los otros, salvo para utilizarlos, manipular a su víctima, aislarla y conseguir que haga lo que él quiere. Es egocéntrico, y aunque también es mentiroso, exige en el otro la perfección y la verdad. Generalmente hábil con las palabras, utiliza el doble sentido para manipular y asumir el papel de víctima, para que le compadezcan o para incomodar al otro deliberadamente. A pesar de carecer a menudo de valores propios, utiliza la moral y los valores de los demás para alcanzar sus objetivos. Puede ofrecer razonamientos aparentemente muy lógicos para justificar sus actuaciones. Puede ser celoso e infiel. No soporta ser el blanco de las críticas, pero critica sin cesar. Para crecerse, se alimenta de la imagen de su víctima: cuanto más la

menosprecia, más fuerte se siente. Si siente angustia, rápidamente hace experimentar al otro esta misma angustia. A través de los mecanismos que vamos a exponer, veremos cómo el perverso narcisista hace cargar a los demás con lo que deberían ser su rabia, sus miedos y su culpabilidad. O, dicho de otro modo, su locura.

Ahora bien, si el perverso narcisista con una estructura perfecta existe, debemos saber que todos estamos expuestos a utilizar, en ciertos momentos, mecanismos perversos narcisistas. Por esta razón, más que un ensayo sobre el perverso narcisista, este libro intenta trazar un mapa de los mecanismos y de los orígenes de la perversión mental, y esbozar el límite entre normalidad y perversión.

En este sentido, los personajes de don Juan y Casanova son paradigmáticos de lo difícil que resulta describir una personalidad con precisión: don Juan seduce a las mujeres y les propone citas a las cuales no se presenta, pero envía a su criado Sganarelle para comprobar que ellas sí acuden. Cuando es así, se siente satisfecho. En cambio, Casanova seduce a las mujeres, acude a la cita, «consuma» y desaparece. Tanto el uno como el otro se defienden de la angustia asociada a la idea que tienen de su poder.

Don Juan constata el poder de su imagen; Casanova se asegura de no estar castrado. Podríamos ver, pues, en Casanova a un perverso sexual; en don Juan a un perverso narcisista. Sin embargo, los dos huyen —después de haber seducido— porque en una relación amorosa se sentirían demasiado expuestos al peligro.

El perverso narcisista, tal como vamos a estudiarlo, seduce a su presa a la manera de don Juan, pero luego la retiene e intenta destruir su imagen. Se alimenta de ella y proyecta en ella su propia locura. Somete a su víctima y la empuja a la depresión, la violencia, la perversión, la locura, la enfermedad y, en los casos más extremos, a la muerte por suicidio o por accidente.

A lo largo de esta obra estudiaremos casos de personas reales que nos demostrarán que a veces es muy difícil hacer un diagnóstico

preciso. Descubriremos el caso de Vanesa y veremos cómo, al igual que la Loreley del poema citado en el epígrafe de este libro, se convierte en una sirena seductora que se complace al ver a los marineros estrellarse contra sus arrecifes. El lector que lo desee podrá analizar este caso práctico y responder a unas cuantas preguntas que hemos agrupado al final del libro[1]. Veremos también el caso de Frank, que disfruta enormemente criticando a su mujer y despreciándola, tratándola de perversa para olvidar que él se sintió traicionado en su infancia. También el caso de Santiago, jefe de empresa, que se crece a costa de menospreciar a sus empleados. De igual modo analizaremos el caso de Andrea, que desarrolla mecanismos perversos narcisistas para salir de su caos y después, a diferencia del perverso estructuralmente perfecto, siente una angustia del abandono que le hace recaer. Su recorrido se completará con el largo testimonio de Juan, compañero de Andrea, que después de haber experimentado dos años de tormentosa relación con ella pondrá toda su vida en cuestión. En todos estos casos, los lectores serán testigos de cómo funcionan los mecanismos expuestos a lo largo de esta obra. Finalmente, veremos que los padres perversos no dudan en sacrificar la salud mental de sus hijos con el único fin de preservar su propio bienestar.

UN POCO DE HISTORIA

El psicoanalista francés Paul-Claude Racamier inventó el concepto de «perverso narcisista» en la década de 1950. En aquella época trabajaba con la psicosis[2], concretamente con la esquizofrenia[3]. Para él, el esquizofrénico vive con horror sus conflictos internos y se apresura en proyectarlos en el otro. En su libro *Le génie des origines* (El genio de los orígenes) Racamier explica, acerca de los perversos: «Son infiltrados que aprovechan cualquier excusa para atacar el placer de pensar y la capacidad de crear; en el perverso narcisista predominan la necesidad, la capacidad y el placer de protegerse de los conflictos internos, y particularmente del duelo, haciéndose valer en

detrimento de un objeto manipulado como una herramienta y un contrapunto».

Harold Searles, que estudia también la esquizofrenia, destaca la interacción de los procesos inconscientes entre el psicótico y su terapeuta. En su libro *L'effort pour rendre l'autre fou* (El esfuerzo por volver loco al otro), Searles nos dice: «Volver loco al otro forma parte del poder de cada uno: lograr que no pueda existir por sí mismo, ni pensar, ni sentir, ni desear acordándose de él mismo y de lo que le es propio». La perversión narcisista sería un medio para la persona de no llegar a delirar, para que sea otro el portador de su caos y no caer así en la psicosis.

Pero fue la francesa Marie-France Hirigoyen, médico psiquiatra y también psicoanalista, quien popularizó el término en su obra *El acoso moral: el maltrato psicológico en la vida cotidiana*. Define el acoso moral, mecanismo típico del perverso narcisista, como «cualquier conducta abusiva que se manifiesta particularmente en comportamientos, palabras, actos, gestos, escritos, que puedan atentar contra la personalidad, la dignidad o la integridad física o psicológica de una persona, poniendo en peligro su trabajo o degradando su ambiente social».

LA PERVERSIÓN NARCISISTA

El término «perverso» ha formado siempre parte del lenguaje corriente. Si un jefe de departamento hace un comentario peyorativo, es un perverso. Una persona seductora es a menudo tachada de perversa. Si un problema nos resulta molesto, lo tachamos de elemento perverso.

Abordé el tema del perverso durante uno de mis seminarios de formación. Cuando pedí a los asistentes que dijeran la primera palabra que les venía a la cabeza, me propusieron «vicioso», «corrupto», «inmoral», «malo», «rebelde», «libidinoso», «libertino», «obsceno»,

«malvado»... Cada uno tenía su propia definición del perverso. Antes de avanzar y abordar distintos conceptos sobre las perversiones, y concretamente la perversión narcisista, conviene definir su significado correctamente.

En psicopatología, un término puede ser utilizado en un sentido muy diferente al que tiene en el lenguaje coloquial. Por ejemplo, la «melancolía», palabra que nos parece romántica cuando la utiliza un poeta, en psicopatología describe una enfermedad grave. Lo veremos más adelante. El término «perverso» tiene una connotación moral, aunque por sí sola la moral no basta para definirlo.

ESTRUCTURA DEL LIBRO

A continuación explico cómo está estructurado el libro, y por qué me pareció conveniente estructurarlo así.

Primero, definimos la palabra perverso, así como unos cuantos términos de psicología que nos serán muy útiles a lo largo de todo el libro.

A continuación, estudiaremos la psicología del perverso narcisista (Primera parte), así como sus estrategias (Segunda parte).

Después trataremos de averiguar cómo escapar de la perversión narcisista, cómo deshacerse del perverso (Tercera parte). El perverso utiliza maniobras particulares, como la de aferrarse a su víctima. No le permite huir, se le «engancha» y luego la arrastra hacia un entorno nocivo. Exponer los conceptos que nos van a permitir abordar este mecanismo específico nos ayudará a entender mejor lo importante que es para la víctima poner distancia de inmediato, antes de intentar cualquier otra cosa para escapar de la perversión. Intentaremos prever de antemano las réplicas del perverso y sus intentos de «volver a engancharse». Si estamos prevenidos frente a sus reacciones —ya se sabe que hombre prevenido, vale por dos— no nos sorprenderá ver al

perverso resistirse, intentando seducir de nuevo, amenazar o culpabilizar.

Por último, hablaremos de los orígenes de las perversiones y estudiaremos cómo llegar a compadecer al perverso (Cuarta parte). ¿Por qué tratar estos temas después de haber desmontado sus mecanismos? Porque veremos que en el proceso del duelo, que generalmente es un recorrido que deberá hacer la víctima, son necesarias varias etapas. El perdón es fundamental cuando acompaña los recorridos de la resiliencia, pero si ocurre demasiado pronto puede transformarse en negación e impedir el trabajo necesario.

Cuando Juan, el compañero de Andrea, consiguió por fin separarse de ella, me dijo: «Primero tengo que expulsar el veneno. A partir de ahí podré curarme y reconstruirme. Solo entonces intentaré comprender, y luego perdonar. Espero volver a encontrar los caminos de la compasión y volver a ser como era antes». Este es, precisamente, el camino que trataremos de hacer juntos.

En el trabajo de acompañamiento de las víctimas de un perverso es muy importante proceder con orden. Podríamos plantearnos proponerle a la víctima que se cuestionase a sí misma e intentara averiguar por qué ha permitido lo que le ha ocurrido, o por qué se ha encontrado con esta clase de persona. Sabemos que el perverso acaba de pasar mucho tiempo exigiendo a su pareja que cargue con su culpabilidad. Nos podemos imaginar que, al salir de esta experiencia, a la víctima le costará mucho cuestionarse a sí misma. Pedirle que lo haga supondría añadirle una carga suplementaria y el riesgo de hacerla sufrir todavía más: la víctima ha sufrido ataques que han dañado severamente la imagen que tiene de sí misma. Cuestionarse a sí misma podrá formar parte del recorrido, pero este paso no deberá darse hasta después de haber hecho un largo trabajo, parecido al del duelo, seguido de una reconstrucción y de una reapropiación de su identidad.

---

1 El lector hallará preguntas sobre este caso práctico a lo largo del libro. Al final de la obra se proponen respuestas no exhaustivas.

2 **Psicosis**: Trastorno mental grave, con alteración del sentido de la realidad. El mundo interno del individuo y el externo pueden confundirse.

3 **Esquizofrenia**: Grave alteración de la noción de la realidad, en la que el individuo deja de tener claro dónde están los límites entre su mundo interno y el mundo externo. Los principales síntomas son los delirios y las alucinaciones auditivas.

FAMILIARIZARSE CON LOS CONCEPTOS CLAVE

¿De qué tratan el psicoanálisis y, de forma más general, las ciencias humanas, si no de los orígenes y los desplazamientos de las distintas energías presentes en el cuerpo humano y de los conflictos que surgen cuando se enfrentan unas a otras?

Estas energías pueden manifestarse en forma de pensamientos, deseos o aversiones. Dos deseos con sentido opuesto pueden generar conflictos (por ejemplo, el hambre y las ganas de adelgazar, o el encuentro con alguien a quien preferiríamos evitar). Cuando el conflicto es externo, nos alcanza rápidamente. Si es interno, también puede estar dirigido o proyectado rápidamente hacia los demás (por ejemplo, a veces puede resultar muy tentador compartir nuestro mal humor con los demás).

El psicoanálisis hace un estudio de las energías psíquicas. Freud explicó el aparato psíquico mediante lo que se conoce como *las tópicas*, una especie de modelo «cartográfico» del psiquismo. A través de la dinámica de las energías psíquicas, intentamos comprender la calidad, la cantidad y los diferentes desplazamientos de estas energías. Con el estudio de los mecanismos psíquicos, veremos cómo se gestiona esta energía y podremos distinguir los mecanismos que son apropiados de los que son patológicos y los que son perversos.

LA ENERGÍA DEL DESEO

Para comprender qué es la perversión, abordaremos en primer lugar la noción de *pulsión*. Si admitimos normalmente la existencia de una energía física, podemos, de la misma manera, aislar una energía psíquica. La pulsión está precisamente constituida por esta energía psíquica. Es una excitación interna, una «carga energética que hace que el organismo tienda hacia un objetivo».[1] Cuando tenemos que

cargar un peso, nuestro músculo produce una energía que vamos a invertir en el esfuerzo. De la misma manera, un pensamiento, un deseo o una aversión formulados para responder a una necesidad producirán una energía psíquica que será necesario gastar. Cualquier necesidad o cualquier producción mental crean una tensión en el cuerpo. Con el *pasaje al acto* hacia un objetivo y hacia un objeto designado por el psiquismo, encontraremos de nuevo un estado sin tensión.

Pero no todos los pensamientos, deseos y aversiones tienen el mismo «peso». Algunos de nuestros pensamientos pesan más que otros. Además, existe una interdependencia entre la energía física y la energía psíquica: el exceso de preocupaciones nos deja agotados, nos vacía de la energía física que tenemos disponible.

Feliz y fuerte

Durante un taller, un conferenciante hace subir a una persona al estrado. Como experimento le pide que tienda el brazo y que resista a la presión que aplica sobre su puño para conseguir hacerle bajar el brazo, como si le echara un pulso. El conferenciante le pide después que piense en algo alegre, en un buen recuerdo. Ahora resultará muy difícil doblarle el brazo. Después, el conferenciante le pide que piense en algo triste que le haya ocurrido. La persona es incapaz de resistir la presión sobre su brazo.

Este experimento demuestra muy bien la interacción entre las energías psíquica y física.

Cualquier deseo, pensamiento o aversión provocan un estado de tensión en nuestro cuerpo.

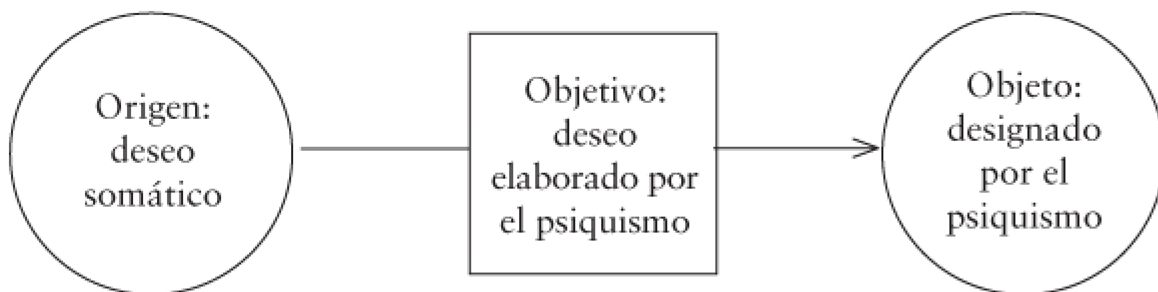
Sin embargo, el organismo puede soportar la presión hasta cierto punto; tiende a disminuirla de forma natural porque un estado de tensión demasiado intenso conduce al sufrimiento y pone en peligro el organismo, tanto desde el punto de vista físico como psíquico. ¿Cómo

se ponen de acuerdo nuestro cuerpo y nuestra psique para evacuar estas pulsiones? ¿Cómo se pasa de la necesidad al deseo, y cómo se descarga nuestro excedente de energía? ¿Cómo se desenvuelve la persona sana y cómo lo hace el perverso?

DE LA NECESIDAD AL DESEO[2]

La pulsión se organiza según tres polos: su *origen*, su *objetivo* y su *objeto*. El *origen* es el lugar donde surge la necesidad. Son los fundamentos de nuestro cuerpo. El *objetivo* está elaborado por el psiquismo en respuesta a la demanda fisiológica. El *objeto* es la cosa gracias a la cual podremos saciar nuestra necesidad.

Por ejemplo, si tenemos hambre, nuestro cuerpo se pone en tensión y envía una señal; entonces nuestro psiquismo elabora un deseo: «Me apetece un pastel». Con el pasaje al acto hacia el objeto designado (el pastel) alcanzaremos un estado de saciedad y calmaremos las tensiones. Para responder a una misma necesidad, cada uno puede elaborar un deseo distinto: necesidad de dulce, de salado, de hacer dieta, etcétera. Pero es el organismo el que impone al psiquismo elaborar un deseo.



La estructura de la pulsión

El ejemplo antes citado se apoya en una pulsión de autoconservación, es decir, en un impulso irreprimible de conservación de la vida (beber, comer, dormir). Freud identifica tres clases de pulsiones: las pulsiones de autoconservación, las pulsiones sexuales

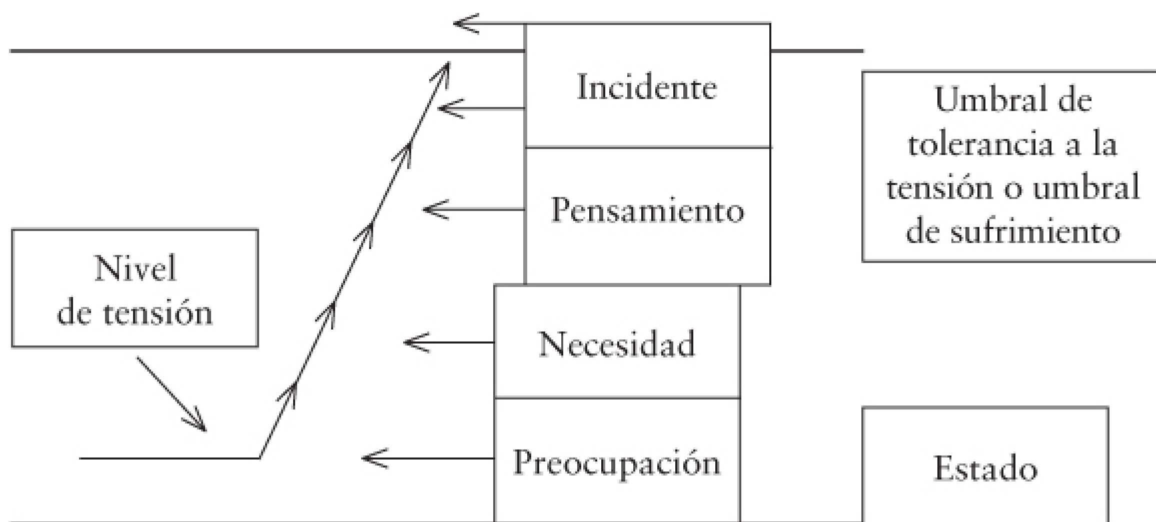
(libido) y las pulsiones de muerte (auto o heterodestructivas). Cada una de estas pulsiones busca ser saciada, porque el organismo tiende de forma natural a calmar las tensiones.

¿PUEDE EL DESEO GENERAR SUFRIMIENTO?

Como ya hemos visto, todo deseo, toda aversión, toda producción mental crea tensiones. El organismo puede tolerar solo cierto nivel de tensión. Nuestra capacidad de tolerancia a la frustración depende de nuestra estructura psíquica y del estado de tensión preexistente. Cuanto más maduros somos, mejor soportamos cierto estado de tensión. Cuanto más relajados estamos, mejor podemos acoger una nueva necesidad o una nueva frustración.

La base del siguiente diagrama representa un estado de tensión psicocorporal baja. Este estado de relajación podría corresponder, por ejemplo, al que sentimos cuando estamos de vacaciones junto al mar.

El nivel superior del esquema representa el umbral de tolerancia a la presión, que también podríamos llamar umbral de sufrimiento. No olvidemos que ciertas tensiones son el resultado de deseos inconscientes que a menudo remontan a la primera infancia.



Sufrimiento y adición de las tensiones

Para comprender mejor este diagrama, imaginemos a una persona que está de vacaciones. Cuando se dispone a subir a su coche, se da cuenta que tiene un neumático pinchado. No es grave. Cambia la rueda y por la noche cuenta el incidente entre risas, mientras toma una copa con sus amigos. Imaginemos ahora que a esta misma persona la despiden de su trabajo y, el mismo día, la abandona su pareja. Es probable que caiga en un estado de tensión muy intenso. Justo después de recibir ambas noticias, llega a su coche y descubre que el neumático está pinchado. Entonces, comprensiblemente, sufre un ataque de nervios. Si un tercero presencia la escena, no comprenderá que reaccione así por tan poco (lo que, por otra parte, demuestra a la perfección lo difícil que es juzgar lo que experimentan los demás).

Otro ejemplo es el de ciertas personas a las que llamamos clinomaníacas. Pasan todo su tiempo en la cama. Se encuentran en un estado de tensión interior tal que cualquier acción, cualquier deseo, puede abocarlas al sufrimiento. El neurasténico, como la persona clinomaníaca, evita actuar. Parece que lo hayan despojado de toda la energía. En realidad, sus energías están actuando en su inconsciente para retener los deseos que allí habitan y que chocan con sus valores morales. Su nivel de tensión es tan elevado que el mínimo deseo, la menor contrariedad, puede hacerle cruzar el umbral de tolerancia y abocarlo al sufrimiento. Como veremos más adelante, a través de mecanismos que le son propios, el perverso carga sus defectos en el otro y evita así el sufrimiento.

Se han hecho experimentos con ratones a los que se aplica una descarga eléctrica. Evidentemente, cada descarga intensifica su nivel de tensión, hasta que ésta les resulta insoportable. Si en la jaula hay varios ratones, se vuelven agresivos entre ellos: cada ataque les permite descargar una parte de la tensión. Si el ratón está solo en la jaula, acabará por automutilarse royéndose la pata.

Así pues, ¿conducen los deseos al sufrimiento? Aunque todo deseo o aversión es susceptible de aumentar nuestra tensión interna, también

es cierto que cuando el deseo es consciente y realista, no nos provocará una tensión que seamos incapaces de soportar.

¿SOMOS TODOS IGUALES FRENTE A LA PULSIÓN?

Cuando un bebé tiene una necesidad, exige satisfacción instantánea. Si no obtiene una respuesta inmediata, grita y proyecta su rabia. En caso de frustración, la psicoanalista inglesa Melanie Klein habla de odio del bebé hacia su objeto de amor (el pecho); objeto gracias al cual el niño sacia su necesidad, pero cuya ausencia momentánea es generadora de tensiones internas. Más adelante, el niño pequeño al que no se le da su objeto de deseo, patalea y llora. El niño no alcanza el período llamado de latencia hasta los seis o siete años, cuando aprende a posponer sus deseos.

Sin embargo, nuestra psique se ha estructurado durante nuestra primera infancia. Freud explica que todo se decide antes de los seis años, que «el niño es el padre del hombre». Todo deseo no reconocido, o no satisfecho, nos lleva a un conflicto interno y hace surgir las correspondientes tensiones.

La mayoría de nosotros hemos aprendido a gestionar estas apetencias y estas aversiones, a arreglárnoslas con lo que tenemos o a posponer nuestras necesidades. Para gestionar nuestras pulsiones inconscientes, a menudo recurriremos a mecanismos inconscientes, los mecanismos de defensa del yo.

Pero hay personas que no soportan sus conflictos internos y se apresuran a expulsarlos en forma de delirios, proyecciones o de pasaje al acto. Los perversos forman parte de este grupo: estudiaremos los mecanismos de defensa particulares con los que estas personas logran proyectar sus pulsiones en el otro, para así liberarse de ellas a expensas de los demás.

PULSIÓN Y PERVERSIÓN

El término perversión[3] proviene del latín *per vertare* y significa invertir, cambiar el sentido. Puede haber perversión cuando se cambia el objetivo o el objeto «normal» de una pulsión. Hablaremos pues de perversión del objetivo o del objeto.

Por ejemplo, para entender la noción de perversión sexual, tenemos que definir antes el objetivo y el objeto de una relación amorosa. Algunas religiones exigen que una relación sexual tenga como único objetivo la procreación en el seno de los sagrados lazos del matrimonio. Desde este punto de vista, cualquier relación amorosa que no persiga este objetivo, o que se consume fuera del matrimonio, resulta perversa. Vemos como la moral y la norma no son suficientes para definir la perversión y que por lo tanto conviene que cada uno explore sus límites.

Si conservamos como definición de relación sexual «la búsqueda de placer entre dos adultos consentidores», hay perversión siempre que el objetivo sea distinto a la búsqueda de placer compartido (sufrimiento, dominación, sumisión, etcétera), y hay perversión del objeto cuando se trata de un adulto que no da su consentimiento.

¿DÓNDE VAN NUESTRAS PULSIONES?

Los mecanismos de defensa

Según la tópica freudiana[4], los mecanismos de defensa son una parte del yo, más concretamente la parte inconsciente del yo. El neurótico reprime sus pulsiones fuera del campo de la consciencia, las «olvida», porque de no hacerlo entraría en conflicto con sus valores morales. Estas pulsiones quedan reprimidas en la parte inconsciente del psiquismo. Pero las pulsiones amenazan con infiltrarse de nuevo en la consciencia. Los mecanismos de defensa pueden permitir la gestión inconsciente de las pulsiones, despejarlas sin tener que recurrir al objetivo inicial.

Aprender a dominar las propias pulsiones

Durante una pelea conyugal violenta, en lugar de reprimir la agresividad, se pueden romper platos en lugar de pegar a la pareja. El objeto pareja es sustituido por el objeto plato: utilizamos entonces el mecanismo de defensa llamado sustitución. Podemos también cambiar el objetivo y el objeto de nuestra violencia; entonces, utilizamos el mecanismo de defensa llamado desplazamiento.

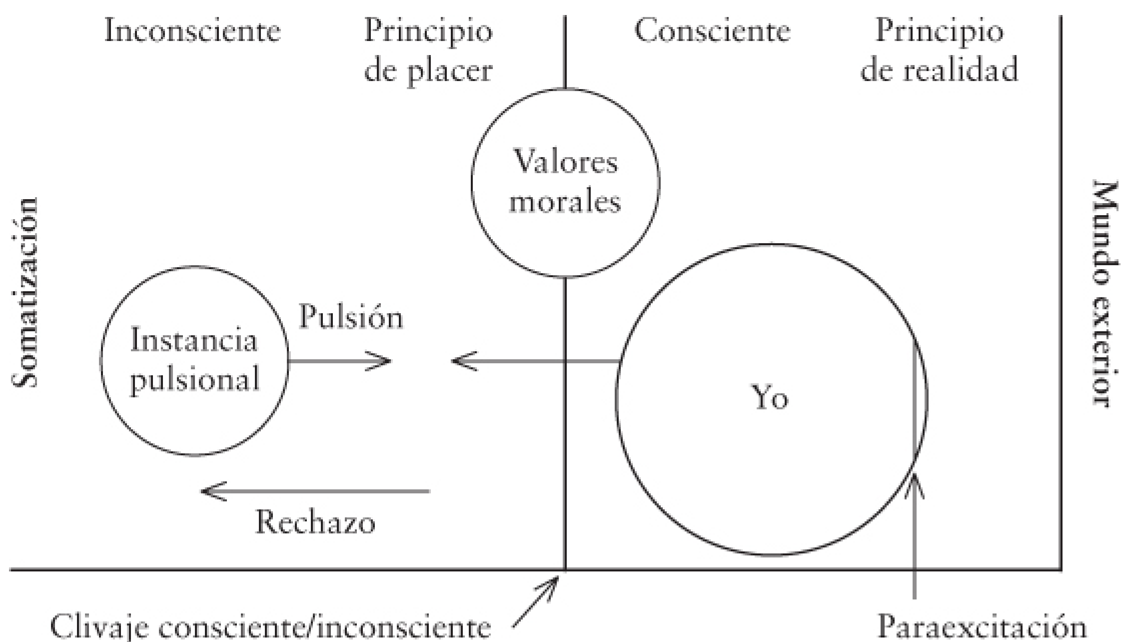
Podemos desmontar el aparato electrodoméstico que se ha estropeado, cambiar las piezas defectuosas y repararlo; o bien hacer la limpieza, pelearnos con el polvo y tirar los objetos que nos parecen inútiles. El objetivo y el objeto son entonces intercambiables. Lo que cuenta es liberar energía sin recurrir al objetivo inicial, y no entrar en conflicto con nuestros valores morales inconscientes.

Algunos mecanismos están adaptados a una actitud «correcta», algunos son patológicos; otros permiten liberar energía psíquica o no liberarla.

Durante un conflicto, una persona puede fantasear con su pulsión y revivir de forma recurrente una escena que le provoca angustia. Por ejemplo, después de haber sido agredido por el jefe de departamento y haberse quedado mudo, Salvador, mientras vuelve a casa, revive la escena y en su imaginación le dice a su superior todo lo malo que piensa de él. En su fantasma, Salvador se concede el papel del bueno. Pero este mecanismo de defensa no le permite liberarse de su angustia y, además, es costoso en energía. Todos utilizamos mecanismos de defensa que pueden ser típicos de las neurosis[5], la psicosis[6] o las perversiones. Sin embargo, el neurótico puede utilizar puntualmente mecanismos perversos o psicóticos. El perverso, a su vez, utiliza generalmente el mismo tipo de dispositivos, es decir, mecanismos a menudo proyectivos o basados en la negación.

El *yo* se construye entre los deseos del *ello*[7], las prohibiciones del *superyó*[8] y el mundo exterior. Para descargar la pulsión, el yo utiliza mecanismos inconscientes: los mecanismos de defensa del *yo*.

- El *ello* (instancia pulsional) es totalmente inconsciente. Como el niño pequeño, se rige completamente por el principio del placer. No conoce ni ley ni prohibición. La instancia pulsional está formada por nuestros deseos, necesidades, emociones y recuerdos reprimidos, y tiende de forma natural hacia la expresión de sus energías.
- El *superyó* (nuestros valores morales) es esencialmente inconsciente. Además de nuestros valores morales, contiene los valores idealizados de nuestros educadores. Y le impone al *yo* que se oponga a toda pulsión contraria a estos valores.



- El *yo*[9] es esencialmente consciente, se rige por el principio de realidad. La parte inconsciente del yo es la que contiene los mecanismos de defensa. Si la pulsión entra en conflicto con las prohibiciones del *superyó*, «el yo, por orden del superyó, se opone a la pulsión activada en el ello», escribe Freud. El *yo* emite una energía de igual fuerza y sentido opuesto a la pulsión y a la contrainvestidura, y obliga a reprimir la pulsión.

La represión es, pues, el aplazamiento de una pulsión o de una información; si esta excitación entra en conflicto con los valores morales del *superyó*, o si con su fuerte tensión coloca al psiquismo en peligro, la pulsión queda entonces reprimida en el inconsciente. Como es energía psíquica y vehículo de tensión interna, deberá encontrar una vía de expresión para salir del inconsciente. Estas vías serán los sueños (la expresión de nuestras pulsiones durante el sueño), los lapsus, los actos fallidos, los síntomas neuróticos o las somatizaciones.

Es mejor vivir un duelo

Un año después de haber perdido a su madre, Sofía se encuentra con la enfermedad y la agonía de su padre. Como no es capaz de enfrentarse a la situación, evita acompañarlo hasta la muerte y se refugia en su casa. Quince años después, inicia un psicoanálisis con motivo de la incomprensible tristeza y llanto recurrente que la afectan. Tras algún tiempo de análisis, confiesa: «En una especie de ensoñación, acabo de revivir la muerte de mi padre, veía de nuevo su mirada vacía. He sentido una tristeza que no me había permitido sentir en aquella época y he llorado mucho».

En psicoanálisis, a este fenómeno se le llama abreacción, reacción a posteriori. Para protegerse, Sofía había aplazado y reprimido su sufrimiento. Solo después de haber recuperado la energía suficiente mediante su análisis pudo, al fin, permitirse vivir su duelo, y por tanto liberarse de sus tensiones internas.

¿Qué hacer con las pulsiones mortíferas?

En primer lugar es necesario hacer un trabajo sobre uno mismo para tomar consciencia de ellas. Después, quizá sea nuestra responsabilidad reflexionar sobre los grandes valores que apuntalan nuestras convicciones, intentar conocer sus orígenes y sus verdaderos objetivos. Por ejemplo, la primera ley podría ser: «No volverás a matar». Habiendo comprendido e integrado esta ley, yo decido no comprar un

arma y no matar a los que me molestan. Así que tendré que encontrar otros medios para poder evacuar mis tensiones mortíferas.

Si quiero comer carne, tendré que matar animales o pagar a un carnicero para que lo haga en mi lugar. En este caso se habla de acción por mandato. Un vegetariano que practique el budismo explicará que no utiliza ningún insecticida porque rechaza matar a cualquier ser vivo. En esto, cada uno debe reflexionar y establecer sus propios límites.

Una revolución puede ocultar otra

Julián, un paciente sindicalista, tuvo un lapsus revelador durante una sesión. Para explicarme por qué se afilió al sindicato, enumeró todas las injusticias de las que había sido testigo, y acabó su frase diciendo: «Y es por lo que he decidido oponerme a mis padrones».

Reflexionamos sobre su lapsus. Vimos que «padrones» era una mezcla entre «padres» y «patrones». El mecanismo de defensa aquí empleado es la sustitución. Mediante la sustitución del objeto, luchando contra su patrón en realidad arreglaba las cuentas pendientes con sus padres. Después de su análisis sigue siendo sindicalista, pero ahora lucha por el respeto de las reglas sociales, cosa muy distinta.

El sindicalismo, el feminismo y otros muchos movimientos permiten luchar contra las injusticias sociales y sus efectos perversos. Pero estas acciones también pueden ser el medio para expresar nuestros conflictos internos, y los defensores pueden acabar pareciéndose a sus «adversarios». Podemos oponernos a la violencia que se ejerce contra el toro en una corrida y proyectar nuestra rabia contra el torero, ser racista con los racistas, etcétera.

Un análisis, o cualquier otra terapia que hayamos elegido, nos ayudará a regular nuestros conflictos internos. Así, de forma natural y en función de nuestros valores esenciales, nuestra energía pulsional encontrará su lugar al servicio de nuestros proyectos y de la sociedad.

EL PERVERSO Y SUS PULSIONES

El primer mecanismo empleado por el perverso es el pasaje al acto. El perverso no puede contener sus pulsiones, el pasaje al acto le permite expulsarlas.

El perverso conoce la ley y sabe que lo que hace es censurable, de modo que para pasar al acto tendrá que negar el origen y el alcance de sus actos, y en última instancia hacer cargar al otro con lo que debería ser su culpabilidad.

Enfoque

El perverso narcisista no se vuelve violento, o solo en casos de patología extrema, cuando pertenece a un tipo de casos que calificamos como psicópatas.

El psicópata utiliza muchísimos mecanismos perversos narcisistas y pasará fácilmente a la acción física. Al contrario, el perverso narcisista bien estructurado es alguien tranquilo, porque nos hace cargar con su rabia. Es alguien que, fuera de la relación con su víctima, suele ser apreciado. También es alguien que, a menudo, es admirado, sabe adaptarse a su entorno y puede ser extremadamente seductor.

La negación: «Quien bien te quiere te hará llorar»

La negación es un mecanismo de protección del psiquismo que implica un rechazo de la realidad. Esta realidad puede ser externa o interna. En el marco del duelo, veremos como la información puede ser negada porque la pérdida se vive como algo simplemente insoportable.

En las patologías del narcisismo, la realidad y la angustia que genera pueden ser negadas igual que las consecuencias de los actos. Por ejemplo, cuando desenmascaramos a un perverso sexual, él explica que si ha agredido a una mujer, es porque ella era seductora o porque llevaba minifalda y, por tanto, no es él el responsable de sus actos, si no que ella es la culpable.

Del mismo modo, un padre violento con su hijo puede utilizar la máxima «quien bien te quiera, te hará llorar» para justificar su conducta y sus pasajes al acto violentos. La negación funciona entonces en relación al origen de su violencia, y en relación a las consecuencias de sus actos.

La negación es diferente de la represión porque ésta última es un mecanismo de defensa neurótico.

Ciertamente, la represión permite negar el conflicto, pero el conflicto es entonces apartado del campo de la consciencia para volverse interno e inconsciente. En el caso de Sofía, como hemos visto antes, la angustia relacionada con la pérdida de sus padres ha sido aplazada mediante la represión. En el caso del perverso sexual, o del padre violento, la responsabilidad que podría generar la culpabilidad está negada, no existe.

Demasiado duro para oírlo

Después de una prueba, el médico de Jeanne le comunica que tiene cáncer. Ella le responde: «Me tranquiliza doctor, me daba tanto miedo tener cáncer». La información es tan insoportable para Jeanne, que pura y simplemente la niega, como si no existiera.

A excepción de algunos casos poco frecuentes, como en el duelo, la negación pertenece a la psicosis y a las patologías límites. En la negación, el conflicto está negado, sin efecto. La negación, a diferencia

de la represión, es anticonflictiva. El perverso utiliza la negación para negar sus responsabilidades, así como la realidad de sus actos. Como la negación no es suficiente para hacerle frente al *superyó*, el perverso proyecta en el otro, culpabilizándole, lo que sería su culpabilidad.

Si el perverso no lleva a cabo la represión de sus deseos, no es porque no conozca la ley, es porque no es capaz de aplazar sus deseos. No soporta ni el aplazamiento de sus pulsiones, ni el conflicto interno ligado a su culpabilidad, que engendraría sus pasajes al acto si se sintiese responsable. Para pasar al acto, no basta con la negación de los valores morales.

El perverso tiene también que dividirse en dos, conservar su buena imagen y proyectar su parte mala hacia el exterior y hacer que otro cargue con ella.

Encantador en apariencia

Magalí, casada con Frank, nos cuenta: «Había notado que cuando recibíamos amigos suyos en casa, o cuando íbamos a sus casas, Frank era encantador y podíamos pasar una velada muy agradable. Uno de sus amigos le confesó que me encontraba guapa, y añadió: "¡Se nota cuánto te quiere!" A la inversa, cada vez que nos veíamos con mis amigos, Frank aprovechaba para montar un escándalo… Generalmente, según él, por mi culpa».

Todos podemos sentir pulsiones negativas (agresivas o de otro tipo), aunque nuestros valores morales, y la imagen que nos gustaría conservar de nosotros mismos, impiden que afloren. Por eso tenemos que encontrar vías de evacuación distintas al pasajes al acto.

Al separar sus respectivos entornos (sus amigos/los de su pareja), Frank protege «su entorno», conserva una buena imagen y utiliza la presencia de su mujer para revalorizarse. Al contrario, no duda en enturbiar la imagen de su compañera en su propio mundo, y la hace responsable. Actuando así, Frank conserva una buena imagen frente a sus amigos, a los que conservará en caso de ruptura, y descarga sus pulsiones cuando se ve con los amigos de Magalí, culpabilizándola a ella de paso.

Para recuperarse, después de la separación Magalí tendrá que cortar incluso con algunos amigos suyos. Frank les ha dicho que ella es la responsable de los sufrimientos que ha padecido.

CLIVAJE E IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

El clivaje

El ser humano está dividido por naturaleza. El solo hecho de tener un inconsciente ya lo demuestra. ¿De dónde vienen los sueños nocturnos? ¿Por qué, cuando se produce un lapsus o un acto fallido, cometemos una acción contraria a la deseada? ¿Cuál es el origen de los síntomas psíquicos o psicosomáticos? ¿Cómo se instalan la culpabilidad o el sufrimiento moral? Todos estos ejemplos demuestran la existencia de una lógica inconsciente. Pero si el clivaje puede ser «vertical» (consciente/inconsciente), también puede ser «horizontal» y dividir la personalidad en dos. En un extremo, está la disociación, como ocurre

en el caso de Doctor Jekyll y Mister Hyde. Varias personalidades que no se conocen coexisten en una sola persona. Jekyll es la buena persona y Hyde la mala. La disociación de su personalidad, y la esquizofrenia resultante, permiten a Jekyll permanecer como un buen objeto, el niño bueno que esperaban que fuera. De las malas pulsiones ya se encarga Hyde.

Tal y como hemos visto antes, el perverso no reprime su pulsión en su inconsciente: se divide en dos. En cuanto al yo clivado, permite el pasaje de la pulsión conservando una parte «sana», de modo que coexisten dos «yo»: uno sano y otro malsano. La parte malsana será proyectada hacia el exterior. Al perverso, la identificación proyectiva le permitirá expulsar lo que sería la culpabilidad en el neurótico, culpabilizando al otro. Una vez más, la víctima aparece como responsable de lo que le sucede.

Infidelidades

Juan nos cuenta: «Andrea había sido infiel con todas sus parejas. Por otra parte, me había explicado que su madre engañaba a su padre, y que no dudaba en abandonar a su familia cuando encontraba un nuevo amante. En cambio, afirmaba que la fidelidad era un aspecto esencial en la pareja. Ella suponía que, como todos los hombres, yo era infiel. Un día me dijo: "Tú y yo no tenemos los mismos valores (implicando, tú eres infiel), así que comprenderás que es normal que yo también te engañe"».

Andrea está dividida: una parte de su *superyó* posee valores de fidelidad, la otra parte posee valores contrarios. Andrea se da aires de respetabilidad planteando valores adecuados. Pero luego hace que Juan cargue con los defectos de ella. Le endosa, pues, a su compañero sus propios valores; los que ella siente como negativos, por identificación proyectiva, para poder pasar al acto y ser infiel (a pesar de estar en total desacuerdo con los valores que ella defendía al principio).

Proyectando sus «malos valores» sobre Juan, Andrea le hace responsable, y se libera así de la responsabilidad de sus actos.

La identificación proyectiva

La identificación es un mecanismo normal que sirve para la expansión del yo del individuo. Por turnos, al niño a veces le gustaría parecerse a papá y a veces a mamá. Superará este mecanismo cuando esté en condiciones de disociarse del mundo que le rodea y de integrar como suyos sus propios rasgos de carácter. El perverso narcisista los posee pero no soporta haber adquirido ciertos rasgos de sus padres, los siente pero no quiere integrarlos. Para liberarse, tendrá que atribuírselos al otro.

«La identificación proyectiva es un fantasma a través del cual un sujeto proyecta, con la esperanza de librarse de sus pulsiones vividas como indeseables, una parte de él mismo en el otro, intentando perjudicar, poseer y controlar a otra persona».[10] Así es como el perverso acusa a su víctima y la hace responsable de lo que le ocurre a él. Después de librarse de sus pulsiones, proyecta lo que debería ser su culpabilidad en su víctima, y conservando y aparentando ser alguien de bien, se hace pasar por la víctima.

Proyectar el propio resentimiento sobre el otro

Frank, que comparte la custodia de su hija, lleva a la niña a la escuela. Cuando llega al centro se entera de que el maestro está enfermo y que la niña no puede quedarse en la escuela. Frank llama entonces a su exmujer, la madre de la niña, y le pide que se quede con ella. Cuando la madre le responde que no podrá ser, porque tiene otra cosa prevista, Frank le dice, lleno de rabia: «Descargas sobre mí tu incapacidad para ocuparte de nuestra hija». En lugar de gestionar él solo la situación, o de reconocer que está agobiado con su niña, le atribuye su incapacidad a su exmujer y proyecta sobre ella su rabia, asociada al rechazo que acaba de soportar.

Cuando Andrea se siente mal, incluso sin razón, puede llamar a Juan y decirle: «Eres una basura, eres egoísta, eres tóxico…». Hablando así, es posible que descargue sobre él lo que ella siente de sí misma, ya sea por sus pasajes al acto, o bien por la imagen que le asignaron de ella misma durante su infancia. Para sentir alivio, Andrea utiliza el mecanismo de la identificación proyectiva, atribuyendo a su pareja lo que ella piensa de sí misma y desvalorizándole.

El caso de Vanesa: el nacimiento de una sirena

Vanesa nació un año después de Vanesa, su hermana mayor, que murió al nacer.

Podemos imaginarnos cómo la cuidaron de niña: apenas tenía hambre, la fuente de su deseo estaba ahí para satisfacerla. A esa edad, Vanesa experimentaba pocos sentimientos distintos: la satisfacción con el pecho cuando estaba ahí para alimentarla o la cólera como respuesta a la frustración cuando tenía que reclamar el tan deseado maná. ¿Cólera? Los psicoanalistas hablan de odio. Efectivamente, el niño sabe que la no-respuesta a su demanda de alimento es sinónimo de muerte, y su reacción es proporcional a la angustia que le produce el peligro que corre. En la familia de Vanesa ya sabían lo que era la muerte de un bebé... Así, Vanesa no tenía más que pensar en algo para que su deseo fuera satisfecho.

Podemos imaginar el odio que Vanesa desarrolló en el momento del destete, cuando el pecho que sintió durante mucho tiempo como suyo le fue retirado. Lo vivió como si le arrancasen algo. Aquello alimentaría un odio feroz contra su madre y, al mismo tiempo, le haría tomar conciencia de su dependencia hacia ella. Esta angustia de muerte de los primeros tiempos de vida evolucionaría hacia un sentimiento muy fuerte, una angustia de abandono.

En efecto, incluso estando disociada de la madre, Vanesa sabe que mientras su madre esté a su lado, se sentirá siempre segura. La única condición para Vanesa es contener su odio, que podría hacer huir a su madre o, aún peor, herirla. El odio de Vanesa se volverá visceral, a la vez que pasará progresivamente de la fase llamada oral —período en el cual lo esencial de su relación con el mundo se hace a través de la boca— a la fase llamada anal, donde accediendo al control de esfínteres, Vanesa podrá fantasear con dominar a su madre eligiendo responder o no a su deseo, y ofreciéndole finalmente ese regalo aparentemente tan esperado...

ESTUDIO DEL CASO

Pregunta

¿Qué es lo que, en este texto, evoca la negación en la familia de Vanesa?

---

1 Laplanche J., Pontalis J.-B., *Vocabulaire de la psychanalyse,* PUF, 2007.

2 Según Sigmund Freud, «Pulsions et destins des pulsions» en *Métapsychologie,* Folio Essais, Gallimard, 1986.

3 **Perversión**: Incapacidad de considerar a los demás como sujetos, sin tener en cuenta la alteridad.

4 Cartografía del psiquismo de Freud.

5 **Neurosis:** Dificultad que tiene una persona para manejar sus emociones y aparecen síntomas que perturban el bienestar del individuo.

6 **Psicosis:** Trastorno mental grave, con alteración del sentido de la realidad. El mundo interno del individuo y es externo pueden confundirse.

7 **Ello:** Freud describe un aparato psíquico en el que hay tres instancias. La primera de ellas es el Ello, donde residen todas nuestras pulsiones y es en gran parte inconsciente. Esta instancia se rige por el principio de placer, no entiende de juicios de valor, ni de limitaciones, sólo cuenta la realización de las pulsiones o los deseos.

8 **Superyó:** Es la tercera y última instancia del aparato psíquico descrito por Freud. El Superyó surge con la interiorización de las normas y los límites que impone la realidad.

9 Yo: Es la segunda instancia del aparato psíquico, descrito por Freud. El *yo* es en gran medida consciente y tiene que negociar la solución entre las pulsiones del *ello*, que no conoce los límites que impone la realidad externa, y el *superyó*.

10 Ionescu S., Jacquet M.-M., Lhote C., *Les mécanismes de défense*, Nathan Université, 1997.

PRIMERA PARTE

ANALIZAR LA PSICOLOGÍA DEL PERVERSO

LA PALABRA: CAMPO PREDILECTO DEL PERVERSO NARCISISTA

«El campo predilecto, el instrumento maestro
de la perversión narcisista… es la palabra».

PAUL-CLAUDE RACAMIER

«El lenguaje es su verdadera arma, más temible
quizá que la violencia física. Se sirve de él
para lograr el sometimiento de su pareja».

SIMONE KORFF-SAUSSE

«Se conformará con las palabras para destruir
a cualquier persona susceptible de revelar
su falla identificatoria».

ALAIN KSENSÉE

EL SIMBOLISMO DE LAS PALABRAS

Mi abuela llamaba a los policías *hirondelles*.[1] Así, cuando me hablaba de golondrinas, yo debía entender que quería decir *gendarmes*. Este doble sentido puede ser utilizado de distintas maneras. Puede ser cultural: en África del Norte, se habla de *gacela* para nombrar a una mujer joven; en los pueblos franceses se utiliza *pervenche*[2] para designar a un auxiliar de policía. En el caso de mi abuela, esto podía esconder un temor a los uniformes: es lógico, puesto que había vivido las dos últimas guerras en el noreste de Francia.[3] Los actores cómicos utilizan los juegos de palabras para hacernos sonreír, algunos

educadores o filósofos los utilizan para obligarnos a reflexionar. Los poetas juegan con las palabras para fascinarnos.

El perverso narcisista abusa ampliamente del doble sentido de las palabras y de la paradoja que engendra. Esto le permitirá someter a su víctima, retenerla y desvalorizarla, y así será también una fuente de placer para él.

Je t'aime, moi non plus

Juan recuerda: «Si quería dejarlo, ella me hacía magníficas declaraciones de amor. Si quería seguir, me decía que yo no era buena persona. Durante mucho tiempo estuve dudando de sus declaraciones. ¿Era sincera cuando me decía que me amaba? No me quedó más remedio que admitir que sus declaraciones eran anzuelos lanzados con el propósito de aguijonearme cuando le venía bien, o herirme si le apetecía. Estaba comprobando constantemente su omnipotencia».

LA FUNCIÓN DE LA PALABRA

La primera función de la palabra es una función de reconocimiento. Cuando nos dirigimos a un niño que no ha accedido todavía al simbolismo de la palabra, lo situamos como sujeto. Entonces el niño es nombrado y reconocido por la palabra del adulto. La palabra es entonces estructurante porque al niño le permite «despegarse» de las cosas, del otro, y salir de la confusión. Después, cuando el niño acceda al simbolismo de las palabras, éstas se convertirán en el vehículo de la ley. La prohibición del incesto es un símbolo que permitirá al sujeto encontrar su lugar, porque establece una separación y diferenciación entre generaciones. Si esto es así, el símbolo es palabra de vida, porque permite que surja el individuo y se desarrolle de manera correcta. Pero si el símbolo sirve para la confusión, la indiferenciación, o lo incestuoso (volveremos a ello más adelante), se tratará de palabra de

muerte porque no permitirá que surja el individuo, ni la localización de los límites corporales y psíquicos necesarios para que emerjan las pulsiones de vida.

LA PALABRA, PORTADORA DE INFORMACIONES

El objetivo de una palabra es vehicular una información. Sin embargo, una palabra produce un efecto, del que el locutor no es necesariamente responsable. Por ejemplo, anunciar la muerte de alguien provocará seguramente una tristeza en el interlocutor, y se entiende que la persona que da la noticia no es la responsable.

Hablaremos, pues, de perversión en función del objetivo y de la intención del locutor. ¿Utilizamos una palabra para vehicular una información, o bien para provocar una reacción, generar confusión, herir o manipular al otro?

Silvia, profesora de parvulario, me recuerda que estaría bien que cuando nos dirigimos a los bebés y a los niños pequeños, pudiésemos separar el *yo* del *tú*. Tendríamos que preferir «vas a hacer pipí» a «vamos a hacer pipí». Y preferir el «yo» a «mamá», como en «te he preparado algo» o «mamá te ha preparado algo».

Una historia sin fin

Andrea le comunica a Juan que su historia de amor ha terminado: «Mírame a los ojos, lo nuestro se ha acabado…». A Juan, esta información le sienta como un tiro. Se marcha de su casa con el alma rota. Al día siguiente, Andrea llama a Juan: «Pero, ¿por qué te fuiste? Me has abandonado, deberías haber luchado. Si estás dispuesto a perderme, entonces no mereces la pena». Para Andrea, las palabras no sirven para transmitir información, sirven para provocar, para herir y manipular a su compañero. Juega con su propia angustia de abandono, se la traspasa a Juan, que se convierte en portador, luego lo convierte en responsable y culpable, lo que le permite presentarse como víctima y evitar cualquier culpabilidad ligada al caos que ella genera en la pareja.

Celoso e infiel

Frank padece unos celos fuera de lo común. Magalí recuerda: «Un día estábamos frente a un cine y vio que un hombre me miraba. Entonces me dio un gran codazo en las costillas tratándome de perversa y diciéndome que hacía todo lo posible para que me mirasen. Un año más tarde, me dejó por otra mujer con la que mantenía una relación desde hacía algún tiempo. Antes de irse me recordó todo lo malo que pensaba de mí, pero que no había dejado de decirme a lo largo de toda nuestra relación».

También para Frank, jugar con las palabras le reporta un beneficio considerable: la manipulación, el dominio y la identificación proyectiva le permiten expresar sus angustias, haciendo que su mujer cargue con ellas y convirtiéndola en culpable y sostén de su malestar, relacionado con la mala imagen que tiene de sí mismo. Así la mala es ella y no él. Además, descarga sus pulsiones agrediendo a su mujer y, tratándola de perversa, justifica su pasaje al acto (y más adelante su propia infidelidad) con agresividad.

Frank no siente que sea una buena persona y, antes que intentar mejorar, prefiere hundir a su compañera. De esta manera, alivia sus propias tensiones transmitiéndoselas a su mujer.

LA COMUNICACIÓN PARADÓJICA[4]

La desviación de la palabra

He aquí una adivinanza con trampa: «¿Qué es lo que no puedes dejar de pensar, sin poder pensar nada? Respuesta: una trampa paradójica».

PAUL-CLAUDE RACAMIER

Mediante la comunicación paradójica, el perverso desorienta a su víctima, la enzarza en un laberinto de informaciones contradictorias, e impide así que pueda tomar distancia, pensar y reaccionar de forma sana. He aquí un ejemplo de frase paradójica: «Todo lo que digo es mentira. Si lo que digo es verdad, entonces soy un mentiroso. Si es una mentira, entonces digo la verdad».

La comunicación paradójica ha sido estudiada por investigadores americanos —Bateson (1956), Weackland y Jackson (1960) y Watzalawick (1967)— y más adelante por los psicoanalistas Searles[5] y Racamier.[6]

Mensajes contradictorios

Juan cuenta: «Ella me decía: "Me gusta tu núcleo, pero no tu citoplasma." Si la abandonaba, parecía que le quitaba lo que, al parecer, ella amaba. Si me quedaba le imponía lo que soy, al menos así era en su discurso. Todo lo que yo decía o hacía tenía un significado distinto. Si salía con amigos, obligatoriamente la estaba engañando. Si le contaba un chiste, me decía que me burlaba de ella. Acabé yendo con mucho cuidado con lo que decía. Entonces ella me reprochó: "¡No eres natural! ¡Sé natural!". Después de habernos separado, al fin, nos volvimos a ver. Ella me dijo: "Te quiero pero estaba mal contigo y quería dejarte." Cuando le hice ver que yo había intentado dejarla, y que ella me había retenido, me respondió: "Me había lanzado a 200 km/h y quería construir algo contigo..." Así, en dos frases, me acababa de decir: "Te quiero, pero estoy mal contigo... quería dejarte, pero quería construir algo contigo." Afortunadamente, gracias a la distancia que se había establecido entre nosotros, pude darme cuenta fácilmente de la toxicidad de sus propósitos».

Orden paradójica...

Un día esperaba que viniera mi hijo, pero una amiga me llamó diciéndome: «Me gustaría verte esta noche...». No me atreví a decirle que no porque tenía a mi hijo, y le contesté: «Tengo a mi hijo pequeño, pero, si quieres, puedo llevarlo con su madre, y podemos vernos». De este modo la puse ante una situación incómoda: o bien me decía «sí, quiero que dejes a tu hijo», o bien me decía de quedarnos en mi casa. Le planteaba una orden de doble imposición, porque fuera cual fuese su elección, sería mala.

La paradoja conlleva un bloqueo de los actos, del pensamiento, de los sentimientos y de la percepción de la realidad. Las órdenes paradójicas impiden una elaboración mental correcta. Si las acepta, el sujeto que es víctima de ellas pierde poco a poco el sentido de la realidad. Todos recurrimos a la orden paradójica de vez en cuando. La diferencia entre un perverso narcisista y una persona neurótica (es decir, una persona normal), está en el hecho que ésta última no utiliza la comunicación paradójica como arma recurrente para desvalorizar a los demás, o para proyectar su angustia. La persona no perversa, dándose cuenta del carácter destructor de su discurso, «corrige el tiro» (excusa, explicación, posicionamiento claro, responsabilizarse explícitamente).

Orden paradójica (continuación)

Una hora más tarde he llamado a mi amiga y le he dicho: «Sabes, si no nos vemos esta noche es porque tengo a mi hijo pequeño, y creo que es mejor así, y tú no eres responsable en absoluto».

Haciendo esto, he liberado a mi amiga de la responsabilidad con la que la hacía cargar. Antes, actuaba como un niño, un niño pequeño que no se atreve a decir no, y que se lo hace decir al otro.

Cyril ya no sabe qué hacer

Cyril tiene cinco años y va a casa de sus abuelos. El niño teme al abuelo y no le saluda. Muy enfadado, el abuelo le grita: «Podrías venir a darme un beso, ¿no?».

Las palabras dicen «intercambiemos un acto de ternura», pero el tono muestra enfado. El niño padece una doble imposición. Si rechaza besar a su abuelo, es malo y es el responsable del enfado del abuelo. Si acepta, siente que corre un peligro. Cualquiera que sea su elección, es mala. ¿Debe creer en lo que siente o en lo que le dice su abuelo? Solo podrá obedecer negando a su vez una parte de la realidad.

Cyrill está petrificado, pero acabará por obedecer.

Aunque Cyril ya controla sus esfínteres, cada vez que se queda en casa de sus abuelos se vuelve de nuevo enurético.

Para Paul-Claude Racamier, «el modo paradójico afecta al juego relacional. Perpetua una relación fascinante y paralizante». El agresor diría: «¡Elige entre tu *yo*, y yo!»[7].

Con sus órdenes paradójicas, el perverso debilita el yo de su víctima, que ya no sabe dónde está la realidad. Entonces, descalificaciones y proyecciones permitirán al agresor traspasar sus propios conflictos al otro, evitando así caer en una depresión. La paradoja también es para él objeto de placer y de omnipotencia. Hay una erotización de las defensas perversas, es decir que el perverso experimenta placer con la manipulación. El otro está totalmente confundido, mientras que el agresor sabe muy bien dónde se encuentra. Cuanto más desvaloriza al otro, mejor se siente, cuanto más lo «paradoja», más fuerte se siente.

El placer de herir al otro

Gabriel, el ex compañero de Vanesa, a quien vamos descubriendo a medida que avanzamos, recuerda: «Vanesa me explicó cómo le había dicho a su primer marido que iba a dejarle: "Estábamos en la autopista, volvíamos de casa de unos amigos, habíamos pasado una velada muy agradable. En la gasolinera, le dije: Te dejo por otro. Se quedó lívido"».

Gabriel siente en Vanesa un cierto placer evocando esta escena, y le pregunta: «¿Sentiste placer con su reacción?». Ella le responde: « Sí, ¿cómo lo sabes?».

El desvío de las circunstancias: prescripción y utilización de un contexto

El perverso no solo desvía el sentido de las palabras, sino también el sentido de las circunstancias. Juega con los elementos externos para manipular su entorno. Para justificar sus pasajes al acto y sus desvalorizaciones, puede prescribir o utilizar un contexto para darse un aire de respetabilidad, posicionarse como víctima o dar lecciones. Es decir, crea las circunstancias que después le reprocha a su víctima.

Grandes manipuladores

Santiago dirige un vivero. En el trabajo, un día pasa al lado de Estela y le llama la atención porque donde están colocados los bambús se pueden estropear por el sol. Estela es responsable y traslada las macetas, que son muy pesadas. Al día siguiente se queja de un fuerte dolor en la espalda. Santiago le dice: «Eres mala. Ayer estuve observándote y lo haces mal. No me extraña que te duela la espalda».

Santiago ha observado a Estela y, en lugar de ayudarla, deja que se haga daño. Así, en lugar de felicitarla porque es responsable, le dice: «Eres mala...». Santiago da órdenes y luego utiliza el contexto para poder desvalorizar a sus empleadas.

Poco tiempo después de su separación, Andrea se inscribe en un taller de teatro en el que sabe que encontrará a Juan, que intenta reconstruirse junto a sus amigos. En el taller de teatro, para humillarlo, intenta seducir a todos y cada uno de los hombres que están allí, en presencia de Juan. Cuando Juan se enfada, ella dice: «¿Lo veis como él es el que no está bien?». Andrea ha creado, aposta, las circunstancias que perjudicarán a Juan y que le harán «estallar» en público. Afortunadamente, la mayoría de los amigos de Juan, que no encontrarán ningún beneficio en entrar en el juego de Andrea, no se dejarán engañar y se lo harán saber.

Cuando un perverso entra en un grupo, ocurre a menudo que una parte del grupo se vuelve perversa y la comunidad queda dividida en dos. Así podemos descubrir en el seno del grupo el clivaje y las perversiones que, en el origen, pertenecían al perverso y que ha sabido externalizar utilizando y manipulando a una parte de la gente.

Vanesa: De Guatemala a Guatepeor

Vanesa se recupera apenas de la primera herida narcisista que fue el destete. Sin embargo, al mismo tiempo que tiene conciencia de su imagen en el espejo, sabe muy bien que a ojos de sus padres es omnipotente, y que solo con su sonrisa y su imagen, lograría hacerles volver junto a ella. Cuando era bebé era el centro de atención de la familia. Vanesa era la reina, tan reina que no veía cómo la barriga de su madre se iba redondeando. Cuando nueve meses más tarde nació un niño, el mundo de Vanesa se derrumbó de nuevo.

Efectivamente, en aquel momento las miradas se desviaron de ella hacia ese pequeño ser que, como se daría cuenta más tarde, poseía un pequeño añadido, quizá responsable del repentino desinterés que mostraban por ella. Al odio debido al destete, se añadió la pérdida de su «falo» narcisista, y el de la desilusión de no poseer ese añadido que ella creía que se encontraba en el origen del interés que manifestaban por el pequeño.

El odio de Vanesa debería estar dirigido contra su madre. Pero debido a sus pulsiones, la angustia de abandono y la culpabilidad, Vanesa obtenía un gran beneficio desviando su odio contra el hermano pequeño, responsable de su desgracia, y trasladó su amor hacia el padre: Vanesa cree que su padre se ha quedado solo por culpa del niño y de la madre, totalmente entregada a su hijo.

Treinta años más tarde, cuando su hermano —joven padre en aquel momento— tuvo un accidente del que saldría ileso, pero en el que su hijo pequeño perdió la vida, Vanesa sintió una intensa culpabilidad: «Lo he odiado tanto, que al final ha pagado por ello…».

Durante toda su vida, Vanesa permaneció atrapada en el pensamiento mágico de los primeros momentos de su vida, cuando le bastaba pensar lo que deseaba para que se cumpliese

CASO PRÁCTICO

Pregunta

El pensamiento mágico es uno de los rasgos comunes en las patologías del narcisismo. ¿Dónde se encuentra el origen de este tipo de pensamiento en el caso de Vanesa?

---

1 Las *hirondelles (las golondrinas)* ofrecen una imagen al extender sus alas que nos hacen pensar en los *gendarmes* (la policía francesa), vestidos con uniforme completamente negro y con una capa del mismo color. (N. de la t.)

2 *Pervenche* es una planta con flores de color azul malva, que crece en lugares sombríos. Y es el mismo color que tiene el uniforme de los auxiliares de policía, que sin pertenecer a la policía propiamente dicha, están contratados por cada municipio y se encargan de poner multas. (N. de la t.)

3 Una de las funciones de los psicoanalistas es captar lo que se dice más allá de las palabras y, cuando sea el caso, restituir las problemáticas significativas para sus pacientes.

4 Véase Watzalawick P., Weackland J., Fisch R., *Changement: paradoxe et psychothérapie,* Points Seuil, 1981.

5 Searles H., *L'effort pour rendre l'autre fou*, Folio Essais, Gallimard, 2003.

6 Racamier P.-C., *Les schizophrènes*, *Op. Cit.*

7 Racamier P.-C., *Les schizophrènes*, *Op. Cit*.

NARCISO FRÁGIL

El perverso narcisista, a menudo a semejanza de su víctima, sufre una falla narcisista, es decir, una falta de confianza en sí mismo y en su propia imagen. No se siente amable, no ha podido encontrar un reflejo lo bastante bueno en su infancia como para tranquilizarse y construirse. Para compensarlo, desarrolla una imagen desmesurada de sí mismo. Así, paradójicamente, en él coexisten la escasa autoestima, asociada a su caos interno, y una idea sobrevalorada de su propia imagen, que tendrá que mantener a toda costa, a base de sobreactuar o de desvalorizar a los demás.

LA IMAGEN DE SÍ MISMO

El narcisismo es el amor que nos profesamos a nosotros mismos, la idea que tenemos de nosotros y de cómo nos perciben los demás. El narcisismo está ligado a una imagen, una idea, a la impresión de uno mismo. Los psicólogos hablan de autoestima.

En la mitología griega, Narciso (fruto de una violación) está enamorado de la ninfa Eco. Ésta muere antes de que hayan podido declararse su amor. Sintiéndose incapaz de amar y de hacerse amar, Narciso traslada su amor hacia sí mismo y adopta la costumbre de ir a admirar su reflejo en la ondulación del agua de un estanque. De tanto inclinarse, caerá al agua y se ahogará. En este lugar crecerá una flor que lleva su nombre: el Narciso.

«EL NARCISISMO ROBADO A LOS OBJETOS»

Podemos sentirnos más importantes cuando tenemos un coche bonito, una buena situación, una casa bonita, una pareja guapa, niños guapos, etcétera. Freud habla de «narcisismo robado a los objetos».[1]

Desvalorización sistemática

Juan me cuenta: «Andrea elegía siempre amantes que no pasaban desapercibidos: médicos, notarios... Al final de cada historia, se marchaba despreciándolos, humillándolos y diciéndoles: "Eres realmente un don Nadie." Y en mi caso, me dijo: "Al principio das la sensación de ser alguien que está bien y es capaz de ayudar, luego ya se ve que no eres como parecías. Eres decepcionante"».

Eligiendo compañeros que no pasan desapercibidos, Andrea intenta *renarcisizarse*, pero luego, como no se siente a la altura, prefiere despreciarlos antes que intentar superarse a sí misma.

En una relación de amor «normal», la mirada amorosa y el narcisismo que se desprende repercuten sobre cada uno de los miembros de la pareja. El perverso tomaría sin dar, según Jacques Angelergues y François Kamel.[2] Paul-Claude Racamier explica: «Los perversos narcisistas no le deben nada a nadie, no obstante todo se les debe a ellos».[3]

Cuando el perverso desprecia a su víctima, por ejemplo cuando le dice «eres un imbécil», su argumento presupone varios significados: tú eres un imbécil y, puesto que me he dado cuenta, soy más inteligente que tú. Despreciando al otro, el perverso cree que se revaloriza. Ahora le corresponde a la víctima justificarse y demostrar lo contrario. Al agresor le será entonces muy fácil desmontar sus argumentos y así ir hundiendo progresivamente a su víctima en un caos pernicioso. Un caos que en origen es del perverso, pero que «evacúa» en el otro para aliviarse él, al mismo tiempo que culpabiliza a su víctima. Así, caos y culpabilidad están ahora en el punto de mira de sus órdenes. Es importante señalar que, mientras la víctima se justifica, protege al agresor, que no se sentirá nunca en peligro, pudiendo jugar así a ser él el ofensor.

EL CREPÚSCULO DE UN ÍDOLO[4]

Si podemos brillar tomando prestado el narcisismo de los objetos que nos rodean, podemos ser también los creadores de esos objetos. Todo el mundo sabe quién es Gustave Eiffel. Gustave Eiffel supo crear un falo a la altura de sus ambiciones, erigiendo —en pleno corazón de París— su torre epónima. Pero, para autorizarse a sí mismo a crear, e inscribirse en una pulsión de vida, es necesario un narcisismo lo suficientemente bueno.

La falla narcisista convierte en complejo el acto de creación[5] y para algunos resulta más fácil inscribirse en una pulsión de muerte. Así, si todo el mundo conoce el nombre del inventor de la torre Eiffel, igualmente todo el mundo conoce el nombre de quien supuestamente ordenó la destrucción de las torres gemelas de Nueva York. De esta manera, alguien incapaz de brillar con ideas propias puede beneficiarse de ridiculizar las de los demás. De ahí, por ejemplo, que una persona pueda interesarse por la vida de Freud y de otros pensadores, buscar algunos errores y zonas de penumbra y aprovecharlo para hacerse un nombre. Algunos, con un espíritu mercantil, no tienen ninguna duda en dar este paso.

En efecto, es interesante criticar una obra con el objetivo de perfeccionarla y de llevarla aún más lejos (pulsión de vida), pero desprestigiarla y mofarse de ella no lleva a ninguna parte. Freud decía que había que matar al padre, pero hablaba del padre interno. Castrar al padre en la realidad, matarlo por sus intenciones es, como hemos visto, propio de los perversos narcisistas. En cualquier caso, no encontraremos aquí ni amor ni sabiduría, y todavía menos amor a la sabiduría.

En cuanto a preguntarse por qué tanto odio, me parece que deberíamos dejar a esas personas vociferar entre ellas, porque solo convencen a los convencidos. El psicoanálisis que se interesa por los conflictos, ya sean internos (en el hombre) o externos (en la sociedad),

enseña desde hace más de un siglo a numerosos investigadores, filósofos, politólogos, sociólogos, historiadores, etc.

El psicoanálisis no ha dejado de avanzar, y nos corresponde criticarlo para hacerlo evolucionar. Y, en mi opinión, hay que permanecer sordos a las críticas estériles que solo despiertan interés en los que las divulgan.

FRAGILIDAD NARCISISTA ESTRUCTURAL O COYUNTURAL

El futuro agresor identifica una fragilidad narcisista en su víctima. Esta fragilidad puede ser estructural: falta de confianza y baja autoestima, a menudo relacionado con una infancia difícil. También puede ser coyuntural: nuevo empleo, nuevo encuentro, necesidad de probar, o un error cometido al principio de la relación, que el perverso se encargará de poner de relieve para someter y culpabilizar a su víctima.

El perverso, lo hemos visto, aprovecha una falla narcisista en su víctima para someterla. Con sus críticas, se vuelve «poseedor» de la imagen de su presa. Mientras la víctima se pega al discurso del perverso, éste tiene el poder y puede manipularla fácilmente.

Entre seducción y desvalorización

En su vivero, Santiago solo contrata mujeres. Las trata con proximidad y las llama «mis queridas», creando así un entorno afectivo propicio a la confusión y a los pasajes al acto perversos. Más adelante alternará los intentos de seducción con las desvalorizaciones, frecuentemente machistas.

Santiago se aprovecha de la necesidad de trabajar y de superar el período de prueba de sus empleadas para acosarlas, y utiliza el vínculo de subordinación como «prótesis fálica».

¿ES MALO AMAR TU PROPIA IMAGEN?

Tener una buena autoestima supone una ventaja en la vida. Procede de una imagen lo bastante buena que nos ha sido proporcionada durante la infancia, pero también de elementos que hemos extraído de nuestro alrededor, sobre todo a partir de la imagen que nos hemos creado de nuestros padres. Pero del mismo modo que la creación de la imagen es una etapa necesaria en la evolución del individuo, también deberá ser superada más adelante.

La palabra «persona» viene del griego *persona*, que significa máscara. Las personas demasiado preocupadas por su imagen tienen dificultades para ser naturales. No pueden tener valores, ni ideas propias, ni una verdadera personalidad. Cuando hablan, no pueden decir lo que sienten, deben decir lo que creen que hay que decir para resultar interesantes. Sus valores son a menudo los valores del otro o del grupo. Del mismo modo, les resulta verdaderamente difícil ir al encuentro de los otros, a menudo mantienen relaciones superficiales; incluso, en los casos más extremos, se pueden distanciar totalmente del mundo.

Para paliar esto, debemos encontrarnos a nosotros mismos, reflexionar sobre nuestros propios valores y aceptarnos tal como somos, con nuestros defectos y nuestras cualidades, aun corriendo el riesgo de perder una parte de nuestro entorno. Éste será el primer paso hacia el camino de la libertad y la realización. Un proverbio zen dice: «Estudiarse a sí mismo es olvidarse de sí mismo. Olvidarse de sí mismo es ser reconocido por el universo». La imagen de uno mismo es como una parte del andamiaje necesario para construir una casa. Pero amarrarse a los puntales, una vez que la casa ya está construida, es inútil, un desperdicio de energía, penoso e incluso patológico.

¿POR QUÉ EL PERVERSO TIENE QUE DEMOSTRAR QUE SU VÍCTIMA ES MALA?

El error de la víctima del perverso narcisista es, a menudo, haber puesto en evidencia la falla entre la imagen que él quiere mostrar de sí

mismo y lo que siente en su interior. El perverso se juzga a través de los otros. A veces sin querer, la futura víctima pone de relieve la imagen mediocre que el agresor tiene de sí mismo. El perverso intenta despreciar la imagen de su víctima en lugar de cuestionarse. No soporta el conflicto: en cuanto siente un conflicto, lo traslada al otro. Este es su primer objetivo.

Demasiado concienzuda

Raquel es contratada como comercial en una gran empresa. Su jefe de departamento es también comercial. El error de Raquel será trabajar bien y lograr mejores resultados que su superior. Éste no parará de acosarla. Cuando consigue un cliente, solo está cumpliendo con su deber. Pero cuando comete el más mínimo error (un ligero retraso, un olvido sin consecuencia...) es inmediatamente reprendida. Cuando finalmente Raquel cae en una depresión, su jefe de departamento dirá: «Se ha puesto enferma».

Su segundo objetivo es realzar la imagen que él tiene de sí mismo... Por esta razón, paradójicamente, el perverso narcisista admira a su víctima. Pero no se lo dirá nunca, incluso le dirá siempre lo contrario, pero si no la admirase, no se quedaría a su lado... El perverso narcisista se revaloriza en el contacto con su víctima, a la que siente en el fondo más fuerte que él. Pero mientras que, en una relación equilibrada, cada uno de los miembros de la pareja se renarcisiza mutuamente, el perverso narcisista es particular, y como dice Paul-Claude Racamier: él toma sin dar. El perverso narcisista se revaloriza gracias a su víctima, pero no hay reciprocidad, sino más bien al contrario: se las ingenia para despreciarla y desvalorizarla.

Los perversos, incluso cuando no proyectan sus síntomas sobre los demás, están perpetuamente a la búsqueda de sus defectos; también muchos de ellos acaban cayendo en las garras de otros perversos, lo que les proporcionará mucha seguridad. Entonces pueden fácilmente

localizar el síntoma sin tener necesidad de proyectarlo, como nos lo muestra la continuación de la historia de Vanesa.

Vanesa: la madre o la puta

Cuando Vanesa llega a la pubertad, la madre le pide que limpie la habitación del hermano, mientras ella limpia la habitación del padre.

Al principio, Vanesa se niega. Entonces la madre le dice que lo hará ella, además de todo el trabajo que tiene. Vanesa se encuentra con un dilema: o bien se convierte en la criada de su hermano (¿su mujer?) y tranquiliza a su madre, o bien carga a su madre con un trabajo suplementario. Aunque es la madre la que la sitúa frente a este dilema, Vanesa obedecerá y alimentará, con más razón todavía, odio contra su joven hermano.

El padre es un «pendón» notable. Vanesa ve sufrir a su madre y luchar contra una rival; después verá a su padre saliendo de casa de una de sus amantes y deberá guardar el secreto para no hacer sufrir más a su madre, convirtiéndose así en cómplice del padre y de sus pasajes al acto sexuales.

Paradójicamente, el padre no consiente que su hija vaya con chicos: «mi hija no es una puta».

Debido a una mudanza, Vanesa tiene que repetir un curso: «... a los doce años ya tenía mucho pecho, y esto me daba una apariencia muy de mujer. Los niños de mi clase me llamaban "señora"...».

En la adolescencia, Vanesa desea trabajar para ganar un sueldo. El padre le consigue un empleo como criada en casa de una mujer adinerada. En realidad, la dama resulta ser una prostituta de lujo, a quien Vanesa admira mucho por su capacidad para servirse de los hombres, y por su libertad. Cuando llega a la mayoría de edad, Vanesa deja la casa de los padres para instalarse en un pequeño apartamento, y su padre, durante mucho tiempo, rechazará verla: «Mi hija es una puta...».

---

1 «Pour introduire le narcissisme» en *La vie sexuelle*, PUF, 2002.

2 Véase «La perversion narcissique», *Revue française de psychanalyse*, PUF, 2003.

3 Racamier P.-C., «De l'agonie psychique à la perversion narcissique», *Revue française de psychanalyse*, nº 50, PUF, 1986.

4 Onfray M., *Le crépuscule d'une idole*, Grasset, 2010.

5 La falla narcisista no impide la creación, y numerosos artistas presentan una falla como esa. Por ejemplo, Van Gogh se corta la oreja (¿castración?) y pinta su autorretrato «El hombre de la oreja cortada».

EL PERVERSO: UN NIÑO EN UN CUERPO DE ADULTO

> «El niño es de una indelicadeza y de un egoísmo intolerables. Solo le importan su placer y la satisfacción de sus deseos; que otros sufran o no le es indiferente. (...) Muestra curiosidad por lo que los otros quieren ocultar a su mirada (...) Da muestras de crueldad hacia cualquier ser vivo más débil que él y disfruta destruyendo los objetos. (...) Exige impetuosamente la satisfacción inmediata del menor deseo que siente y no tolera la más mínima espera».
>
> ANNA FREUD

El perverso no se ha estructurado completamente, ha conservado una estructura infantil. Tomemos un ejemplo ofrecido recientemente: un hombre le pide a su mujer que suba con él en el coche. Al dar marcha atrás, destroza el coche de su mujer, aparcado justo detrás. Inmediatamente se vuelve hacia ella y le dice «¡pero, ¿por qué habías aparcado ahí?!». Se comporta como un niño aunque se trata de un hombre de más de cincuenta años, jefe de una empresa. Es un niño que no soporta que le sorprendan con un error, no soporta el conflicto interno y, a la que encuentra uno, lo proyecta en el otro.

Freud nombra al niño «perverso polimorfo»: tendría todos los rasgos del perverso y los iría reprimiendo a medida que iría avanzando en su evolución. En este capítulo veremos lo que debería ser la estructuración del psiquismo durante la infancia.

CULPABILIDAD Y ANGUSTIA DE ABANDONO

A medida que va creciendo, el niño se va estructurando psíquicamente. Desde las primeras frustraciones, se elabora el esbozo de un yo que tendrá que negociar entre sus deseos internos y las posibilidades que le ofrece el mundo exterior.

El *superyó* será la última instancia psíquica que se creará en el momento de la evolución psicosexual del niño. Según Freud, el *superyó* es heredero del complejo de Edipo. Es una instancia psíquica esencialmente inconsciente que contiene nuestros propios valores morales, pero también los valores parentales y sociales que hemos introyectado, es decir, que hemos tomado prestados del exterior, y que luego hemos adoptado en nuestro interior.

El no-respeto de los valores del propio *superyó* implica culpabilidad, como si el padre introyectado nos castigara desde el interior, o que por el no-respeto de este «padre interno», nos generara angustia. Es, pues, la formación de este *superyó* el que impedirá cualquier pasaje al acto inadecuado de nuestros deseos, y nos llevará a la represión o al desplazamiento de nuestras pulsiones si no hay conformidad con lo que hemos integrado como valores morales.

El ideal del yo aparece mucho antes que el *superyó*, que surge alrededor de los seis o siete años, período de resolución del complejo de Edipo.

El ideal del yo se crea a partir de las primeras prohibiciones. Antes, el niño se rige por el principio de placer. Si lo quiere, lo coge. No conoce ni la moral ni la prohibición. Cuando su padre plantea una prohibición, la angustia del niño es perder su amor. Podemos decir que el ideal del yo es la imagen que el niño piensa que debe tener para ser digno de amor.

El ideal del yo coexiste con un yo ideal. Si el ideal del yo está fundado sobre lo que imaginamos que son los valores del otro, a los que hay que adaptarse por identificación, para seguir siendo digno de su amor y no perderlo, el yo ideal sería lo que debemos ser para estar en acuerdo con nuestros propios valores, y realizarnos plenamente.

Una separación muy grande entre el ideal del yo y el yo ideal (fidelidad/infidelidad en Andrea) provocará angustia, y una gran dificultad para actuar frente a la paradoja de los valores opuestos.

¡Harás como tu padre!

A Jorge le gustaría trabajar en algo relacionado con la naturaleza pero su madre querría que fuese ingeniero como su padre. Después de haber aprobado estudios superiores y de haber obtenido el título de ingeniero, se convertirá en peón de caminos en un pequeño pueblo. Jorge ha logrado conciliar un ideal del yo y un yo ideal opuestos, y conservar el equilibrio.

Para poder conciliar valores opuestos de fidelidad e infidelidad, Andrea solo puede recurrir a mecanismos perversos. Cuando Andrea le dice a Juan: «no tenemos los mismos valores (tú eres infiel), así que es normal que yo te engañe», parece estarle diciendo, paradójicamente, que los valores de fidelidad son necesarios para establecer una relación sana. Sin embargo, ella ha visto como su madre engañaba a su padre regularmente. Sus valores ideales y lo que ella ha comprendido, e integrado, de los valores parentales divergen totalmente.

Por identificación con su madre, ideal del yo y yo ideal están completamente opuestos en su caso, y solo proyecta algunos de sus valores paradójicos en su «novio». Así, convirtiéndolo en portador, ella puede justificar sus pasajes al acto a través de la venganza, inscribiéndolos en el marco de una «legítima defensa». Para resolver temporalmente su paradoja, a Andrea le resultan necesarios mecanismos particulares como el clivaje y la identificación proyectiva; es decir, atribuirle al otro una parte de sus propios valores y deseos.

El perverso narcisista, no habiendo podido crearse una imagen sana, no está realmente diferenciado del otro y, de esta manera, puede

confundirse con él, otorgarle sus malas intenciones y atribuirse el «buen papel». Manipulando al otro, y asentando su poder, el perverso narcisista intenta reunificarse convirtiendo al otro en su cosa, su prolongación. Si el otro desapareciera, el perverso caería en un terrible estado de angustia, como si el otro se fuera con una parte de él.

Si el *superyó* es edípico, el ideal del yo es narcisista. El *superyó* hace referencia a valores morales, el ideal del yo a una imagen. El no-respeto del *superyó* implica culpabilidad. El no-respeto del ideal del yo implica una angustia mucho más fuerte, una angustia de abandono.

Debido a su estructura infantil, que coexiste con un yo aún débilmente estructurado, el ideal del yo es menos poderoso que el *superyó* para ordenar el no pasaje al acto, y el yo demasiado poco desarrollado para oponerse a la pulsión. El niño pequeño puede reprimir un deseo en presencia de su padre y estar tentado de pasar al acto en su ausencia. Si le sorprenden, estará tentado de reaccionar con una negación o con una proyección: «no he sido yo...» o «es culpa del otro...». Como provocación, el niño puede también pasar al acto delante de su padre para comprobar su amor, o su propio poder.

«El principio de placer, es decir, la necesidad de una descarga inmediata, es incompatible con un razonamiento correcto, que se basa en una reflexión y en el aplazamiento de la reacción. El tiempo y la energía ahorrados con este aplazamiento se utilizan para el razonamiento. En las primeras etapas, el yo débil aún no ha aprendido a aplazar las cosas».[1]

En el capítulo Sobre los orígenes de la perversión, veremos por qué el perverso narcisista no ha podido acceder al complejo de Edipo. Se siente como un niño en un cuerpo de adulto. No ha desarrollado un *superyó*; se mueve por su ideal del yo y no consigue encontrar sus límites. Por consiguiente, se verá fácilmente desbordado por sus pulsiones, buscando constantemente poder comprobar su poder, y permanece como portador de una angustia masiva de abandono.

Por el hecho de sentirse incompleto, el perverso narcisista está siempre buscando una «prótesis fálica»; es decir, un objeto que le permita mantener la ilusión de su poder sobre las cosas y los acontecimientos.

EL ORIGEN DE LA NECESIDAD DE PODER

Durante la vida intrauterina, el niño no tiene conciencia de sus contornos, vive como una sola cosa con el resto del mundo. Es continente y contenido. Cuando nace, este sentimiento aún perdura, él es el mundo y el mundo es él.

Desde las primeras frustraciones, habrá un esbozo de un yo. El niño llama al pecho y el pecho no acude. «Para él, el pecho de la madre no es más que una parte de él mismo. (...) Desea el pecho por el amor del pecho (...) pero ¿qué pasa si sus demandas no son satisfechas? (...) El bebé descubre su dependencia de la madre». A medida que crece, a la vez que elabora su yo, progresa hacia la alteridad. Su madre y él dejarán de ser uno solo para ser dos. Fantasmáticamente, buscará de nuevo la fusión por identificación a su madre: «Si soy como ella, somos iguales».

Hacia los dieciocho meses aparece lo que Jacques Lacan llamará «el estadio del espejo». Antes, el niño no se reconocía en el espejo. Este período le permite la adquisición narcisista de su imagen, al mismo tiempo que aprende su nombre, y también a afirmarse y a decir no. De la misma manera, el niño, si siente a su madre como suficientemente buena, se revaloriza en la mirada de su madre, que satisface todas y cada una de sus necesidades.

Pero si la madre deja al niño en su habitación, y va al encuentro de un tercero, el niño comprende que no es capaz de retenerla. «Otro» posee algo que el niño no posee, o él que no está suficientemente desarrollado para retener la atención de su madre. Esta cosa, este objeto que tiene el poder de atraer a la madre, es nombrado «falo» en

psicoanálisis. El falo es un objeto fantasmático que tiene el poder de retener la atención del otro. Puede tratarse de cualquier objeto de poder: un coche bonito, una situación profesional gratificante, una pareja atractiva, niños guapos, etcétera.

Ese otro con el que la madre va a reunirse será admirado y odiado a la vez por el niño. De esta envidia, odio y de la idea de represalias que podrían suscitar los deseos del niño si fueran descubiertos, nacerá una angustia muy fuerte que los psicoanalistas nombrarán angustia de castración. Si el padre es suficientemente bueno y cariñoso; si la ley está instalada, si la madre le permite al niño despegarse, el niño avanzará hacia la resolución de sus conflictos internos, renunciará a sus deseos y a su odio, y podrá deshacer sus conflictos edípicos y estructurarse. En este caso el Edipo será estructurante. Pero si el padre es asfixiante, inaccesible o insignificante; o si la madre no le permite emanciparse, el niño corre el riesgo de regresar a un estadio anterior, de volver hacia la madre y no superar el Edipo.

Manchar la imagen del padre

Gabriel: «Cuando Vanesa estaba enfadada, podía decir: "vosotros los hombres, no tenéis cojones...", o de su jefe de departamento, "es un picha corta"».

El perverso narcisista usa sus órdenes para tomar el poder y castrar la imagen del padre, o de sus equivalentes sociales. «... El portador del ideal edípico es el padre. El perverso narcisista intenta aniquilar y dejar sin efecto el ideal del yo edípico en beneficio de un ideal del yo pregenital, dominado por la omnipotencia narcisista». Paradójicamente, Vanesa parece conceder un valor muy importante a las partes genitales de los hombres a los que menosprecia. Esto nos remite a las relaciones con el padre, a la vez amado, admirado y odiado.

BERNARD, EL FALO DE SU MADRE

En psicoanálisis, cualquier objeto de poder o de orgullo es susceptible de ser considerado como un falo. En este caso, ¿querer a los hijos y estar orgulloso de ellos, es considerarlos un falo? Evidentemente, quererlos y estar orgulloso de ellos es formidable. Nunca se ama demasiado. Pero algunos padres aman mal. Escuchemos a los padres a la salida de las escuelas: «El mío controlaba los esfínteres a los dos años»; «La mía hablaba con veinte meses». Seguramente sería más interesante remitir a nuestros hijos a su interioridad: «Confío en ti...», «sé que tienes capacidades...».

Pero veamos la historia de Bernardo:

Un hijo tan guapo

La madre de Bernardo estaba muy orgullosa de su hijo. Cuando venían amigos a casa, ella le decía: «Ven para que todo el mundo te vea. ¡Mirad qué guapo es mi hijo!». Pero, en cuanto Bernardo abría la boca, ella le ordenaba: «¡Cállate, no se habla en presencia de los adultos!». Su imagen estaba muy valorada en el discurso de su madre. Pero paradójicamente, no le permitía expresarse. Solo podía existir en el discurso de su madre.

Además, su padre, probablemente celoso de su relación, a veces podía molerlo a palos.

Para evitar la cólera de su padre y conservar el amor de su madre, Bernardo debía ser un santo. Podía pasarse horas sentado sin hablar.

Un día, cuando Bernardo tenía cinco años, fue sorprendido enseñándole el pene a una amiguita. Su madre exclamó: «No volverá a hacerlo nunca más». En la adolescencia, supo que había besado a una chica. Y le dijo: «Espero que no hagas tus guarradas en público...».

Actualmente, con treinta años, Bernardo es impotente. Sigue viviendo con su madre. Presenta la mayoría de los síntomas de las patologías relacionadas con el narcisismo, pero es incapaz de tener pasajes al acto perversos; ha desarrollado una estructura border line (en el límite de la patología psicótica) con descompensaciones esquizofrénicas (tratándose de la esquizofrenia, Freud lo llamaba «neurosis narcisista»).

Recientemente, Bernardo me ha dicho: «Soy como un Ferrari sin gasolina...». Bernardo tiene una idea muy elevada de su propia imagen y, al mismo tiempo, es impotente. Es como un niño de dieciocho meses que solo existe en la mirada de su madre. Es el falo de su madre y solo puede vivir como tal en detrimento de su propia interioridad y de su propia existencia.

1 Fenichel O., *La théorie psychanalytique des névroses*, PUF, 1987.

EL DUELO IMPOSIBLE

¿Por qué estudiar el proceso del duelo en el marco de un trabajo sobre el perverso narcisista?

Para superar el complejo de Edipo, el niño tiene primero que renunciar a sus deseos, y luego «desidealizar» a sus padres, que volverán entonces a ser seres humanos normales a los que el niño se esforzará por igualar. Freud dice, incluso, que hay que matar al padre. Por tanto, al niño le convendrá hacer una especie de duelo con las imágenes idealizadas que ha integrado con la finalidad de volverse sujeto e inscribirse en el mundo real. Duelo, por otra parte, que le permitirá ocupar un lugar en la sociedad.

La mayoría tenemos dificultades para aceptar tanto las pérdidas como el período necesario de transformación que implica la renuncia. Esta dificultad es propia de nuestra evolución y de los abandonos a los que hemos tenido que enfrentarnos durante la infancia. Son renuncias que iremos encontrando de nuevo a lo largo de toda nuestra vida, y que a menudo serán la ocasión para realizar cambios importantes.

El perverso narcisista es incapaz de todo esto. Él no puede hacer frente al conflicto, sobre todo el causado por la pérdida de sus objetos internos. Para el perverso narcisista, los objetos internos son la imagen idealizada de los objetos externos introyectados. Por ejemplo, el niño llora cuando la madre sale de la habitación. El niño no conoce más que lo que le indican sus sentidos. Si él no ve a la madre, nada le muestra que ella siga existiendo. No podrá soportar la ausencia de su madre hasta que no haya introyectado su imagen, es decir, cuando pueda acordarse de ella. Solo entonces, incluso cuando esté ausente, podrá comprobar la existencia de la madre en su interior.

Más adelante, cuando estudiemos a los padres perversos, veremos cómo al perverso narcisista no le han permitido separarse.

LA ANGUSTIA DE LA PÉRDIDA

El perverso narcisista, para evitar la angustia de separación, emparentada con el duelo —que podría sucederle si le abandonaran— no inviste durante mucho tiempo a su víctima como sujeto, más bien tiene que convertirla en un objeto. El perverso reclama ser reconocido como alguien bueno, espera ser revalorizado. Lo que generalmente ha conocido en su infancia es que quien da amor y reconocimiento también puede retirarlo en cualquier momento. Al perverso se le ha proporcionado una idea tan baja de sí mismo que piensa que esto no dejará de reproducirse, por eso el otro nunca permanecerá junto a él. La desvalorización del otro le permite luchar contra el peligro que representaría su pareja si fuese un buen objeto, porque la pérdida sería terrible y, además, el perverso se la atribuiría a él mismo. En cambio la pérdida de un mal objeto podría permitir mantener la ilusión de un alivio, y atribuir la causa de esta pérdida a la propia víctima.

Los adagios populares nos lo recuerdan: «Muerto el perro, muerta la rabia». Matar al perro por miedo a que se salve (puesto que tiene la rabia) permite no sentirse una víctima potencial, y establecer nuestra omnipotencia. Pero cuando la rabia es familiar, conviene mantener al perro para poder matarle de nuevo, tantas veces como sea necesario, y así no tener jamás que hacer frente a la pérdida.

El perverso utiliza tantos mecanismos proyectivos, que no acaba de conocer verdaderamente al otro, solo conoce la proyección de sus propios objetos internos y de sus propios defectos.

En cuanto a la víctima del perverso, deberá seguir procesos equivalentes a los del duelo si quiere huir de la influencia de su verdugo: salir de la negación, y aceptar el enfado y la tristeza para reconstruirse.

LAS DIFERENTES FASES DEL PROCESO DE DUELO

Los trabajos realizados sobre los procesos de duelo permiten diferenciar varias fases:

- *La negación:* cuando nos anuncian la muerte de alguien cercano, si la revelación es demasiado insoportable, no podemos creerlo. El psiquismo rechaza la noticia, y hace como si no existiera. De este modo, nuestro psiquismo se protege de una información demasiado violenta. «No es verdad..., ha debido de equivocarse..., no puedo creerlo...».
- *La rabia:* a la negación le seguiría una fase de rabia. Esta rabia es una tentativa para expulsar los afectos ligados a la revelación. Los afectos insoportables son eyectados hacia el exterior, a menudo declarando culpable a un tercero. «Es culpa del médico...» o «el otro conducía demasiado deprisa...».
- *La depresión:* cuando se acepta la información, la rabia se supera. Pero entonces aparece una enorme tristeza, generalmente acompañada de culpabilidad y de remordimientos, una depresión, y en los casos más graves, una melancolía. Podría ser que, en algunos casos, esta fase se mantenga inconsciente: por ejemplo, una duración adecuada de duelo que, si no fuera respetada, implicaría culpabilidad. El sufrimiento podría ser también la última prueba para mostrar que el vínculo ha existido realmente.
- *La aceptación:* por fin, hay renuncia. El sujeto se rinde ante la evidencia. La información se integra y la persona podrá reorganizar su vida en función de la pérdida. Podrán sucederse la sublimación y la resiliencia (estudiaremos con más detalle los mecanismos de sublimación y de resiliencia en el capítulo Resistirse al perverso narcisista).

LAS PATOLOGÍAS DEL DUELO

A cada una de las fases anteriores le corresponden patologías asociadas a la incapacidad de hacer un duelo.

Si el sujeto no sale de su negación, es la psicosis. En su película *Bajo la arena*, François Ozon pone en escena al personaje interpretado por Charlotte Rampling, que pierde a su marido en la playa mientras se bañan. Ella no puede aceptar su desaparición. Cuando, más tarde, le enseñan el cuerpo de su marido, rechazará identificarlo. Durante meses, seguirá hablando con él y, poco a poco, se desconectará del mundo. Al período depresivo le corresponde, sobre todo, la depresión o la melancolía por incapacidad de poder hacer un duelo.

El melancólico se siente como alguien despreciable, y se hunde en una culpabilidad y un intenso dolor moral. El origen de la enfermedad es inconsciente y el depresivo, o el melancólico, puede que en realidad no hayan tenido que padecer nunca un duelo, pero puede torturarles el miedo a perder sus objetos internos por la incapacidad de renunciar a imágenes de su infancia.

El perverso narcisista evolucionaría entre la negación y la rabia. A la negación le correspondería la desvalorización de su víctima, es decir, la negación de su importancia, lo que le permitiría minimizar su pérdida potencial. A la fase de rabia le corresponderían las agresiones, las tentativas de expulsión de sus sentimientos y la culpabilización del otro.

¡Es culpa de los médicos!

Después de un accidente, los médicos se verán obligados a amputar la pierna a Mauro. Al cabo de diez años, Mauro sigue enfadado. Explica, a quien quiere escucharlo, que todo es culpa de los médicos, que fueron unos ineptos. El mantenimiento de su rabia le impide ver las cosas como son, y esto hace que no caiga en una depresión. Su incapacidad para superar la rabia no le permite llegar a la resiliencia y superarlo.

El perverso narcisista desvaloriza a su pareja pero la retiene al mismo tiempo. La pérdida de su «objeto» implicaría lo que Paul-Claude Racamier llama la «suicidosis», que se parecería a la melancolía y a la incapacidad del melancólico para hacer el duelo. Paul-Claude Racamier habla de la vuelta contra sí mismo de la rabia, lo que podría conducirle al suicidio.

¿EXISTEN MEDIOS PARA FACILITAR O ACELERAR UN DUELO?

Existen numerosos medios para facilitar un duelo, sobre todo con la puesta en marcha de ritos y de períodos de duelo que, culturalmente, han existido siempre, a pesar que tienden a desaparecer. Quizás deberíamos reinventarlos, lo que nos permitiría convertirlos en más conscientes que culturales.

Hablamos mucho de duelo, pero a veces erróneamente. Hay duelo cuando hay una muerte. No obstante, como hemos visto, incluso si el término duelo no es el adecuado, el proceso es el mismo cuando hay pérdida, o angustia por la pérdida, lo que explica que hablemos de incapacidad, de angustia o de proceso del duelo.

Una persona me contó que para acabar de una vez por todas con su padre alcohólico e incestuoso, —y después de haber hecho un largo trabajo terapéutico— le envió por correo un litro de vino, un salchichón y una larga carta a su padre. Otra persona me contó que, después de una ruptura difícil con un hombre perverso narcisista, le había escrito una larga carta que después había quemado, y cuyas cenizas había diseminado en la orilla de un río frecuentado por ambos en otros tiempos.

El ritual nos permite caracterizar y concretar los hechos y, eventualmente, nuestras decisiones y salir de nuestra negación. No tendría que darnos vergüenza hablar en voz alta frente a una tumba, o poner en marcha determinados rituales, sean cuales fuesen.

Por otra parte, llegado el momento, respetar un período de duelo permite, incluso si es doloroso, reconstruirse y, muy a menudo, salir fortalecido de la experiencia.

SEGUNDA PARTE

CONOCER LAS ESTRATEGIAS DEL PERVERSO

LAS ESTRATEGIAS DEL PERVERSO

COMPRENDER SUS MOTIVACIONES

Neurosis, psicosis y perversión

El hombre nace varias veces. Después de su nacimiento físico, nace al mundo, a la alteridad; luego, a su imagen y, finalmente, a la sociedad, al tercero y a la ley. A la fase objetal (la separación del otro y el descubrimiento de la alteridad) le suceden la fase narcisista (el encuentro con su propia imagen) y la fase edípica. A medida que va creciendo, el niño deberá, en primer lugar, tomar conciencia del otro, es decir, darse cuenta que existen objetos no-yo exteriores a él, que él no lo es todo y que todo no es él. La incapacidad para integrar plenamente esta etapa conduce a las psicosis o, dicho de otro modo, a la indiferenciación entre uno mismo y el resto del mundo, y a los terrores correspondientes creados por las angustias de fragmentación y de disociación, debidas al sentimiento que el otro es poseedor de una parte del yo del individuo. Si esta etapa se supera, el hombre puede nacer a su imagen, a la idea que se hace de él o de cómo le perciben, y a sus ideales narcisistas. Esto le permitiría estar en consonancia con él mismo o con los otros.

La incapacidad de superar esta etapa nos conduce a las estructuras narcisistas[1] que pueden estar acompañadas por angustias de abandono, si la imagen del sujeto no parece estar conforme a lo que imagina que se espera de él, y de una incapacidad para conocerse y/o conocer verdaderamente al otro. Si se integra una imagen de uno mismo lo bastante buena, el sujeto va hacia el descubrimiento del tercero y de la ley. La aceptación de las reglas sociales le permitirá ocupar un lugar en la sociedad y continuar su evolución. La

incapacidad de renunciar a los fantasmas edípicos conduce a las neurosis, a la culpabilidad y a las angustias llamadas de castración.

El perverso narcisista, por razones que estudiaremos más adelante, no ha podido nacer a su imagen. Evoluciona, atrapado entre las fases objetal y narcisista, y utiliza al otro como un espejo del que obtiene buenos aspectos, y hacia el cual proyecta sus malas propensiones, esperando llenar su vacío y escapar, en caso de regresión más profunda, a la psicosis que le acecha.

¿El perverso es un enfermo?

En primer lugar tendríamos que definir qué es una patología. Cuando estudiamos las patologías, pasamos mucho tiempo trabajando sobre la diferencia entre lo normal y lo patológico. Invito al lector a reflexionar sobre ello. Hay quien propone que se defina la patología como lo que nos llevaría al sufrimiento. Pero, como hemos visto, el sufrimiento puede formar parte integrante de un proceso que nos conduce a la resiliencia, como en el proceso del duelo.

A veces confundimos el síntoma con la enfermedad. Por ejemplo, si ingerimos un veneno, quizás nuestro cuerpo nos haga vomitar. Si consideramos el vómito como la enfermedad, tomaremos un antivomitivo. Si consideramos el veneno como origen del mal, al contrario, tomaremos un vomitivo. La patología podría ser tal vez una ruptura del vínculo. Si nuestro cuerpo no reconoce el veneno, no nos hará vomitar y entonces caeremos enfermos. El esquizofrénico se siente caótico, entonces se desconecta de su interior y, después, del mundo externo. Sus delirios son proyecciones de su interioridad a fin de recuperar un estado sin tensión cuando sus pulsiones lo desbordan.

Volviendo al perverso narcisista, él es un vomitador. Expulsa su caos y vuelve enfermos a los demás. Quizás nos ha ocurrido alguna vez, después de haber soportado una tensión impuesta por un tercero, en el trabajo o en otro lugar, de volver a casa y avisar: «¡Cuidado, estoy de mal humor!». Es como decir, estoy listo para expulsar mi caos

a la primera ocasión que se presente. Quizás incluso esto ha pasado, y hemos provocado una disputa. A menudo, al final de la disputa nos sentimos mejor, pero nuestro entorno se siente mal. Es posible incluso que entonces, hayamos jugado a ser conciliadores y hayamos hecho el papel de buenos: «Vamos, hay que calmarse...». Pero esto es una situación perversa narcisista. Puntualmente, esto no nos convierte en perversos, pero es importante señalarlo y trabajar sobre ello para que no se reproduzca.

El perverso narcisista «perfecto» es estructuralmente perverso. No conoce ni el sufrimiento ni los remordimientos. Él no está enfermo, es su entorno el que enferma. Si por ejemplo, una noche, al volver a casa, molestamos al otro porque nosotros no estamos bien, al día siguiente, al despertarnos, nos sentiremos mal y nos dará vergüenza. Sufriremos, nos culpabilizaremos y, para salir de nuestro sufrimiento, nos disculparemos. En este caso estamos más cerca de la neurosis que de la perversión. El perverso narcisista no sufre, somos nosotros los que sufrimos en su lugar. Se trata de alguien frágil. En principio es alguien que debería sufrir exageradamente, pero que, por un sistema de proyección y, sobre todo de identificación proyectiva, se justifica: «por tu culpa...». Él es la causa del error o del problema, pero le atribuye al otro su propio defecto. El beneficio que obtiene es tal (escapar de su sufrimiento y de su locura) que no podrá cuestionarse. En cambio, hay personas que utilizan frecuentemente estos mecanismos cuando están pasándolo mal. Cuando vuelven a un estado normal, si la negación no es suficiente, tienen que hacer frente a su culpabilidad, y entonces pueden sentir angustias de abandono por sus pasajes al acto, y por las consecuencias que le podría hacer pagar al otro. Estas personas corren el riesgo de sufrir de nuevo una regresión y de volver a utilizar los mismos mecanismos perversos. Son personas que sufren mucho. Quizás podrán hacer un trabajo personal y lograrán superarlo. Será largo, pero no imposible.

Paul-Claude Racamier dice: «Los perversos narcisistas vienen a la consulta cuando todavía no lo son del todo». El terapeuta deberá entonces estar muy atento para no acompañar a su paciente en sus perversiones, porque, tal y como sospechamos, estos mecanismos son muy difíciles de ver en el discurso de alguien que se presenta como víctima, y deberá vigilar para no desculpabilizarlo sino, al contrario, llevarle a reflexionar sobre cuales podrían ser sus valores.

Cargar al otro con sus fallos

Los mecanismos que utiliza el perverso narcisista como el clivaje, la negación y la identificación proyectiva, son también mecanismos típicos de las patologías paranoicas y paranoides. El racismo, ya sea racial, social o sexual, es un ejemplo tipo de la utilización de estos mecanismos perversos y, sobre todo, del clivaje del objeto. El clivaje del objeto, como lo hemos visto ya, protege de una angustia de disociación del yo con la proyección de una parte de uno mismo sobre una parte del objeto, designado como malo.

Por ejemplo, los adeptos del Ku Klux Klan han dividido el objeto sociedad en dos: los blancos buenos y los negros malos. Por la noche, se esconden debajo de un capirote y van a «cargarse la chusma». Durante el día, son buenos padres de familia, y seguramente pasan por ser buenos ciudadanos. De esta manera, proyectan su parte mala durante la noche y su parte buena durante el día. La ideología política, racial, religiosa o sexista se convierte, entonces, en la «prótesis fálica» donde todo se vuelve legítimo.

En el origen del clivaje

Freud fue el primero en postular que el bebé descarga lo esencial de sus pulsiones en el transcurso de una toma. Cuando surge la necesidad (en primer lugar, el hambre o la sed) se vuelve rápidamente intolerable. (La no-respuesta a sus necesidades implicaría rápidamente la muerte del bebé).

Hemos visto como Melanie Klein llama a la rabia del bebé «odio»; odio que iría acompañado de deseos de destrucción. Hacia los tres meses de vida, el bebé solo estaría en relación con una visión parcial de su madre. Melanie Klein llama a este objeto[2] parcial, el pecho. El niño proyecta sus pulsiones de amor y de odio sobre él. El pecho es vivido como todo bueno o todo malo. El pecho bueno es el que da seguridad, y el pecho malo es el persecutorio con el bebé. Al no satisfacerle, se instala y crece la angustia. El niño se siente entonces perseguido por el mal objeto, al que vive como nefasto. Para protegerse y poder expresar su rabia, el bebé va a alucinar como si existieran dos objetos, uno bueno, el pecho que tranquiliza, y el otro malo, el pecho persecutor. Entonces podrá, sin riesgo, proyectar su amor sobre uno, y su odio sobre el otro, sin correr el riesgo de destruir el buen objeto. Melanie Klein nombra esta fase, o posición, esquizoparanoide. Es el clivaje del objeto. Esto permite defenderse contra un clivaje del yo que podría implicar una angustia de disociación. Proyectar el odio sobre un objeto y el amor sobre otro le ahorra al sujeto tener que dividirse en dos, llevándole a una disociación de su personalidad (buen sujeto, mal sujeto) como en ciertas psicosis, o dirigir su rabia contra él mismo.

En el período esquizoparanoide de la evolución del niño encontraríamos, pues, la génesis de estos mecanismos de defensa que son el clivaje del objeto y la proyección. El clivaje del objeto le permitirá al perverso protegerse de una angustia de disociación debida al clivaje del yo. Designando a una persona entre la multitud, como pasa en el racismo, el perverso puede proyectar su odio sobre una parte del objeto (la sociedad) y su amor sobre otra parte (los que se le parecen, los del mismo sexo, del mismo color o de la misma condición social).

La fase depresiva

El niño prosigue su evolución y se dirige hacia la alteridad. Comprende que existe otro, que no responde obligatoriamente a sus deseos y que está separado de él. Este otro que, más que ser un objeto, se volverá progresivamente un sujeto, permitiendo más tarde al niño descubrirse él mismo como sujeto. Antes de esto, el niño tendrá que integrar el sentimiento de ambivalencia para salir de su ilusión de la existencia de dos objetos.

A la fase esquizoparanoide le seguiría un período llamado depresivo. Hacia los cuatro meses, el bebé comprende que no existen dos objetos sino uno solo. Así sale de este período alucinatorio de los primeros meses de su vida. Entonces ve a la madre como a una persona completa. Ella será al mismo tiempo querida y odiada. Para no correr el riesgo de destruirla o de perderla, el bebé reservará para él sus deseos de agresión. Así, su angustia se volverá contra él mismo y estará en el origen de su depresión. La depresión del bebé solo podrá superarse si la madre es percibida como suficientemente buena, y por tanto el buen objeto puede ser interiorizado de modo duradero. Entonces la imagen interior de la mamá podrá paliar, llegado el momento, su ausencia. Si la fase depresiva es demasiado insoportable (veremos más adelante las posibles causas en el capítulo En los orígenes de la perversión), el niño corre el riesgo de quedarse instalado en el estadio esquizoparanoide. Y siendo adulto tendrá tendencia al clivaje, proyección, idealización y denigración del otro, mecanismos típicos de las perversiones narcisistas. Si el niño no puede abordar la fase depresiva, corre el riesgo de conservar los mecanismos de clivaje y de proyección de sus afectos para evitar la depresión. El perverso narcisista es de este tipo, y su objetivo es transferir su angustia al otro. Cuanto peor va su pareja, mejor va él.

ATRAPAR Y AISLAR: MEDIOS PARA SOMETER A LA VÍCTIMA

La negación, el clivaje y la identificación proyectiva, como hemos visto anteriormente, no son los únicos mecanismos que utiliza el perverso

narcisista. Tomando distancia, y saliendo de la fusión que le impone el perverso, la víctima no tendría más remedio que constatar la locura de su pareja. El perverso es muy consciente de esto. Por tanto no debe permitirle a su pareja tomar distancia. Por esta razón, el perverso debe impedir que su pareja frecuente a personas que podrían hacerle ver el aspecto anormal de su relación. Por esta razón va a intentar aislar a su víctima, y así poder seguir desvalorizándola.

Enfoque

El perverso narcisista necesita proximidad. Sus víctimas son cercanas (un pariente, un empleado, un colega, una pareja...). Pueden haber otros ejemplos, como un profesor con su alumno o una relación jerárquica en el ejército. El perverso narcisista necesita la proximidad y un vínculo difícil de romper: vínculo de subordinación, vínculo parental, vínculo filial o vínculo amoroso. Atrapa a su víctima sirviéndose de ese vínculo, de esa proximidad inicial.

Todos estamos sujetos a *fallas* narcisistas en ciertos momentos clave de nuestra vida. Una persona que acaba de encontrar un nuevo trabajo tendrá, por ejemplo, una gran necesidad de reconocimiento. Se encuentra en una situación de incerteza y necesita demostrar sus cualidades. En ese momento constituye el blanco ideal para un perverso narcisista, que la cubrirá de elogios antes de despreciarla. Pero su falla es aquí coyuntural (el nuevo trabajo). Existen también *fallas* narcisistas más estructurales, que nos vienen de nuestra infancia y son consecuencia de un maltrato o de un «no-buen-trato». El perverso detecta enseguida estas *fallas*.

¡Jamás sin ti!

Juan siente que su novia no está bien. Él mismo ha notado que cuando no se siente bien, el hecho de participar en talleres de teatro, para poder expresarse, le ayuda a superar ese estado. Así que, con total naturalidad, le propone a su novia que le acompañe. Su objetivo es ayudar a Andrea a estar mejor y presentarle a gente que él aprecia. Pero en cada clase en la que participarán, Andrea lo incomodará; amenaza de separación, reproches de todo tipo, chantaje de ruptura precipitada o intentos de seducción de los amigos de Juan.

Por ejemplo, Andrea se reúne con Juan para un curso. Por razones profesionales llega unos días después que el curso haya empezado. Allí, ve a Juan divertirse con sus amigos. Desde la primera noche le hace saber —por enésima vez— sus ganas de dejarle. Juan se lo toma mal. Después, Andrea no dejará de reprocharle su reacción: «Deberías haber comprendido que estaba mal en lugar de estar de morros...».

De esta manera, aunque Andrea le ha amenazado con abandonarle, Juan es el culpable de haber reaccionado mal. Sus amigos le hacen ver que su comportamiento cambia radicalmente cuando está Andrea presente. Al cabo de un tiempo, Juan decidirá ir solo al curso. Durante el trayecto, Andrea le llama para decirle que le va a dejar, y por primera vez, gracias a la distancia, Juan lo acepta.

Hacer el vacío alrededor del otro

Frank y Magalí reciben a viejos amigos de Magalí en su casa.

Una mañana, los hombres salen para ir a comprar croissants. Entonces, Laura, amiga de Magalí, va a verla a su cama. Magalí está embarazada. Laura, que sueña con tener un niño, la acribilla a preguntas. Cuando los hombres vuelven a casa, Frank sorprende a las dos jóvenes mujeres riéndose en la cama de matrimonio. Entonces él entra en un estado de cólera intensa, acusa a Magalí de haber mancillado la cama conyugal y echa a sus invitados.

Magalí se hunde. Más tarde, Laura llama disculpándose, y le dice que prefiere cortar la relación con ellos. Frank ha conseguido aislar a Magalí de sus amigos, que podrían ayudarla, así él mantiene una mayor influencia sobre ella.

Frank ha aprovechado la situación para proyectar su angustia de celos* y convertir a los otros en culpables.

LA UTILIZACIÓN DE UN TERCERO

Tomemos el ejemplo de la marquesa de Merteuil y del vizconde de Valmont en *Las amistades peligrosas*. Merteuil utiliza a Valmont para lograr sus fines. Ella le controla a través de los desafíos que debe llevar a cabo si quiere mantener su imagen a sus ojos. El clivaje se produce en el interior de la pareja. Merteuil tiene el papel bueno respecto a sus víctimas, e incluso a veces es su confidente. Es Valmont quien siembra el caos por mandato. Merteuil sería Jekyll y Valmont sería Hyde por delegación. Valmont se convierte, entonces, en el falo de Merteuil. Es interesante ver cómo Merteuil no está nunca en peligro, puesto que es Valmont quien actúa.

Podemos encontrar también la utilización de terceros en grupos, empresas o instituciones. Cuando un perverso entra en un grupo, a menudo, una parte del grupo se vuelve perverso.

Julián venga a su compañera

Julián me cuenta que, en su empresa, los empleados se reúnen cada mañana. Sin embargo, no es raro que el jefe de servicio elija a uno de sus empleados para convertirlo en «chivo expiatorio» de su mal humor. Los otros miembros del grupo son testigos de la agresión y tienen que posicionarse. Las opciones son, o bien volverse cómplice del acosador, o bien oponerse a él y poner en peligro el puesto de trabajo.

Una mañana, el jefe de servicio trata de zorra en público a una de sus empleadas. Y se reúne con sus colegas para reírse, lo que intensifica el alcance de la ofensa. Los demás bajan la mirada y permanecen en silencio, convirtiéndose así en cómplices pasivos de su jefe. Julián forma parte de los silenciosos y abandona después la sala de reunión, con un sentimiento de enorme vergüenza y culpabilidad. Dos días más tarde, no pudiendo aguantar más, insulta al jefe de servicio y consigue que el director —que, por otra parte, conoce el comportamiento de su jefe de servicio— le despida.

Cuando un perverso utiliza a un tercero, él no se pone nunca en peligro. Así, al final de *Las amistades peligrosas*, Valmont es asesinado.

DESVALORIZACIÓN, MANIPULACIÓN Y NECESIDAD DE CONTROLAR AL OTRO

Pegarse a su víctima permite al perverso conservarla. El aislamiento de su víctima le proporciona seguridad ante la presencia de terceros que podrían inmiscuirse en su relación. La identificación proyectiva lo libera de sus afectos. Pero el perverso narcisista, después de proyectar el síntoma de su locura, convierte a su víctima en portadora. Perder a su objeto significaría, para el agresor, encontrar sus propios síntomas. Conservarlo es permanecer frente al portador de sus síntomas quien, a su vez, podría devolvérselos. El perverso también necesita despreciar la palabra del otro. Además, el perverso es portador de una angustia de abandono que le hace temer que el otro se vaya.

Cuando Andrea amenaza a Juan con abandonarle, ella «juega» con su propia angustia de abandono, haciéndole cargar a él con sus sentimientos. Pero para poder dejar a alguien es necesario estar con él.

Esto explica cómo el perverso denigra y deja a su pareja, y luego vuelve a buscarla de nuevo. La denigra para demostrar que no pierde gran cosa si se separan. La rechaza por su propio placer, y para lograr tranquilizarse de su angustia de abandono; después la seduce de nuevo para conservarla y volver a empezar, usando para esto alternativamente mecanismos de seducción, de proyección, de pasajes al acto y de culpabilización masivos.

Enfoque

El perverso debe ejercer un control absoluto sobre su víctima y denigrar su palabra, so pena de perderla y de tener que hacer frente a sus propias angustias de duelo, o ser acusado por su víctima. Por esta razón, el perverso nos acusa muy a menudo de cosas de las que no somos culpables y nos conduce a una ambigüedad que distorsiona nuestras referencias relacionales. Esto se asemeja bastante a una tentativa de hipnosis. El perverso nos da órdenes paradójicas, nos acosa con falsas acusaciones... hasta el punto en que nuestro cerebro no puede más y se da por vencido. Entonces ya no sabemos dónde estamos o quienes somos. Y ahí, nos tiene completamente a su merced.

AS IF [3]: LOS PERVERSOS IMPOSTORES

El perverso fantasea poco, él pasa al acto. Es poco empático, lo que vive su víctima no es su problema; al contrario, esto puede incluso ser fuente de placer para él.

Existen varias clases de perversos: personas que sufren mucho y que utilizan mecanismos perversos narcisistas para intentar escapar de ese sufrimiento, perversos consumados, que ni sufren ni se culpabilizan, y una categoría capaz además de imitar empatía y de simular una falsa consciencia, para pasar después fríamente al acto.

Donald Winnicott los llama *as if*. Pueden suavizar la voz, citar bellas teorías y hasta simular simpatía hacia sus víctimas. Algunos pueden, incluso, asumir un papel perfectamente creíble[4] (protector,

defensor de grandes causas...), hacer enfermar a sus víctimas[5] y luego curarlas o hacer que las curen.

Confesiones que lamentamos...

Juan, en presencia de Andrea, le confiesa a su hermana que ha estado perturbado por el sufrimiento de su antigua novia, y que le dedicó una tarde para ayudarla a remontar su estado de ánimo. Su hermana le dice que no debería hablar así delante de Andrea. Pero ella, muy razonable, replica que conoce a Juan y que esto no le preocupa. Juan se queda impresionado por tanta madurez e indulgencia por parte de Andrea. Pero la actitud de Andrea solo es circunstancial y debida a la presencia de público. Después, le reprochará durante meses a Juan su reacción y así podrá amenazarle, desvalorizarle y proyectar en él sus propias angustias. Andrea utiliza el contexto para poder destacar delante de la hermana de Juan haciendo «como si», y luego se aprovecha del mismo contexto para descargarse sobre su compañero, convirtiéndole en portador de sus propias angustias, manipulándole, culpabilizándole e incomodándole.

Con las manos en la masa, el testimonio de Cyril

Hace cuatro meses que comparto mi vida con un hombre, tiene diecinueve años, yo veintinueve. Me hizo creer que había heredado alrededor de un millón de euros de una sociedad y de una granja en Australia. La precisión de sus argumentos, así como los documentos (tipo testamento) me llevaron a creerlo. Poco a poco me fui dando cuenta de que me mentía en diversas cosas, pero recientemente he comprendido hasta qué punto era grave, porque me había enseñado el presupuesto para la compra de un coche nuevo, o para la compra de casas (visitas y firmas de compromiso de compra que mantenía durante un mes entero, pero se retractaba siempre en el último momento). Ahora sé que tuvo una infancia difícil, porque me llevó al centro de acogida de menores donde estuvo acogido. Solo sé que esto es cierto. Pero no me creo lo de su adopción. Dudo de todo.

Sufrió mucho durante su infancia. Sé que esto puede explicar su comportamiento, pero no quiere dejarse ayudar. Para él soy yo quién tiene el problema. Desde que estoy con él, me he implicado emocionalmente y económicamente. (Me ha costado alrededor de cuatro mil euros; él tenía mi coche, mi tarjeta de crédito... mi vida.) No sé qué hacer, he leído que este tipo de personas no cambian nunca, ni siquiera por amor. Sé que tengo que huir de él pero me siento atrapado por mis sentimientos hacia él.

UN VÍNCULO DE DEPENDENCIA FUERTE

Para que haya perversión es necesario que haya un vínculo fuerte. Puede tratarse de un vínculo de subordinación, familiar o amoroso.

En algunos casos, romper con el perverso puede suponer perder el trabajo, la compañía de los hijos y/o la casa.

En el contexto de un progenitor perverso, romper con él significa perder al progenitor. Sin embargo este progenitor no ha desempeñado bien su papel, no ha sabido proporcionar tranquilidad y devolver una imagen suficientemente buena. Es más difícil separarse de un mal progenitor que de un progenitor suficientemente bueno. De este modo, permaneceríamos sujetos a aquello que nos falta. El poder del perverso estaría, pues, a la altura de lo que no da. Habría una especie de deuda que nos impediría marcharnos. En la relación amorosa, ¿es el amor, el

apego o la carencia lo que nos retiene y le da fuerza al otro? Podríamos pensar que la fuerza de la víctima es su capacidad de dar, y que la fuerza del perverso es su capacidad para no dar nada, pero prometer mucho. En este caso, comprenderíamos mejor por qué el perverso intenta desvalorizar cualquier intento de su víctima por ayudarle.

Enfoque

Podría ser que, en algunos casos, la relación verdugo-víctima sea una especie de pulso sadomasoquista donde cada uno, a su manera, querría demostrar su poder. Sabemos muy bien que la dependencia está fundada en una carencia. Sin embargo, si la víctima es a menudo alguien bueno, también es, la mayor parte del tiempo, una persona que otorga fácilmente su confianza. La víctima es alguien sugestionable que siendo niño no pudo encontrar muy bien sus límites, quizás porque no se los dieron. Si la demanda de la víctima es que la colmen, que la completen, es decir que pueda sentirse unificada por el otro, ¿qué pasaría si ese otro accediese a esa demanda? ¿El peligro no sería volverse uno siendo dos? ¿La víctima lo aceptaría, o bien acabaría yéndose?

Jean Bergeret plantea una relación entre distancia y fusión, de manera alterna. Cada uno entraría en el deseo del otro y le daría miedo verse desbordado por este. El estudio del perverso debería remitirnos a un estudio de nosotros mismos, el mejor medio para reencontrarse uno consigo mismo, para unificarse por sí mismo. Quizás esta es la forma de no seguir teniendo la necesidad de encontrarnos con perversos y poder, si ese es nuestro deseo, implicarnos en una relación serena, calmante y constructiva.

---

1 Las perversiones narcisistas no son las únicas estructuras narcisistas. Algunas descripciones de otras estructuras límites están propuestas en el anexo al final de la obra.

2 El término «objeto» tiene el sentido que hemos explicado más arriba: la estructura de la pulsión (origen, objetivo, objeto).

* Algunos psicoanalistas plantean la idea que una pulsión homosexual reprimida estaría en la base de los rasgos paranoides. Los mecanismos de defensa empleados serían la vuelta de la pulsión en su contrario y luego la atribución de esta pulsión al otro por identificación proyectiva. La insoportable pulsión homosexual «te amo» estaría transformada en «te odio». «Te odio» estaría proyectado en el otro y se volvería «él me odia». El sujeto podría entonces vivir su pulsión bajo la forma: «Él me odia, por tanto es normal que yo le odie también». En función del grado de delirio que acompañe la patología, hablaremos de patología paranoica o paranoide. El rasgo paranoide forma parte de la perversión narcisista.

3 «Como si» en inglés.

4 En la película *Catch me if you can* [*Atrápame si puedes*] de Steven Spielberg, Leonardo di Caprio se hace pasar sucesivamente por un piloto comercial, después por cirujano, y luego falsificador.

5 Por mandato, como en el caso extremo del síndrome de Munchhäusen.

TERCERA PARTE

LIBRARSE DEL PERVERSO

LOS EFECTOS PERVERSOS SOBRE LA VÍCTIMA

La perversión narcisista se sitúa en la intersección entre la locura y la neurosis. No es extraño que personas que padecen trastornos psiquiátricos utilicen mecanismos perversos narcisistas, intentando atribuir su locura al otro. El perverso estructuralmente perfecto, gracias a sus pasajes al acto, está a salvo mientras tenga a una víctima para descargarse. En cuanto a las víctimas, acaban siendo portadoras de los síntomas del perverso (angustia de abandono, cólera, etcétera). En función del grado de relación entre el perverso y su víctima, la cosa irá de la depresión a la tentativa de suicidio, de la violencia a la perversión o de la confusión a la despersonalización[1]; es decir, a la locura.

UNA CONFUSIÓN TOTAL

El perverso con sus actos siembra una confusión tal que su víctima, a menudo, no puede actuar de forma inteligente. Las órdenes paradójicas, las agresiones violentas, la desvalorización seguida de seducción, no permiten a la víctima poder reaccionar de una manera sana. La paradoja es tal que la víctima no sabe si debe creer lo que le dicen sus sentidos, lo que ve o lo que oye. Toda lógica se vuelve caduca. Como consecuencia, la víctima se encuentra en un estado de alerta constante, se vuelve desconfiada y siente un peligro que la acecha sin poder localizarlo. A su vez, ella va a desarrollar rasgos paranoides.

Imaginemos que estamos conduciendo, y que al mismo tiempo mantenemos una conversación inteligente con nuestro acompañante. De pronto, un vehículo se aproxima demasiado rápido por la derecha; inmediatamente desactivaremos toda nuestra inteligencia y solo nos

quedarán los reflejos. Ahora somos incapaces de mantener una conversación. En caso de emergencia, nuestro cerebro desactiva la parte intelectual en beneficio del córtex que gestiona los reflejos. No hay entonces más *ello*, ni *yo*, ni *superyó*, solo una alerta, una atención amplificada, y una incapacidad para poder reflexionar. El perverso acaba sumiendo a su víctima en este tipo de estado.

Es muy importante ponerse en manos de una persona neutral y cordial, que no dudará en recalificar la realidad tal y como es, en nombrar al perverso como tal, la relación como insoportable y los pasajes al acto como inadmisibles.

Síntomas postraumáticos

Estela me cuenta: «En cualquier momento, Santiago, mi jefe, podía llamarme para decirme que era una persona formidable y que me quería; o decirme que era mala y que quería despedirme. Yo estaba en un estado de tensión permanente. Un día abrió la puerta de mi coche alguien a quien yo estaba esperando, pero me sobresalté de manera anormal...».

Estela presenta síntomas de estrés postraumático semejantes a los que presentan las personas que vuelven de una guerra, o que han vivido una catástrofe.

Consejo práctico

La víctima, habiendo perdido toda referencia, necesitará escuchar de la boca de un tercero cómo funciona el perverso. Esta persona puede ser un amigo, un pariente o un terapeuta. Lo importante es que esta persona sea neutra. La neutralidad no impide la recualificación de los hechos.

LAS DEFENSAS BAJAS

Del mismo modo que existen mecanismos de defensa psíquicos que gestionan nuestro interior, existen mecanismos como la paraexcitación que nos protegen de excitaciones que nos llegan del exterior.

«La función de la paraexcitación es proteger al organismo psíquico contra los estímulos que provienen del mundo exterior y que, por su intensidad, podrían llegar a destruirlo».[2] La paraexcitación es una instancia cognitiva que estaría situada en la periferia del sistema psíquico, en la frontera entre los órganos de los sentidos y el mundo exterior. El psiquismo tendría entonces la posibilidad de investir más o menos los estímulos externos, en función de sus cualidades.

Por ejemplo, si me encuentro a un hombre que no conozco, puede que al principio me muestre desconfiado: ¿es un hombre bueno o un hombre malo? ¿es bondadoso o peligroso? En función de la respuesta, investiré —más o menos— en las informaciones que me llegarán de este encuentro. Si comprendo que este hombre está loco y oigo que me insulta, sus palabras me influirán poco. Al contrario, si me encuentro con un viejo amigo, entraré en contacto con él de corazón. Y si me habla mal, entonces podrá herirme fácilmente.

La paraexcitación nos protege pero limita también la calidad y la cantidad de las aportaciones del mundo exterior. En cambio, cuando tenemos más confianza, la distancia que tenemos con el mundo exterior se reduce.

¡Eres una persona tóxica!

Juan recuerda: «Acabábamos de pasar un fin de semana fantástico. Yo estaba feliz: volvíamos por fin a estar juntos. Yo sabía que más allá de nuestras disputas, nos queríamos y estábamos hechos el uno para el otro. Al acabar el fin de semana, ella me dijo: "¡Qué bueno eres! ¿cómo puedes ser tan bueno después de todo lo que te he hecho?" Le respondí que era porque la quería, y que, normalmente, yo era así de forma natural. Al día siguiente, me llamó. Yo pertenecía solo a mi amor y estaba dispuesto a aceptar lo que viniese. Entonces, sin ninguna razón, ella me dijo: "Eres una persona tóxica. ¿No comprendes que siempre he querido dejarte?" No fui capaz de responder. Me acababan de clavar una lanza helada en el corazón...».

Una de las «ventajas» de la comunicación paradójica utilizada por el perverso narcisista es destruir la paraexcitación de su víctima, y así conseguir que sean más eficientes las órdenes y otras proyecciones.

El perverso, a menudo, hace que a una fase de seducción le preceda una fase de desvalorización de la imagen de su pareja. Así, la víctima, habiendo bajado sus defensas, está completamente a merced del discurso de su verdugo.

Algunas personas que han padecido demasiados ataques paradójicos en su infancia, o que presentan trastornos estructurales, pueden encontrarse desprovistas de paraexcitación, incluso pueden confundirse con el resto del mundo. Si sucede esto, estas personas recurren a mecanismos más potentes como el repliegue autístico o, en menor grado, la despersonalización.

LA DESPERSONALIZACIÓN

Pegar a un niño

Bernardo confiesa: «Cuando mi padre me pegaba, no era tan duro. Le pegaba a mi cuerpo. Los golpes no hacen tanto daño. Me enroscaba como una bola y esperaba a que se acabara...».

Para soportar lo insoportable, Bernardo se separa de su cuerpo y se convierte en espectador de sí mismo. Se distancia de la escena. Le pegan al cuerpo. Esta despersonalización se convertirá, progresivamente, en su principal mecanismo de defensa frente a los conflictos, tanto internos como externos. Bernardo, siendo adulto, frente al menor problema o a la más mínima crítica, se convierte en espectador. Si el conflicto es externo, abandona la relación. Si le hacen una pregunta, evita responder o se sale por la tangente. Si el conflicto es interno, se encierra. Poco a poco, Bernardo desconecta de sí mismo, del mundo, y vive solo en casa de su madre. La despersonalización le permite no delirar, le sitúa en la frontera entre la locura y la normalidad. Se vuelve una persona extraña, aislada, pero no cae en la locura ni en la perversión. Su despersonalización viene a paliar la falta de paraexcitación que no fue capaz de poner en marcha frente a unos padres violentos y perversos.

El perverso, con sus ataques paradójicos repetidos, nos conduce hacia la locura. La violencia, la depresión y la despersonalización son mecanismos de respuesta a sus ataques. La violencia es un intento de expulsión de la toxicidad del perverso. La depresión es una vuelta contra uno mismo de esta violencia que, muy a menudo, no puede volver contra su verdugo por temor a las represalias o al abandono; y la despersonalización es un intento de evitar el conflicto. La despersonalización y el estado de estrés postraumático son los síntomas principales en las víctimas de los perversos.

A excepción de los niños, que todavía no han establecido plenamente su estructura, el perverso no puede convertir a otra persona en estructuralmente perversa. Solo puede desvelar su interior, es decir, su estructura. Para volverse perverso, hay que estar predispuesto a serlo.

El perverso nos empuja a la depresión, a la violencia, a la enfermedad, etcétera, que son a menudo respuestas coyunturales. Puede ser normal responder de manera puntual a una agresión con un mecanismo perverso, pero esto no nos convierte en perversos. Si nos pegan en la mejilla derecha, cada uno de nosotros responderá a su manera. Algunos devolverán la bofetada, otros la sufrirán y se aguantarán, y muy pocos pondrán la otra mejilla. Para comprenderlo mejor, tendríamos que observar los desplazamientos de energía desde un punto de vista dinámico. Las agresiones del perverso, ya sean órdenes, paradojas u otras agresiones, emiten lo que llamaremos una excitación exógena, haciéndonos portadores de una energía que yo llamo, a veces, el caos del perverso.

La respuesta a la excitación exógena se convierte en excitación endógena, es decir en pulsión. Esta pulsión adopta la forma de violencia. ¿Cuál es el futuro de esta energía? O bien se la devolvemos al agresor en forma de proyección, o bien la desplazamos hacia otro objeto u objetivo, o bien la volvemos contra nosotros mismos, y entonces aparece la depresión o la enfermedad.

En los ejemplos que hemos visto, Frank agrede a su mujer. Magalí se vuelve depresiva. Bernardo se despersonaliza. El empleado sufre la agresión de su jefe de servicio, y se la devuelve fuera de tiempo. El jefe de servicio se descarga de las agresiones, quizás padecidas en su casa o durante su infancia. En cuanto a nosotros, es importante que nos preguntemos: ¿cuáles son nuestras propias respuestas? ¿nos parecen adecuadas? ¿de dónde vienen? ¿deberíamos plantearnos otras?

Christophe Carré, autor de un libro sobre los manipuladores,[3] nos sugiere que las víctimas de los manipuladores tienen una serie de rasgos comunes: son a menudo generosas, sinceras, amables y abiertas a los demás; tienen confianza en la relación pero muestran ingenuidad; les falta confianza en ellas mismas; buscan una relación que las ayude a estructurarse; se muestran excesivamente empáticas y responsables. La víctima es también protectora, ama, consuela, da seguridad; acepta las críticas y se culpabiliza fácilmente; renuncia con mucho gusto a su espíritu crítico, a su autonomía y a su dignidad; quiere complacer siempre y dar lo mejor de ella misma; acepta someterse, se ilusiona y persiste en su investidura afectiva. Es a menudo arrogante, orgullosa, rechaza ver la realidad de frente y no se percibe a sí misma como una víctima.

En algunos casos, las víctimas presentan una tendencia masoquista: buscan voluntariamente dolor y humillación junto a un perverso.

Como ya hemos visto, el perverso y su víctima comparten a menudo una falla narcisista. Esta debilidad puede ser coyuntural, como por ejemplo una necesidad puntual de ponerse a prueba. En este caso, la víctima podrá superarlo fácilmente si consigue renarcisizarse, es decir, recuperar confianza en ella misma, pero la mayor parte del tiempo la falla narcisista es estructural. Es muy frecuente que víctima y verdugo utilicen el mismo tipo de mecanismos: clivaje, negación, proyecciones..., pero la víctima, al contrario del perverso, proyecta amor y, a menudo, renarcisiza a su pareja, lo que, paradójicamente, la vuelve aun más insoportable para el perverso. Para el perverso, quien le da amor, amabilidad y le proporciona una buena imagen, se lo podría quitar en cualquier momento. Más adelante veremos cómo, en algunos casos, la amabilidad podría ser percibida por el perverso como una toma de poder.

Cada víctima reacciona de manera diferente

Santiago contrata a Estela, Caty, Sofía y Natalia para su vivero. Durante meses, no dejará de acosarlas alternando desvalorización y tentativas de seducción. Afortunadamente, las chicas se ayudan entre ellas. Santiago intenta separarlas. Cuando comprende que están demasiado unidas y que empiezan a ponerle en peligro, las despide alegando motivos económicos antes de contratar a otras personas.

Frente a esta desnarcisización masiva, cada una va a reaccionar a su manera: Caty y Sofía volverán a recuperar su confianza en ellas mismas; Caty crea una empresa de trabajos paisajísticos y Sofía su propio vivero. Estela permanecerá mucho tiempo sin poder volver a trabajar en una empresa porque ahora teme las relaciones jerárquicas. Al final, acaba como representante itinerante para una pequeña sociedad. En este trabajo no ve nunca a su jefe y no tiene contacto con él más que por teléfono o por correo. Natalia no retoma ninguna actividad: está siempre depresiva.

Cada una ha reaccionado en función de su composición y de su historial. Pero, tanto si se han dirigido hacia la resiliencia como si han caído abatidas, hay que destacar que ninguna de ellas, a día de hoy, ha encontrado trabajo en un equipo y junto a un superior jerárquico.

UN POCO DE HIGIENE PARENTAL

¿Cómo podemos ayudar a nuestros hijos para que no se vuelvan perversos? Empecemos por no considerar a nuestros hijos como objetos ni como la prolongación de nosotros mismos. Debemos tratarles como sujetos, debemos darles lo que necesitan y así encontrarán su camino. Debemos definir las normas y prestar atención a lo que transmitimos con nuestros actos. Puede ser paradójico, por ejemplo, prohibir fumar a un hijo adolescente si nos ve fumar («haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago»). En cuanto a las grandes leyes comúnmente admitidas (como el suicidio, el incesto, etcétera), no deben ser transgredidas, puesto que significaría hacer pasar lo imposible por posible, lo fantasmagórico por real, y de alguna manera abrir la caja de Pandora.

Por ejemplo, el padre de Ernest Hemingway se suicidó, Ernest Hemingway se suicidó, y su nieta Margaux se suicidó la víspera del aniversario del suicidio de su abuelo.[4] Mucha gente tiene, a veces, ideas suicidas, pero el pasaje al acto está prohibido, y parece imposible mientras no llega a inscribirse en la realidad.

El papel de los padres

La madre de Frank le dice que, cuando el padre no está, él es el cabeza de familia. Haciendo esto, la madre introduce lo incestual* en el campo de lo real, permite lo que debería estar prohibido (¿cómo fantasear que nos vamos a casar con mamá cuando ella nos nombra cabeza de familia en el lugar del padre?), y por ahí le impide a su hijo acceder al fantasma del Edipo, y después poder renunciar a él para poder estructurarse. Cuando el padre vuelve a casa, Frank se siente engañado. Siendo adulto, y ya casado, fantaseará con la presencia de un tercero que no tardará en intervenir. Frank sentirá entonces una gran angustia y proyectará su paranoia sobre su mujer. Después se anticipará, engañará a su mujer y, después de dejarla embarazada, la abandonará, habiéndola desvalorizado.

Siendo niña, Andrea sabe que su madre engaña a su padre. Cuando la madre encuentra un amante, deja la casa y abandona a marido e hijos. Andrea sufre y ve sufrir a su padre. De mayor tiene unos valores delirantes, paradójicos, en los que el sufrimiento es en sí mismo prueba de amor, el amor es una confesión de debilidad, y la maldad banal resulta normal. Andrea prefiere el rol de verdugo al de víctima, como si ninguna otra vía fuera posible.

* El término *incestual* no existe, es un neologismo inventado por Paul-Claude Racamier, que alude a lo que es de carácter incestuoso, sin llegar a ser un pasaje al acto sexual. (N. de la t.)

Podríamos pensar, pues, que todo niño que no haya vivido con unos padres lo bastante buenos, y presentes, va hacia un comportamiento patológico. Como hemos visto, el psiquismo tiende hacia la calma, sobre todo por la expresión de su energía. Ocurre lo mismo con la

estructuración de la personalidad. El espíritu tiende naturalmente a desarrollarse; no hay más que ver el placer que supone para un niño pequeño el hacernos partícipes de sus progresos.

Freud habla de pulsiones de vida y de pulsiones de muerte. Podríamos decir que las pulsiones de vida nos empujan hacia delante y que las pulsiones de muerte nos llevan hacia atrás. En el experimento con los ratones descrito en el primer capítulo, si la puerta de la jaula está abierta, y después de haber sufrido una descarga eléctrica, el ratón se escapa y descarga una parte de sus pulsiones en su huida.

Se han medido las tensiones internas de dos ratones que han sufrido la misma descarga eléctrica. En un caso, la puerta de la jaula al estar abierta, permite al ratón reaccionar y salvarse. En el otro, al estar la puerta cerrada, el ratón mostrará un nivel de tensión netamente superior al del otro ratón. Salvándose, el primer ratón ha podido descargarse de una parte de sus tensiones. Solo en última instancia el ratón, si puede, recurrirá a la agresividad contra los otros, o contra él mismo, si no tiene otra elección.

En el mecanismo de la regresión, el individuo hace una especie de regreso psíquico hacia atrás para ir a buscar una energía que le permitirá afrontar una situación difícil. Frente a una dificultad de la vida, no es extraño ver a un niño regresar a un estadio anterior y, por ejemplo, volver a caer en la enuresis. Paradójicamente, el hombre tiende hacia la expresión de sí mismo yendo hacia delante. La pulsión de vida nos empuja hacia el final de la vida y la pulsión de muerte querría llevarnos de nuevo hacia el nacimiento.

Si el niño no encuentra solución en casa, buscará otras soluciones en otro lugar. Las reacciones patológicas llegan como último recurso, si la puerta de la jaula está cerrada.

Consolarse fuera de casa

Juan me contaba que cuando era niño, el ambiente en su casa era insoportable. Juan es el mayor de los hermanos. Sus padres alcohólicos gritaban mucho. En esos momentos, él salía e iba a refugiarse sobre un cerezo donde se reunía con su perra, buscando consuelo. Juan llegó a decirme que había desarrollado su Edipo con una perra y un cerezo.

Si este ejemplo os hace sonreír, me siento feliz. Creo que el humor es un magnífico mecanismo de defensa. Tengamos confianza en nuestros hijos. Si dejamos la puerta de la jaula abierta, encontrarán lo que es bueno para ellos.

---

1 **Despersonalización**: En muchas enfermedades mentales, puede aparecer este síntoma como una sensación de extrañeza respecto de sí mismo.

2 Laplanche J., Pontalis J.-B., *Vocabulaire de la psychanalyse*, *Op. Cit.*

3 Carré C., *La manipulation au quotidien*, Éditions Eyrolles, 2007.

4 En el marco de las programaciones transgeneracionales, hay que señalar que Margaux, que padecía alcoholismo, se llamaba así en honor a un vino, el *Château Margaux*. Para intentar superarlo, solicitó cambiar la ortografía de su nombre para llamarse Margot.

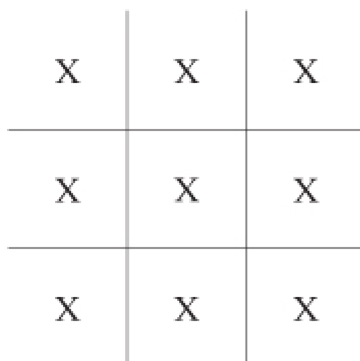
RESISTIRSE AL PERVERSO NARCISISTA

¡CUIDADO CON LAS ETIQUETAS!

En un curso, Isabel me comenta: «Mi hermana tiene un pretendiente. No tiene estudios y es militar. A ella, en cambio, le gustaría estudiar. Él quiere casarse con Isabel, pero no deja de decirle que estudiar es inútil, y le pide que lo deje. ¿Es un perverso narcisista?».

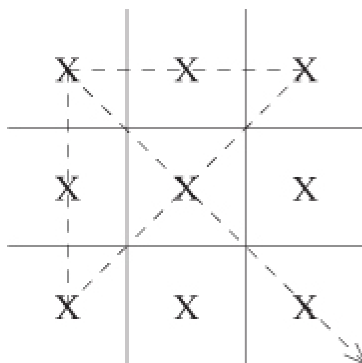
Antes de responder a la pregunta, me gustaría proponer el siguiente test:

Test de las nueve cruces



¿Es posible unir las nueve cruces con un lápiz con tan solo cuatro segmentos sin levantarlo en ningún momento? Si no has encontrado la solución es porque te has dejado atrapar en un marco de referencia.

Solución:



En el transcurso de una formación en psicopatología, escuché una conversación entre dos alumnos. Era la vuelta de las vacaciones de Navidad. Uno de los protagonistas de la conversación estaba bronceado. Su compañero le dice: «¡Has estado esquiando!». El otro le contesta: «No, he estado en Cuba». Retomé este ejemplo en clase: «Te has fijado en un síntoma: está bronceado. Un contexto: es invierno. Te has remitido a tu marco de referencia y has planteado un diagnóstico: ha estado esquiando. Aquí vemos los límites y los peligros de los estudios teóricos. Os recuerdo que el psicoanálisis no se aprende, se vive. Aquí, como mucho, vais a encontrar algunas referencias y, espero, más preguntas que respuestas».[1]

Volviendo a la pregunta inicial de Isabel, es evidente que el novio de su hermana tiene una falla narcisista. Pero esto no le convierte en un perverso. Isabel ha detectado un indicio, no más.

Un día, mi hijo pequeño, preadolescente en aquella época, me dijo: «Mi objetivo en la vida es aplastar a mi hermano mayor». En primer lugar le di las gracias por su sinceridad y confianza, y luego le hice esta pregunta: «¿En tu opinión, entre un pastor y un director general, cuál de los dos ha tenido más éxito? Tuvo la tentación de responder el director general, que es lo que salta a la vista; pero mi hijo imaginó que, si yo le hacía la pregunta, el tema merecía una reflexión. Entonces me propuso: "El que esté haciendo el trabajo que quería hacer"».

El futuro cuñado de Isabel, ya lo he dicho, presenta una falla narcisista, debido sobre todo a su carencia de un título universitario y a la falta de reconocimiento. Contrariamente a lo que dice, le concede

una gran importancia a los títulos; si no, ¿por qué estaría molesto con la idea de que su futura mujer estudie? Ella quizás podría recordarle que le quiere, sea cual sea su nivel de estudios y que, si la ayuda a realizarse, aún se sentirá mejor. Nadie supera a nadie. Es la apreciación de cada uno. ¿Qué más podemos desear para los que amamos que ver cómo se realizan? En cuanto a la pregunta planteada por Isabel, tenemos que recordar que, en el marco de nuestra formación, hay que ser muy cauto y no colgar etiquetas diagnósticas con demasiada rapidez.

¿NO ES PERVERSO TRATAR A ALGUIEN DE PERVERSO?

Por identificación proyectiva, decir de alguien que es perverso, intentando atribuirle al otro lo que siente uno mismo, puede ser un comportamiento perverso.

Frank no deja de decirle a Magalí que ella es perversa, Andrea le dice a Juan que es tóxico. Sin embargo, para la víctima es importante que el perverso sea nombrado como tal.

Dejar tiempo a la víctima

Un amigo, consejero jurídico en una asociación, me explicaba que al inicio de sus funciones, se sentía muy orgulloso de sus nuevas responsabilidades. Le concedieron un despacho muy bonito en el que podía recibir a los miembros de la asociación para aconsejarles. Un día, se presentó una señora visiblemente depresiva. Ella le explicó que su jefe la acosaba con el fin de empujarla a presentar la dimisión. Mi amigo le dijo que no tenía que presentar la dimisión, sino que debía enviarle una carta certificada a su jefe para que reconsiderase su actitud. Así, si un día tenía que presentar su dimisión por culpa de su jefe, podría solicitar en el juzgado que considerasen su dimisión como despido improcedente. Le hizo un modelo de carta y le aconsejó que la enviase. Quince días más tarde, la señora volvió a ver al consejero. Él le preguntó si había enviado la carta. Ella le contestó que había preferido presentar su dimisión. Entonces él se enfadó un poco: «¿De qué sirve que me pida consejo si luego acaba haciendo lo contrario?». En ese instante, la señora se deshizo en lágrimas. Mi amigo me dijo que se sintió desvalorizado por la actitud de la señora, pero que este acontecimiento le había permitido comprender que era necesario un cambio de actitud. La señora acababa de sufrir acoso durante varios meses. Enfadándose, le había confirmado lo que le decía su jefe: que ella no era una buena persona. Más que a pedir un consejo, había ido en busca de consuelo.

A partir de ahí, mi amigo cambió completamente la forma de funcionar. Dedicó mucho más tiempo a escuchar a la gente, después a transmitirles seguridad respecto a sus propios valores, y en fin, llegado el momento, a nombrar al perverso como tal. El consejo jurídico ahora estaba en última instancia.

FRENTE A LAS ÓRDENES, PREGUNTAR EN ESPEJO

Cuando el perverso juzga «tú no eres inteligente...», vemos cómo se coloca en una posición de fuerza, se valora a expensas del otro y él no corre ningún riesgo. Diciendo esto, sobreentiende dos cosas: la primera, que el otro tiene una mala imagen, y en segundo lugar que él es suficientemente inteligente y está autorizado para decírselo. Presupone que él es superior. El beneficio del perverso narcisista está precisamente ahí: ¡llega a sobrevalorar su imagen mientras nosotros intentamos justificarnos, desesperadamente, cuando no tenemos por qué hacerlo!

Consejo práctico

Si nos justificamos, para el perverso narcisista será fácil desmontar nuestros argumentos y mantener un ambiente nocivo. Por esto es importante no justificarse, cortar por lo sano cualquier conversación o ponerlo en su lugar: «¿Con qué derecho me dices esto? ¿Quién eres tú para juzgarme?», «¿Te crees tan inteligente como para creer que yo no lo soy?».

El efecto que tendrá lo que decimos al perverso narcisista será lograr que se sienta en peligro, y esto no podrá soportarlo. Entonces le tocará a él justificarse y se invertirán los roles. Magalí, tras un trabajo terapéutico, comprende: «Cuando el perverso se ve desenmascarado, se va».

RECUPERAR EL CONTACTO CON LOS ALLEGADOS

Después del aislamiento que ha impuesto el perverso a su víctima, será esencial para ella recuperar el contacto con los viejos amigos, aunque haya que disculparse y explicar algunos acontecimientos.

Reencontrarse con los amigos

Magalí cuenta: «Me decía que era normal romper con mi vida de antes. Tenía que dejar de ver a los amigos en común con mi expareja y, los otros amigos no le gustaban lo bastante. Él, sin embargo, conservaba a los suyos. Después de nuestra ruptura, habría querido reanudar la amistad con mis amigos y tuve incluso que cortar con algunos. (...) Cuando recuperé el contacto con Laura, me dijo que se sentía aliviada al saber que nos habíamos separado y volvimos a ser amigas como antes».

A menudo, la víctima del perverso presenta también una falla narcisista y le resulta difícil pedir ayuda. Además, a ella le gusta complacer y prefiere inscribirse en el deseo del otro antes que exponer el suyo propio.

Aprender a pedir ayuda es una gran lección de vida, y la ocasión para la víctima de inscribirse en su propia necesidad aprendiendo a existir por ella misma.

VOLVER A PONER DISTANCIA

Contra la atadura que impone el perverso a su víctima es muy importante poner distancia. Por ejemplo, refugiándonos junto a personas cordiales, aprendiendo a desconectar el teléfono, permaneciendo sordos a las llamadas de nuestro verdugo, que no dejará de alabarnos de nuevo, teniendo muy presente el infierno que hemos vivido y, sobre todo, no volviendo a confiar nunca más, pensando que las cosas podrían ser de otra manera.

Consejo práctico

Algunas veces nos gustaría abandonar al perverso pero nos sentimos incapaces. Si no nos vamos, significa que tenemos una dificultad. Por lo tanto es esencial verlo con perspectiva. Acercarnos de nuevo a la familia, a los amigos, cambiar de aires, etc. Si él se opone, será la mejor prueba de que hay un problema. Conviene tomar distancia, pero también hablar con una tercera persona (amigo o terapeuta) que sea neutral. La palabra es liberadora, permite a la víctima salir de su estado de dependencia y sometimiento. Poco a poco le permitirá contar con la perspectiva necesaria. La palabra, cuando no es perversa, tiene esta función.

Como veremos más adelante, el perverso está enfermo, nunca podrá funcionar de otra manera. El mejor regalo que podemos hacerle es dejarle. Solo entonces, si no es completamente perverso, podrá cuestionarse a sí mismo. Pero lo que ocurre a menudo, y muy rápidamente, es que buscará una nueva víctima, so pena de hundirse, y negará la importancia de su relación anterior.

Cuando el perverso cambia de presa

Juan explica: «Andrea era muy celosa. Comentaba hasta qué punto la fidelidad era importante para ella. Después podía decir todo lo contrario, como que sería normal que me engañase. Cuando al fin nos separamos definitivamente, a los pocos días, conoció a un hombre casado y se apresuró en hacérmelo saber. Me dijo: "Al menos, con él, no tendré miedo a que me engañe, y no tendré que prometerle fidelidad"».

ATREVERSE A ODIAR

Incontables víctimas de perversos están, como Narciso, en busca de su imagen; del amor perpetuo, no tanto en su corazón como en la mirada del otro. El perverso los arrastra hacia la depresión o hacia la violencia. La depresión es una manera de dirigir contra nosotros mismos la violencia que engendran la paradoja y la desvalorización.

A menudo la víctima, buscando ser buena, no osa expresar su odio porque «no es correcto», no da una buena imagen. Entonces, a semejanza del perverso, hará una negación e, incapaz de proyectar otra cosa que no sean buenos sentimientos, volverá su odio contra ella misma, convirtiéndose en su propio verdugo para proteger al otro, así como a su propia imagen.

No es raro encontrarnos con víctimas, años después de su separación o de su despido, todavía depresivas. El enfado forma parte del proceso del duelo. La víctima, cuando no se permite odiar, no puede desarrollar un duelo sano. Desculpabilizar a la víctima de sus sentimientos negativos y hacerle comprender que odiar puede ser normal, le permite expulsar una parte de sus afectos atreviéndose a reconocer, y a expresar, los sentimientos que ha vivido como negativos.

¡Eres un inútil!

Miguel es director de una empresa y le gustaría que Salvador se marchara. O sea que hace todo lo que puede para empujarle a presentar su dimisión. Un viernes por la noche llama a Salvador y muy enfadado le dice: «¡Lo que has hecho está muy mal, esto no va a acabar bien!». Cuando Salvador le pregunta a qué se refiere, Miguel le responde: «Lo sabes perfectamente. No tengo tiempo de comentarlo ahora. Nos veremos el lunes, tengo que irme, pero espérate lo peor».

Durante todo el fin de semana, Salvador se encuentra mal, y en su cabeza da vueltas y más vueltas a los últimos acontecimientos. El lunes, Salvador espera que Miguel lo convoque. Nunca le convocará. Salvador me dice: «Acabé entendiendo que le basta con plantar una semilla, generalmente la víspera del fin de semana o de mis vacaciones. Después, ya me encargaba yo de ser mi propio verdugo. Me angustiaba tanto que acabé por caer enfermo».

Salvador intentaba adaptarse a la imagen que imaginaba que debía de ser la buena. Las órdenes paradójicas de Miguel se lo impedían, puesto que no se basaban en nada. No enfadándose, Salvador le seguía el juego a Miguel. Además, una vez sembradas las órdenes perjudiciales, era Salvador quien se hacía daño, pensando y repensando sin cesar en los últimos acontecimientos, e intentando comprender. Incapaz de proyectar su enfado sobre Miguel, Salvador acabó poniéndose enfermo.

HACER LIMPIEZA DEL ENTORNO

Isabel me pregunta: «Desde que he empezado una terapia, he constatado que mis relaciones con el entorno han cambiado. ¿Nuestras carencias tranquilizan a los demás?».

Cuando hacemos un trabajo con nosotros mismos, nuestras relaciones con los demás cambian. Nuestras proyecciones se apaciguan a medida que integramos nuestras carencias. También nuestras demandas están más cerca de nuestros valores que de la necesidad de repetición de nuestros traumas, o de la necesidad de satisfacer, a cualquier precio, las demandas de los demás. En nuestro entorno ocurre, a veces, que hay personas que sienten que tienen ventaja relacionándose con nosotros por el hecho de tener las fallas que tenemos. Efectivamente, esto les da seguridad: no es raro que los

padres, los amigos o las parejas se opongan a la terapia de sus allegados, a veces incluso acaloradamente. Pueden decir que les da miedo perder al otro, o la influencia que pueda tener el terapeuta sobre su allegado. En realidad, a menudo, les da miedo perder al portador del síntoma, lo que tendría como efecto poner de relieve sus propios síntomas, obligándoles o bien a mirarse al espejo, o a encontrar con urgencia un nuevo objeto. Pero, ¿estamos aquí para tranquilizar a nuestro entorno con nuestro malestar?

Uno de los resultados del trabajo sobre uno mismo puede ser ver cómo estas personas se alejan, cambian o se adaptan. Y, a menudo, encontramos a nuevas personas. Cuando nuestro estado de ánimo cambia, el mundo cambia.

NOMBRAR A UN TERCERO

Con su comportamiento, el perverso se sitúa por encima de las leyes.

Si el niño pequeño ha escuchado la ley propuesta por su madre, su padre, una tía, un tío, un educador o cualquier otra persona, en el inconsciente, según el psicoanálisis, la ley hay que ponerla del lado del padre para romper así la díada madre/hijo.

El perverso trata de anular y dejar sin efecto la palabra del padre, y por tanto su realidad psíquica. Paul-Claude Racamier habla incluso de autoengendramiento. En su fantasma, el perverso se habría hecho solo. No puede soportar la idea de la existencia del padre, excepto para utilizarlo con fines personales. La presencia de una persona que represente la ley será insoportable para el perverso. Podría poner de relieve sus mecanismos colocándole frente a una gran angustia.

¡La ley os lo prohíbe!

Cuando Santiago contrata a Estela para su vivero, le propone un sueldo fijo y una comisión sobre las ventas como remuneración. Pero Estela no verá ni en pintura las comisiones sobre las ventas. Un día se presenta en su despacho con su contrato para reclamar lo que le deben. Santiago le arranca el contrato de las manos y coge un bolígrafo para tachar las cláusulas que ya no quiere reconocer. Estela se pone a gritar, Santiago no la escucha. Al fin, Estela dice: «Este contrato es solo una fotocopia, el original está depositado en un sindicato». Entonces, riéndose maliciosamente, Santiago le da un beso en la mejilla sin pedirle su consentimiento, tira el contrato al suelo y sale del despacho. Estela está descolocada por el pasaje al acto de Santiago, pero está tranquila porque ha podido recuperar el único ejemplar que existe de su contrato.

Mientras Santiago siente que está protegido de la mirada de los demás, se siente todopoderoso. Solo cuando Estela invoca a un tercero representando la ley, Santiago cambiará de actitud.

El perverso narcisista pretende ser todopoderoso: más fuerte que el padre, más fuerte que la madre... No habiendo abordado el Edipo, el perverso no soporta la triangulación, es decir, la presencia de un tercero que viene a insinuarse en la relación madre/hijo y a imponer nuevas reglas.

El perverso actúa generalmente en secreto, protegiéndose de las miradas de los demás para no ser juzgado ni enturbiar su imagen. Como hemos visto, el perverso se siente castrado, incompleto. Obtiene su poder de las apariencias. Posee una ilusión muy frágil que, él lo sabe, no aguantaría delante de un tercero coherente y con suficiente distancia para poder emitir un juicio lógico. Nombrando a un tercero que represente la ley, Estela reintroduce la noción del padre: esto el perverso no lo puede soportar. Es interesante ver que el pasaje al acto de Santiago (el beso robado) es particularmente infantil.

Consejo práctico

Algunas víctimas confrontadas a un perverso narcisista próximo, viven situaciones particularmente complicadas. ¿Cómo cortar los lazos, o incluso poner distancia, con una pareja perversa narcisista cuando vuestros hijos están en juego? En casos tan complicados, hay que hacerle jugar completamente su papel a la ley, a los jueces y a los abogados. No hay que retroceder frente a los medios: poner una denuncia, presentar una acusación o, en su defecto, nombrar a un tercero que conozca la ley.

Santiago no soporta la presencia de un tercero. Andrea y Frank intentan seducir a un tercero para apropiárselo. En ambos casos, el tercero sabrá plantear la ley y conducir la situación hacia una mayor coherencia.

Perjudicar al otro manipulando a sus amigos

Aprovechando que se va de vacaciones por primera vez, Juan acepta separarse cuando Andrea se lo exige de nuevo. Después Andrea, llorando, se pondrá en contacto con el entorno familiar, las amistades de Juan y, sobre todo, con el director de la compañía de teatro para explicar su sufrimiento por el abandono de Juan. Así, el entorno le reprocha a Juan que haya abandonado a Andrea, y que la haga sufrir.

Paradójicamente, Juan, que había protegido siempre la imagen de su novia callándose sus problemas, tendrá que explicar lo que le ha tocado vivir. Una parte de sus allegados no da crédito a lo que oye: «Se la veía tan amable...». Juan tendrá que cortar con algunos amigos porque, al parecer, que obtienen un cierto placer con el caos.

Contactando con el entorno de Juan, Andrea intenta embellecer su imagen e impedir que Juan pueda reconstruirse. Con su actitud, Andrea intenta nuevos ataques —por mandato— instalando el caos en el entorno de Juan. Más que negarlo, Andrea intenta utilizar al tercero, el director de la compañía de teatro, como equivalente paternal. Anticipándose, es ella la que nombra al tercero intentando seducirle y manipularle.

Afortunadamente, las explicaciones de Juan son convincentes respecto de la manipulación de Andrea, y el director se posicionará pidiendo a Andrea que no siga frecuentando el grupo cuando Juan esté. Y le recomienda que busque otro grupo.

Frank va al encuentro de la psicoanalista de Magalí...

Para lograr superarlo, Magalí empieza un psicoanálisis. Cuando Frank se entera, pide cita con la terapeuta de Magalí sin decirle quién es. Le explica entonces, con todo lujo de detalles, que es víctima de una perversa narcisista. Solo al final de la sesión dirá que su mujer es Magalí, y que ella ha empezado ya una terapia con la analista.

Afortunadamente, la psicoanalista le explicará a Frank que, si lo hubiese sabido antes, no le habría concedido una cita y le recomienda firmemente que se busque otro terapeuta.

COMBATIR AL PERVERSO

Paul-Claude Racamier dice del perverso: «Matadlo, y le da igual. ¡Humilladlo, y se muere!».[2] Si os enfurecéis frente a un perverso narcisista, sobre todo en público, podemos apostar sin equivocarnos que aprovechará el contexto que ha puesto en marcha para volver esta agresividad contra vosotros mismos: «¡Al fin, te descubres! Sabíamos que eras malo, pero hasta este punto...». Paul-Claude Racamier explica que si, en cambio, lo herís, lo humilláis o si reveláis su falla narcisista, demostrando que es él quien es malo, podría entrar en suicidosis; dicho de otro modo, el perverso podría volver su rabia contra él mismo y autodestruirse.

El perverso narcisista tiene una gran falla narcisista, lo que protege es su imagen... Detrás de su apariencia de omnipotencia, es alguien extremadamente frágil. Vale la pena decir que esta vía no es la panacea. Lo ideal es cortar por lo sano cualquier relación con él; es el mejor regalo que uno se puede hacer a sí mismo. Protegerse uno mismo es lo primero que hay que saber hacer en la vida... También es el mejor regalo que podéis hacer al perverso, porque así se verá obligado a buscarse una nueva víctima o bien a cuestionarse a sí mismo.

Esto plantea también la cuestión de nuestros propios aspectos perversos. Es normal, cuando hemos padecido demasiados ataques desnarcisizantes, que queramos expulsar nuestra rabia hacia el otro, recordarle sus errores y su responsabilidad. Pero no olvidemos que el perverso es un ser humano particularmente frágil.

EL *FESTÍN DE PIEDRA*

En el *Festín de piedra* de Molière, don Juan «mata a sus padres». Al principio de la obra, desobedece a su padre real y va donde le ha prohibido ir, convirtiendo su palabra en nula y sin efecto. Más adelante seduce a doña Elvira, que debía desposar a Dios haciéndose monja y entrando en el convento. Casándose con doña Elvira, a la que abandona enseguida, don Juan ocupa el lugar de ese padre imaginario que es Dios. Después se encuentra con el Comendador, representante de la ley, al que mata en un duelo. Pero su fantasma le atormenta. Al final, la estatua de piedra del Comendador[3] viene a buscar a don Juan para llevarle a los infiernos. Freud explica: «La neurosis se apoya en un desamparo de la represión». Paul-Claude Racamier añade: «La psicosis se apoya en un desamparo de la negación. Si la negación fuese perfecta, sería la perversión». Incapaz de mantener la negación, don Juan es perseguido por sus angustias y cae en el infierno.

Enfoque

El ejemplo de don Juan ilustra bien la fragilidad del perverso. No olvidemos que con sus actos se defiende de una psicosis latente.

Ganar contra un perverso es arriesgarse a arrastrarlo al infierno o llevarlo al suicidio. Esto plantea una vez más la cuestión de nuestra responsabilidad y valores, y por tanto, también de nuestros propios actos perversos.

Freud dice: «Lo que permanece incomprendido vuelve, como un alma en pena, no conoce reposo hasta que se encuentran resolución y liberación».[4]

Como hemos visto, en nuestro psiquismo se oponen varias instancias. Una instancia pulsional, que en nombre del principio del placer y de la constancia, —o de la homeostasis[5]— tiende a hacer «salir» nuestras pulsiones (el ello), y una instancia prohibidora, que contiene nuestros valores morales, pero también los valores idealizados de nuestros educadores (el *superyó*), el yo que se organiza entre los deseos del ello, las prohibiciones del *superyó*, y la realidad externa. El resultado de estos deseos opuestos crea conflictos que van a gastar mucha energía. Para evacuar nuestras pulsiones, podemos acabar diciendo lo que no habríamos querido decir (lapsus), hacer lo que hubiésemos preferido no hacer (acto fallido), soñar lo impensable, etcétera. En la realidad, la compulsión a la repetición tiende a llevarnos hasta situaciones difíciles extrañamente parecidas a situaciones de la infancia, sin duda, con la esperanza inconsciente de resolver el problema y liberar la angustia correspondiente.

Incluso si podemos marcharnos para huir de una situación, nos da tanta seguridad encontrarnos con lo que ya conocemos, que puede pasarnos que reproduzcamos determinadas escenas de forma idéntica. No es extraño ver cómo una mujer maltratada deja a su pareja después de años de lucha para volver a encontrar de nuevo a un hombre violento.

Mientras la problemática de la infancia no se resuelva, ni la angustia infantil haya sido localizada, ni nuestros esquemas hayan sido resueltos, la situación ansiógena corre el riesgo de repetirse hasta el infinito.

Es poco recomendable proponer a la víctima de un perverso narcisista, cuando sale de una experiencia difícil, que haga un trabajo para cuestionarse. Pero en cuanto haya recuperado la suficiente

energía y confianza en ella misma, será necesario que esto se produzca con el fin de no volver a caer en una situación similar.

En primer lugar, curarse, después reconstruirse y, al final, cuestionarse.

Volver sin parar a las angustias de la infancia

Juan: «De niña, Andrea sabía que su madre tenía amantes. A veces no volvía a casa en varios días. Andrea veía la angustia de su padre, y se sentía abandonada. De niño, yo recuerdo estar esperando a mis padres a la salida de la escuela; a veces, se les olvidaba venir a buscarme».

«Cuando éramos felices —Andrea y yo—, ella entraba en un estado de angustia considerable porque estaba segura que la abandonaría. Es a partir de ahí cuando empezó a amenazarme. Cuando la sentía tan mal, la estrechaba entre mis brazos para tranquilizarla, y era un momento de mucha felicidad. Tenía tendencia a sobreprotegerla. No entendí hasta mucho después que era justamente esto lo que me haría pagar».

Juan y Andrea tienen en común una angustia de abandono. Juan adopta el papel de la buena madre con su novia. Ella, el papel de mala.

Cada uno lucha con sus propios recursos contra su angustia infantil. Los mecanismos perversos que Andrea desarrolla son consecuencia de los malos tratos que padeció en las primeras etapas de su vida.

Gerardo y sus mujeres

Gerardo es el único hombre de la familia, el último de tres hijos. Su padre se fue de casa ya hace tiempo. Entre su madre y sus hermanas mayores, Gerardo se asfixia. Demasiado amables con él, creen que tienen que dirigir su vida.

Gerardo se va de casa cuando conoce a Clara. Clara vive con su madre y su hermana mayor. Gerardo se instala con la familia de su novia y se encuentra exactamente con el mismo esquema. De forma idéntica, se encuentra viviendo con tres mujeres que lo adoran y que están decididas a llevar las riendas de su vida. Un año más tarde conoce a Olga, veinte años mayor que él, y se va con ella. Viven juntos y Gerardo la ayuda con la educación de sus dos hijas.

NO SEGUIR BUSCANDO LA PROPIA IMAGEN EN LA MIRADA DEL OTRO

Paradójicamente, es más fácil para un niño separarse de padres suficientemente buenos que de padres que no lo han sido. Como adulto, también es más fácil hacer el duelo de alguien si hemos encontrado una buena imagen junto a él.

Observemos a un niño en el parque. Primero no se atreve a separarse de su referente. Después se aleja dos pasos y vuelve enseguida. Luego se atreve a alejarse, pero se va girando regularmente para comprobar que el adulto sigue ahí. Al final, si está lo bastante tranquilo, acabará olvidándose de su acompañante y se entregará completamente al juego. De este modo, ha integrado en él la presencia de un adulto lo bastante tranquilizador a la vez que va ganando confianza en sí mismo.

El niño, o incluso el adulto, en la búsqueda de su imagen tendrá muchas dificultades para dejar a alguien que no le ha remitido una buena representación de él mismo. No es raro que la víctima de un perverso diga: «El otro se equivoca, no me ha entendido. Voy a ser aún mejor, y así me querrá...».

De hecho, para dejar a un perverso, y sobre todo para no volver a encontrarnos con otros, es necesario encontrar: la buena manera de dirigir nuestra mirada sobre nosotros mismos, llegar a conocernos suficientemente, reencontrar nuestra imagen por nosotros mismos y poder superar y olvidar esta imagen. Se trata quizás de poder aceptar que tenemos defectos y, evidentemente, cualidades; faltas pero también capacidades. De este modo ya no seguiremos buscando nuestra imagen en la mirada del otro. Conocernos en profundidad nos permitirá responder, serenamente, a quién nos asesta el golpe «¡tienes un defecto!»: «sí, tienes razón...», o incluso «no, te equivocas».

APRENDER A DESEAR

¿Por qué algunas personas solo se inscriben en el deseo del otro? ¿Por qué no se autorizan a desear por y para ellas mismas? Así, Gabriel, el compañero de Vanesa, solo concreta los deseos de su compañera y no emite jamás deseos propios.

Si inscribirse exclusivamente en el deseo del otro es como negar los deseos propios, es evidente que el origen está en relación con el Edipo y, seguramente, con lo incestuoso; es decir, con los deseos prohibidos. Para Paul-Claude Racamier, lo veremos con más detalle en el capítulo Los orígenes de la perversión, lo incestuoso, que está en relación con una problemática parental, es un fantasma antifantasma.

Lo incestuoso impide el fantasma, por tanto el acceso a la propia capacidad para desear por uno mismo. Lo veremos más adelante, no podemos fantasear más que con aquello que parece inaccesible.

Si nos aproximamos a la cuestión de las perversiones narcisistas, podemos decir que el perverso niega los deseos, e incluso la subjetividad de su víctima. El problema es que, a veces, puede llevar a la víctima a negar el conjunto de sus deseos. Y esta corre el peligro, entonces, no solo de inscribirse en el deseo del otro, sino también en el discurso y en la opinión del perverso. Si el perverso le dice que es una

buena persona, ella se siente una buena persona. Si el perverso le dice que es mala, ella se siente mala.

A menudo, la víctima, a semejanza del perverso, está siempre esperando obtener una imagen, una identidad. No es capaz de desear por sí misma porque no es realmente consciente de sí misma.

En el otro extremo, las personalidades esquizoides[6] se desconectan de su interior y después de los otros, por ser las esclavas de la palabra, de los actos y de los deseos de los otros.

Volviendo a la educación de nuestros hijos, evitemos pedirles que hagan las cosas para complacernos y que se inscriban en nuestro deseo: «Hazlo por mí», «cómete la sopa» o «haz los deberes».

Confiar en los hijos

Los padres de Pedro están separados. Pedro vive con su madre. Cuando pasa a secundaria, la madre pide que repita el curso por sus resultados. El director de la escuela le recomienda pasar a una formación profesional, a pesar de considerarlo como un callejón sin salida. Pedro acude entonces a su padre. Él le dice que confía en él, y le pregunta qué es lo que él quiere. Pedro contesta que desea vivir con su padre, pasar a secundaria y hacer un bachillerato tradicional. Entonces pasará a secundaria, obtendrá el bachillerato con buena nota y luego cursará estudios superiores. El padre, que reconoce a Pedro como alguien digno de confianza, le autoriza a que tome las riendas de su vida deseando por él mismo y para él mismo.

Hay ahí una especie de transferencia de autoridad, de transmisión. Pedro, estando suficientemente tranquilo en cuanto a su imagen, y autorizado a desear por sí mismo, puede tomar las riendas de su vida.

RENUNCIAR A COMPRENDER

Nuestra mente necesita comprender lo que nos ocurre. No hay nada tan terrorífico como lo desconocido. Un ruido que se nos acerca en la oscuridad nos creará angustia hasta que encendamos la luz y veamos

que se trata de un inofensivo ratoncito. Es normal, pues, querer dar sentido a lo que nos pasa. Sin embargo, el enfermo narcisista nos sumerge en la confusión con intenciones y comportamientos que no tienen ningún sentido; mientras, nos agotamos queriendo llenar este vacío de un sentido que solo nos pertenece a nosotros. «Si actúa así, es porque...». Sin embargo, no hay un *porqué* y, al querer poner sentido donde no lo hay, nos deslizamos suavemente hacia el delirio, y la confusión. Renunciar a comprender lo que el perverso nos dice será fundamental para que salgamos de la confusión. Sugerirle al lector que renuncie a comprender al otro, en una obra consagrada al estudio del comportamiento, puede parecer sorprendente.

La intelectualización y la racionalización son mecanismos de defensa que permiten el aislamiento de un conflicto gracias al pensamiento. Si estos mecanismos nos alejan a menudo de nuestras experiencias vividas —en el marco de una relación fundada sobre mecanismos perversos narcisistas— pueden permitir temporalmente la distancia necesaria para el alejamiento del conflicto patógeno.

Después de haber leído la primera edición francesa de *Los perversos narcisistas*, Natalia manifiesta, en un mensaje que ella misma titula:

¡Nat... y su estudio sobre los perversos narcisistas!

Le agradezco que me permita este diálogo sobre un tema, entre otros, cuyo estudio me ha salvado de esta locura en la que, tarde o temprano, se ven acorraladas las presas de un perverso.

Desde hace dos años he leído, más o menos, todos los libros que se han publicado sobre esta plaga y su libro tiene el mérito de explicar de manera muy exacta el funcionamiento de estas personalidades que no lo son... ¡Me gusta la perspectiva y la claridad y, ni qué decir tiene, que he encontrado mi propia biografía a través de sus líneas!

Es lo propio de la escritura creo, hacerse eco de otras experiencias vividas, y en este caso concreto, se trata de existencias desvitalizadas, vampirizadas y sacrificadas en nombre de un dominio que no sabemos nombrar, pero que sentimos de manera casi animal en el fondo de nosotros mismos... ¡El instinto de supervivencia, probablemente! Se levantan los tabús sobre muchas cosas, la horrible violencia conyugal en hogares sin historia que, con demasiada frecuencia, llegan al instante fatal... Obras como la suya resultan reveladoras y, créame, salvan vidas. Estas páginas han contribuido de forma muy brillante a esclarecer mi desesperación. Soy una apasionada de la escritura; uno de mis últimos relatos se titulaba «El vals maldito», y creo que el título ya habla por sí solo…

Natalia utiliza dos mecanismos para intentar superar la relación con el perverso: el primero, «su estudio sobre los perversos narcisistas» le permite intelectualizar su problemática y salir de la lógica de su pareja; el segundo, la creación, le permite dar sentido y proyectar sobre el papel lo que fue ese vals de las palabras-pronunciadas, palabras incomprensibles y, así, sublimar su enfado e incomprensión, y entrar en la vía de la resiliencia.

SUBLIMACIÓN Y RESILIENCIA

La sublimación

La sublimación es un mecanismo de defensa particularmente adaptado a un comportamiento correcto. Las pulsiones están desplazadas hacia objetivos socialmente valorados. La agresividad o los deseos sexuales pueden estar desviados hacia objetivos deportivos, artísticos o morales, lo que los convierte, a ojos de algunos psicoanalistas o psicólogos, en la defensa ideal. Algunos incluso consideran la sublimación como el objetivo de cualquier trabajo sobre uno mismo, lo que permite una mejor adaptación al medio social.

Sin embargo, aun cuando consideramos la sublimación como un mecanismo de defensa, incluso anticonflictivo, no por eso es menos inconsciente. En el ejemplo del paciente sindicalista y de su lapsus, después de haber hecho un análisis sigue siendo sindicalista, pero sus objetivos inconscientes ya han desaparecido. Ya no lucha contra sus mayores (*parrons*), sino por una mayor justicia social.

Cuanto mayor es el encuentro con nuestro inconsciente, menos utilizamos los mecanismos de defensa y más ganamos en libertad. Ya no estamos guiados por fuerzas inconscientes que se nos escapan, sino por nuestras motivaciones reales, lo que nos lleva hacia la vía de la resiliencia.

Tener éxito para uno mismo

Javier vuelve de la escuela y le dice a su padre que ha sacado un catorce sobre veinte en su trabajo. El padre, aparentemente exigente con su hijo, le dice que no es suficiente. Entonces Javier redobla su esfuerzo y, al cabo de un tiempo, le presenta a su padre un dieciséis sobre veinte. El padre sigue sin estar satisfecho y le pide a su hijo que se esfuerce más. Cuando Javier le presente un diecinueve sobre veinte, su padre le preguntará por qué no ha sacado un veinte.

Javier espera el reconocimiento de su padre, a la vez que alimenta rencor por no poder obtenerlo. Así que invierte toda su energía en sus estudios. Javier será profesor, pero no tendrá el reconocimiento esperado. Cuando, orgulloso, le anuncie a su padre que acaba de obtener la oposición a catedrático, él le preguntará: «¿Te lo han regalado?».

Con el pretexto de exigir lo mejor para su hijo, el padre de Javier rechaza reconocerlo y le coloca en posición de fracaso. La utilización de sus pulsiones, sublimadas al servicio del aprendizaje, permite a Javier realizar estudios superiores. Podría agradecérselo a su padre pero, a pesar de haber llegado a catedrático, vivirá mucho tiempo tomando antidepresivos.

Solo después de un psicoanálisis, Javier renunciará al reconocimiento de su padre, encontrará su equilibrio y podrá entrar en resiliencia. Desde entonces, ya no toma antidepresivos. Además ha creado un espacio de exposición para jóvenes artistas donde pueden exponer sus obras y obtener reconocimiento. Gracias a su análisis y a la concreción del origen de sus deseos, Javier ha pasado de la sublimación de sus pulsiones a una auténtica resiliencia.

La resiliencia

En física, la resiliencia es la capacidad que tiene un material de recuperar su forma inicial después de haber estado comprimido. Si aplastas una pelota de espuma, recuperará su forma en cuanto relajes la presión.

En psicología, la resiliencia es la capacidad de soportar grandes presiones frente a la adversidad, pero también de poder reconstruirse psíquicamente en caso de destrucción de las estructuras de la persona, ya sean físicas, psíquicas o materiales.

Las nociones de resiliencia han sido desarrolladas, sobre todo, por Boris Cyrulnik en sus obras *Les vilains petits canards* y *Un merveilleux malheur*.[7]

Otra vida después de un accidente

Durante una escalada, René tiene un accidente y pierde una parte de la pierna. Después de haberse curado, adaptado y después reconstruido, René se forma como educador deportivo para jóvenes minusválidos. Aparte de sus cualidades deportivas, para los jóvenes es un vivo ejemplo de lo que se puede superar con una minusvalía.

René está muy feliz con su nuevo papel, y cuando habla de su accidente, habla como de un episodio de suerte en su vida.

De los ejemplos citados se desprende que los principales mecanismos que permiten la resiliencia, al contrario de la sublimación, son conscientes. Para Boris Cyrulnik, los factores de resiliencia son, sobre todo, la adquisición de recursos internos, los encuentros, las posibilidades de palabras y de acciones, la capacidad de darle sentido a lo que nos ocurre, el amor propio, el sentido del humor, etcétera.

La mayor parte de nuestros recursos internos y de nuestras capacidades creativas se han desarrollado durante la infancia. Como veremos más adelante, Donald Winnicott, psicoanalista inglés, ha trabajado mucho con el juego como espacio transicional entre el fantasma y la realidad, y con su interacción sobre la evolución del niño.

____

1 En su obra *El invitado*, Éric-Emmanuel Schmitt pone en escena a Freud y a su hija. Freud le dice a su hija: «Los niños son espontáneamente filósofos: hacen preguntas». Anna le pregunta entonces a su padre: «¿Y los adultos?». Freud responde: «Los adultos son espontáneamente idiotas y responden». Schmitt É.-E., *Le visiteur*, Actes Sud, 2001.

2 Racamier P.-C., *Le génie des origines*, *Op. Cit.*

3 De ahí el título *El Festín de piedra.*

4 Freud S., «1909. Análisis de una fobia de un niño pequeño de cinco años: el pequeño Hans», en *Cinq leçons sur la psychanalyse [Cinco lecciones sobre psicoanálisis],* Payot, 2001.

5 **Homeostasis**: Principio que hace que nuestro organismo o nuestro psiquismo tiendan naturalmente hacia el equilibrio. Por ejemplo, si comemos demasiado salado, nuestro organismo reclama agua para restablecer un equilibrio en nuestro cuerpo, o sea una cierta tasa de sal por litro de agua. Lo mismo ocurre con nuestro psiquismo que no puede soportar más que un cierto estado de tensión.

6 Ver las personalidades límite en el anexo.

7 Cyrulnik B., *Un merveilleux malheur*, Éditions Odile Jacob, 1999; *Les vilains petits canards*, Éditions Odile Jacob, 2001.

CUARTA PARTE

LLEGAR A COMPADECER AL PERVERSO

EN LOS ORÍGENES DE LA PERVERSIÓN

¿NIÑOS MALTRATADOS?

¿Podemos decir que todos los perversos narcisistas han sido víctimas de maltrato? Depende de la definición que hagamos de maltrato.

Podríamos plantearnos cuál es la intención del educador para definir el maltrato, lo que, como veremos, a menudo es lo adecuado. Pero algunas formas de «no-buen-trato» pueden ser el resultado de mentes aparentemente bondadosas. Una encuesta ha revelado que los niños criados en orfanatos de Europa del Este, que no habían recibido ni buenos ni malos tratos, presentaban carencias psicológicas porque no habían podido formular nunca ninguna demanda. Las mismas carencias se han encontrado en niños muy mimados.

Si se alimenta al niño antes de que tenga hambre, o si obtiene algo antes de desearlo, nunca formulará un deseo ni conocerá la frustración, puesto que sabemos que el hombre se desarrolla en la capacidad para desear y para renunciar: es en el encuentro con las reglas, y con los límites, donde se estructura.

Muchos de nosotros tememos el conflicto. Sin embargo, el conflicto puede ser útil y estructurante. Tomemos el ejemplo de un adolescente que les dice a sus padres que esa noche sale y que no sabe a qué hora volverá. Cuando su padre se opone, el adolescente se va a su habitación y se encierra después de dar un portazo. Es importante saber que al hijo, incluso si muestra enfado, eso lo tranquiliza: ha encontrado fuera de él los límites que aún no está del todo seguro de tener completamente por sí mismo.

Poner límites al hijo

El padre de Nicolás, que es artista, abandonó a su mujer y a sus cuatro hijos para entregarse a su arte. Nicolás me explica que nunca le ha faltado nada ni ha conocido la violencia pero que, no obstante, vive en un estado de angustia permanente, y puede ser muy agresivo y despreciativo con su pareja.

Nicolás reconoce que de niño le dieron mucho amor, pero que no le pusieron límites. Efectivamente, siendo adolescente, cuando volvía tarde o no estaba a la hora de las comidas, nadie le decía nada.

Como hemos visto, cuando la pulsión se presenta, ya sea agresiva o sexual, el perverso pasa al acto mientras que el neurótico se lo prohíbe y reprime, o desplaza su pulsión. El primero, a diferencia del segundo, no tiene límite. Cuando Nicolás presiente una pulsión, está aterrorizado porque tiene la sensación que podría pasar al acto a pesar suyo, que nada podría impedírselo. Sus padres no le han ayudado a estructurarse. Su violencia es de hecho un miedo y un rechazo de sí mismo.

Cuando a un niño pequeño le damos un cachete en el culo para darle a entender que ha sobrepasado los límites; o cuando un niño reclama comer fuera de horas y le decimos que ya sabemos lo que está pidiendo pero que deberá esperar a la hora de la comida, estamos haciendo un acto de compasión con él porque le estamos ayudando a educarse.

Muchos perversos han padecido malos tratos, pero muchos de ellos fueron niños mimados que no han encontrado ni límites ni frustraciones, lo cual no les permitó estructurarse.

Algunos psicoanalistas se han interesado en la evolución del niño y han buscado las causas de una buena o una mala evolución. Donald Winnicott encuentra en la primera relación madre-hijo el origen de la evolución psíquica del niño. En primer lugar, en el manejo y la mirada

de la madre, después en los espacios y los objetos transicionales a su disposición. Paul-Claude Racamier ve en una relación incestuosa de los padres con el niño el origen de lo que impedirá su evolución, y que no le permitirá acceder al Edipo y luego separarse de sus referentes.

JUEGO Y REALIDAD

En su libro *Jeu et réalité*,[1] Donald Winnicott nos propone herramientas para comprender la evolución del niño y su capacidad de ser y pensar; es decir, para jugar en la realidad con su individualidad.

Para Donald Winnicott, la creatividad es la posibilidad de posicionarse en la comunidad sin negar la propia subjetividad. El niño, para pasar del sentimiento de serlo todo a la relación de objeto, y luego a la subjetividad, utilizará lo que Donald Winnicott llama objetos y espacios transicionales. Cuando el bebé reclama y la madre no acude, el niño deberá encontrar por sí mismo un objeto que sustituya a la madre; un objeto transicional para soportar su ausencia: el pulgar, el chupete o cualquier otro objeto que la sustituya. Es ahí donde se juegan el sentido y el simbolismo que permitirán al niño tender hacia la objetividad en las interacciones que él crea con el mundo. En un lugar entre fusión y separación, el niño entrará en una experiencia en la cual se manifestará su creatividad. La creatividad permite al individuo inscribirse en la comunidad conservando su subjetividad. Donald Winnicott llama «área intermedia» a las experiencias que lleva a cabo el niño entre el yo y el no-yo, es decir, con los objetos externos a él. Es a través del juego y de las relaciones de su entorno como el niño adquirirá su independencia.

Al principio, como hemos visto, el bebé es incapaz de distanciarse por sí mismo. Tiene un sentimiento de omnipotencia, como si satisficiera él mismo sus propias necesidades. Está instalado en la ilusión de su omnipotencia. En la experiencia de la omnipotencia, el objeto es a la vez encontrado y creado. El bebé no distingue el

fantasma (objeto creado) de la realidad (objeto encontrado), el yo del no-yo. Cuando el niño pueda percibir objetivamente los objetos, intentará destruirlos. Su pulsión será una tentativa de despegarse del objeto, aun conservando influencia sobre él. Intenta verificar su omnipotencia para no salir de la ilusión.

El juego permite la desilusión frente a la pérdida de este control mágico, y el acceso al sentimiento de libertad. El niño que experimenta un desarrollo sano deja atrás la omnipotencia después de haber intentado destruir al objeto, ponerse a jugar con él y construir su realidad. El perverso narcisista, al no haber recibido seguridad en su infancia, permanece anclado en sus primeros tiempos de vida e intenta comprobar su omnipotencia continuamente, con el riesgo de destruir a los que intentan comprender y recrear su realidad. Para el perverso, su víctima es como un objeto transicional que intenta destruir, y luego vuelve a buscarla en la realidad. No habiendo habido distancia con su madre, no ha podido encontrar su propia imagen, atrapado entre el deseo de fusión y la necesidad de distancia. El perverso narcisista verifica su omnipotencia con la seducción e intenta despegarse del otro intentando destruir su imagen.

LA IMPORTANCIA DEL ENTORNO

La madre trabaja para la satisfacción del bebé. Es lo que Donald Winnicott llama preocupación maternal primaria. Si el entorno es lo bastante bueno, el bebé experimentará una sensación de omnipotencia antes de alcanzar una madurez suficiente para iniciar el proceso de separación entre el yo y el no-yo. Según Donald Winnicott, para asegurar el rol del niño, el entorno debe proporcionar el *holding*, el *handling* y el *objeto-representativo*.

El *holding* representa lo que va a apuntalar psíquicamente al niño, es decir, lo que servirá de apoyo a su yo. El niño lo encontrará primero en la mirada de su madre, y en su capacidad para responder a sus

necesidades, y después en las relaciones que establecerá con su entorno.

El *handling*, el «manejo» del niño que, si es lo bastante tranquilizador, le permitirá delimitar su cuerpo.

El *objeto representativo* consiste en la iniciación progresiva a la realidad poniendo objetos al alcance del niño para que los pueda experimentar.

Una madre paradójica

Andrea confiesa: «Mi hermana me ha contado que, cuando yo era bebé, mi madre alcohólica no soportaba mi llanto. Podía llegar a dar fuertes patadas a mi cuna. Luego se culpabilizaba e iba a comprarme juguetes. Todavía ahora, ella me puede insultar una noche, y venir al día siguiente a casa para darme dinero para ayudarme».

La madre de Andrea, puesto que era caótica, no sabía calmar a su hija. Andrea, de adulta, reproducirá los mismos esquemas alternando momentos de amor con períodos de odio hacia quien habrá identificado como objeto de amor.

LAS VARIACIONES EN EL ROSTRO DE LA MADRE

Donald Winnicott explica que al principio el bebé no existe, es decir que él no tiene sentimiento de existencia en él mismo. Dirige su cara hacia la de su madre para intentar ver algo de él mismo. Si su madre lo considera una persona, podrá ponerse en contacto con su propia existencia. Esto será posible si la madre lo ve como a un individuo, y no como parte de ella misma.

Gracias a un refuerzo a través del yo materno, el yo del niño se integrará en el interior, y el no-yo se proyectará hacia el exterior. Esto

le permitirá al niño, progresivamente, desmarcarse de su madre y, por tanto, del mundo exterior.

La madre del perverso no ha sabido ni reconfortar a su hijo ni ayudarle a separarse. Esto ha sucedido porque la madre ha tomado a su hijo por una parte de ella misma o porque ha utilizado a su hijo como falo, o como portador de su síntoma y responsable de su malestar o rechazo. El niño no ha podido integrar la imagen de su madre más que al precio de un clivaje delirante: para seguir amando a su madre, el niño ha tenido que negar su aspecto negativo e integrar una imagen delirante de su madre. Deberá, pues, sostener su fantasma y rechazar cualquier aspecto negativo de su madre, con el riesgo de proyectarlo en otro, identificado esta vez como mal objeto. Después, el perverso, de nuevo solo al precio de un clivaje, y con proyecciones masivas cuyo coste asumirá la víctima, podrá encontrar una relativa paz interior frente a sus objetos internos.

Una reacción sorprendente

Olivia y Maura trabajan en el mismo despacho. Olivia perdió a su madre siendo muy joven, y se encontró a solas con su padre cuidando de su hermano pequeño. Maura fue maltratada durante su infancia por su madre, pero sigue teniendo una relación muy estrecha con ella. Cuando ingresan a su madre en el hospital con un diagnóstico crítico, Maura se sume en un estado de angustia muy fuerte. Una noche, Olivia la abraza para consolarla. Al día siguiente, Olivia llega antes que Maura al despacho. Necesita utilizar un teléfono y coge el de Maura. Cuando Maura llega y ve a Olivia con su teléfono, la agarra por el cuello e intenta estrangularla. Afortunadamente, unos compañeros de trabajo advierten el forcejeo y logran separarlas. Olivia acaba hospitalizada y tiene que llevar un collarín durante varios meses.

Olivia creía que hacía bien consolando y conteniendo a Maura. Se posicionó como buena madre, abrazándola. No podía imaginarse que Maura desarrollaría un clivaje (buena madre/mala madre) y dirigiría su violencia y surencor contra ella: esta acción permite a Maura seguir amando a su madre, temporalmente liberada de su odio.

Freud descubre el fantasma con sus pacientes neuróticos. Freud comprende que es el fantasma inconsciente lo que estructura la actividad psíquica: el desarrollo del niño se organiza alrededor de las actividades fantasmáticas. En su primera teoría de las neurosis, Freud pensaba que la causa era un incesto. Después comprende que se trata de un fantasma inconsciente que intenta emerger, y que el fantasma es la realización de los deseos reprimidos. De manera que sus pacientes no mienten, se ilusionan. Entonces Freud inventa la teoría del Edipo como conflicto nuclear de todas las neurosis.

En el fantasma, la persona es sujeto de su propio deseo y sujeto de su propio inconsciente (que es el que dirige sus fantasmas). Estando prohibido su deseo, el fantasma va a colocarse entre el deseo y la prohibición. Permanece secreto porque es de naturaleza incestuosa. Freud describe el fantasma como un escenario: debe corregir y apuntalar la realidad.

Como hemos visto, el psiquismo se rige por el principio de placer (inconsciente) y por el principio de realidad (consciente). El fantasma, a medio camino, permite conservar una zona protegida donde reina el principio de placer sin perjuicio en la realidad. Para una persona estructurada normalmente, la realidad es frustrante y el fantasma importante. El fantasma permite paliar los deseos prohibidos. Para el perverso, el fantasma es débil: no soporta la frustración, no puede contenerse, y está en el pasaje al acto.

¿Princesa u ogro?

Cuando Estelle ya no soporta más a su jefe, va a tiendas de ropa de lujo y se imagina vestida de princesa.

Cuando un día Frank encuentra una multa en el parabrisas de su coche, vuelve enfadado a su casa y le da una bofetada a su hija porque no había hecho los deberes.

Estelle fantasea con tener poder vestida de princesa. Frank pasa al acto con agresividad para liberarse de su rabia e impotencia frente a la autoridad.

LOS MITOS DE EDIPO Y ANTEEDIPO[2]

No habiendo podido acceder al Edipo, el perverso no ha tenido la posibilidad de estructurarse. Por tanto, tiene pocos límites que le impidan actuar. Paul-Claude Racamier llama «anteedipo» a lo que le ha impedido acceder al Edipo. Si la génesis de las perversiones puede comprenderse gracias a Donald Winnicott en las relaciones precoces madre-hijo, Paul-Claude Racamier propone contemplarlo bajo el prisma de la incestuosidad y de sus consecuencias sobre el Edipo.

Antes de abordar las nociones de incestuosidad[3] y de anteedipo[4], es muy importante haber comprendido dos puntos:

- En la historia del individuo, el fantasma del Edipo es estructurante. El niño proyecta sus deseos y su agresividad sobre sus padres. De ahí nace una angustia llamada, en psicoanálisis, angustia de castración. El niño con un desarrollo sano renunciará a sus deseos para escapar a su angustia y cederá sus energías al servicio del aprendizaje, la creación y los valores morales.
- El complejo de Edipo no es en ningún caso un complejo familiar; es la producción de un único individuo: el niño.

Como hemos visto, en primer lugar, Freud escucha a sus pacientes, descubre en sus discursos lo que cree que es una seducción sexual del

niño ejercida por el adulto. Después Freud comprende que se trata de un fantasma creado por el niño a partir de sus deseos. Entonces plantea la hipótesis del fantasma del Edipo e inventa el psicoanálisis.

Cincuenta años más tarde, Paul-Claude Racamier inventa el anteedipo, a partir de *ante* (antes) y *anti* (que impide). La posición anteedípica se sitúa antes del complejo de Edipo y, si es demasiado potente, impide que surja el Edipo. El anteedipo sería el Edipo no resuelto de sus propios padres, o que llevaría a una posición incestuosa del progenitor hacia su hijo. El progenitor reviviría con su hijo el Edipo no resuelto con sus propios padres.

En la habitación de los padres

Carla es hija única. Los padres de Carla tienen en común una historia de abandono. La madre es de origen extranjero y sus padres se sintieron desarraigados cuando llegaron a Francia. El padre de Carla se crio en la asistencia pública y dice que él se ha hecho a sí mismo.

Desde su nacimiento hasta los trece años, Carla se vio obligada a dormir en la habitación de sus padres. Podemos imaginar el amor que la niña proyectaba sobre sus padres y la rabia que sentía cuando los oía tener relaciones sexuales. Se sentía engañada, humillada, al mismo tiempo que fantaseaba con poder participar de esas relaciones.

Carla tuvo sus primeras relaciones sexuales con quince años bajo el techo familiar. Ella me dice: «Tengo la impresión de haber tenido siempre actividad sexual», y más tarde: «Mi sexo es un arma».

Más adelante, Carla sabrá que su madre se «quedó» embarazada del ginecólogo que hizo el seguimiento de su parto, y que dos años después del nacimiento de Carla tuvo que abortar. Igualmente descubre que su madre había tenido un amante al que vio regularmente durante siete años, mientras dejaba a su hija al cuidado de los abuelos.

Mientras que el complejo de Edipo es un fantasma destinado a seguir siéndolo para luego volver a ser reprimido, la incestuosidad se inscribe en lo real e impide que se elabore el fantasma. Efectivamente, solo se puede fantasear sobre lo inaccesible. Por ejemplo, el niño que duerme en la habitación de sus padres no fantaseará jamás con poder acceder a su habitación puesto que ya está allí.

Lo incestuoso está hecho de secretos, de lo no-dicho. «El secreto ejerce una influencia de no-dicho, de no-decir, de no-saber y de no-pensar», explica Paul-Claude Racamier.

El anteedipo es un fantasma antifantasma, en tanto que se inscribe en la realidad, y no en el imaginario del niño. Por ahí, impide cualquier fantasma, por tanto, cualquier renuncia y toda evolución ulterior.

Como hemos visto, Freud convierte el complejo de Edipo en el conflicto nuclear de todas las neurosis. Freud demostró, gracias a sus investigaciones, que toda persona que hubiese superado el complejo de Edipo tendría un desarrollo sano. En cambio, que toda persona incapaz de renunciar a sus deseos —y de superar el complejo de Edipo — se volvía neurótica, y que todo sujeto, no habiendo abordado el complejo de Edipo, sería psicótico. Freud llamaba a la esquizofrenia, neurosis narcisista.

Más adelante, las investigaciones avanzadas de Paul-Claude Racamier dejan entrever ciertas causas, como la incestuosidad, que podrían oponerse al buen desarrollo del Edipo, y que explicarían la entrada en una tercera categoría de estructuras: las personalidades límite donde encontramos, sobre todo, las perversiones narcisistas.

Cabeza de familia en funciones

Frank es el mayor de los hermanos. El padre de Frank era un hombre anodino. Era representante comercial y estaba poco en casa. Cuando estaba ausente, la madre designaba a Frank como cabeza de familia. Cuando el padre volvía, Frank tenía que desaparecer y «dejar su sitio».

De adulto, Frank tiene unos celos enfermizos. Está convencido que le van a engañar, a excluir. Al principio de sus relaciones, vigila a sus novias y sospecha de ellas; después, cuando su angustia es demasiado fuerte, las engaña y, más tarde, abandona el hogar. Frank va ya por su tercer matrimonio y tiene cuatro hijos.

¿Igual que con papá?

Cuando la madre de Olivia muere, su padre la conmina a hacerse cargo de sus hermanos pequeños. Siendo una joven adulta, Olivia comunica a su padre que va a asociarse con un hombre para crear una empresa donde ella asumirá la gestión. El padre se opone por considerar indecente asociarse con un hombre con el que no está casada y, al mismo tiempo, le pide que sea ella quién se haga cargo de la contabilidad de su empresa. Olivia se vuelve agorafóbica y no podrá salir de su casa, en la que sigue gestionando la empresa paterna.

Cuando Olivia empieza un análisis, tiene problemas de dinero. Entonces le propone a su analista llevarle su contabilidad a cambio de sus sesiones. Cuando su analista le señala «¿cómo con papá?», Olivia no contesta y deja la terapia. Para ella es demasiado pronto para poder renunciar al lugar que le han impuesto y tomar conciencia del origen de sus síntomas.

Frank y Olivia han sido designados, por uno de sus progenitores, como pseudopareja. Han sido confrontados a la incestuosidad, lo que no les ha permitido acceder al fantasma del Edipo y renunciar a él para estructurarse y abrirse de forma sana al mundo. Frank se convertirá en perverso narcisista y obtendrá un gran beneficio humillando a sus parejas antes de dejarlas. De esta manera ocupa de

manera fantasmática el lugar de la madre, junto a los hombres que considera sustitutos del padre. Así, Frank permanece en una posición incestuosa. Olivia desarrollará síntomas neuróticos graves.

INCESTUAL[5] Y REPETICIÓN

Cuando un niño ha estado inmerso en lo incestuoso, se ha sentido engañado y ha visto a sus padres engañarse, no puede plantearse una relación normal con otra persona. Entonces el niño vuelve a representar continuamente la misma escena esperando interpretar «el buen papel». Como consecuencia, cualquier relación lo pone en peligro y hace surgir en él una angustia incontenible. Por ejemplo, Frank espera ser engañado, se vuelve desconfiado, agresivo y, luego, engaña y abandona a su mujer.

¡Sobre todo, nada de contrato moral!

De niña, Mónica ve cómo su madre engaña a su padre, y lo ve sufrir. Cuando sorprende a su madre con otro hombre, le guarda el secreto, convirtiéndose así en cómplice de la madre. De mayor, Mónica solo encuentra hombres perversos, generalmente casados, porque con ellos no hay contrato moral. Ellos le explican que la quieren en «el aquí y el ahora». En realidad, después de haberse descargado, vuelven junto a su mujer.

Más adelante Mónica conoce a Alain, un compañero de trabajo. Alain es cariñoso y fiel, lo que paradójicamente angustia a Mónica: en él no encuentra los valores a los que está acostumbrada.

A Mónica le gusta la fotografía. Le pide a un amigo fotógrafo que le haga fotos con ropa ligera, erótica y sugestiva. Luego le pide a su amigo que organice en su trabajo una proyección, intentando esconder su cara para no ser reconocida. Invita a Alain a la proyección para darle «una sorpresa». Alain se siente humillado delante de sus compañeros y desaparece durante la sesión. Más tarde Mónica lo encuentra aturdido al borde de la carretera, intentando volver a casa andando.

Alain está sufriendo como sufría su padre cuando ella era niña. Parece que Mónica no sea capaz de contemplar otro tipo de relación. Cuando se separarán, Alain rechazará cualquier contacto con Mónica. Ella no entiende nada. Mónica hubiese querido que fuesen amigos.

Juan confiesa: «Yo he funcionado durante mucho tiempo como Andrea. Prefería ser el amante antes que el marido engañado. Habré necesitado la mitad de una vida para comprender que no podía amar sin haberme encontrado, que no podría vivir nada sin arriesgarme. Por primera vez en mi vida, me entregué por amor a Andrea».

Acostumbrada a estar sumergida en un clima de incestuosidad durante su infancia, Mónica no puede plantearse una relación normal, puesto que eso la pondría en una situación de demasiado peligro. Así que engaña antes de ser engañada.

Juan, después de una relación demasiado difícil, decide cuestionarse a sí mismo y enfrentarse a sus angustias. Sabe que no tendrá otra manera de acceder a la felicidad y a una vida estable.

Los padres de Carla, conociendo su relación, van a multiplicar las órdenes y acciones perversas para lograr que su hija se quede pegada al seno familiar. La madre le dice: «Tu historia de amor no es más que una historia para follar». Después, una amiga de la madre conocida por sus dotes de videncia, profetiza que «su relación no pasará de tal mes». Finalmente el padre, que parece odiar a su hija hasta el punto de decirle «estás loca, no llegarás nunca a nada... tu hijo también se volverá loco», organiza un viaje e invita a Carla, a sus hijos y, sin que ella lo sepa, también al marido.

Padres perversos

Carla tiene treinta años cuando seduce a Víctor, su médico, mientras está —según dice— separándose de su marido, con el que tiene dos niños y con quien vive todavía en casa de sus padres.

El inicio de su relación es apasionado, ella le escribe a su amante: «Eres el hombre ideal. Todos los caballos tienen una mancha que permite reconocerlos, pero tú no tienes ninguna mancha, eres perfecto...».

De hecho, Carla no se toma el tiempo necesario para conocerle en la realidad. Proyecta sobre él una imagen idealizada, y conserva así la idea delirante que se hace de Víctor. Para Carla, conocerle bien supondría el riesgo de perder su objeto idealizado, su objeto de amor fantasmático, parecido al fantasma que se formó de sus padres para poderlos amar.

Víctor está enamorado pero también se siente un poco culpable. Percibe que la relación no funciona, pero dice que se aferra a la idea de hacerle un bien. Muy a menudo, Carla llevará a su amigo hasta situaciones insoportables: citas fallidas, amenazas de ruptura con importantes mensajes de amor: «Eres el hombre de mi vida... Me siento bien contigo... Querría un hijo tuyo...».

Al principio, Víctor tiene la sensación que Carla pone su amor a prueba, y en lugar de alejarse multiplicará sus muestras de amor con regalos y grandes compromisos. Paradójicamente, cuanto más le demuestra su amor, más le pone ella a prueba, y entonces más en peligro se siente él y más se une a ella. Carla llegará incluso a engañarle y a hacérselo saber.

Los padres de Carla mantienen a toda costa la confusión. Etimológicamente, «confusión» significa permanecer en fusión. La familia no es ya entonces vivida como un grupo de individualidades, sino como una entidad entera. Los clivajes se producen en el seno de la familia. Cada protagonista no es más que una instancia designada. En el caso de Carla, se supone que va a llevar con sus hijos los síntomas de la locura, dejando así a los padres protegidos frente a sus propias enfermedades. El yerno es el hijo ideal que no ha sabido tener la madre; los amantes son las válvulas de seguridad. Cuando Carla encuentra a Víctor, le conmina inconscientemente a que sea el buen padre que la sacará de ahí. Paradójicamente, cada vez que él intenta

ayudarla para investir la realidad, ella le coloca en situación de fracaso por miedo a perder a sus padres y no estar preparada.[6]

Los padres de Carla comprenden que están perdiendo a su hija, portadora de sus síntomas, con el riesgo que supone para ellos estar frente a su propia locura. Por eso harán lo que sea para volver a atar a su hija, atrayéndola y aislándola de nuevo.

NIÑO SÍNTOMA

Andrea fue una niña que no llegó en el momento oportuno. De pequeña le dijeron que no era bien recibida: hubieran querido «deshacerse de ella», pero hubiese sido demasiado peligroso.

Entonces, ¿por qué ha preferido la madre decirle a Andrea que no la quería, si no para hacerle daño y debilitarla voluntariamente?

Cuando la madre estaba borracha, podía pasar frente a la cuna y darle una patada si la niña lloraba. Conservaba a la niña porque era muy práctico poder dar patadas a su cuna: se descargaba y creaba así un niño síntoma en la familia. Era él el que caería enfermo.

La paradoja del niño síntoma es que debe ser «conservado», desvalorizado y mantenido en su marasmo. Si el niño desapareciese, sus padres caerían enfermos (descompensación, depresión, enfermedad, accidente...).

De niña, Andrea rechazaba la comida y se volvió anormalmente delgada. Su madre la llamaba Buchenwald.* Andrea se convirtió en el niño síntoma.

El niño síntoma está conminado a volverse loco en lugar de los otros.

Cuando Andrea encuentra a Juan, enseguida le dice: «Te he reconocido...». Sabe que con él logrará salir adelante. Cuando ella se lo presenta a su madre, él no es más que amabilidad, timidez y educación. La madre también lo ha reconocido y dice: «¡Es un cretino!». El veredicto ha sido pronunciado y ya no podrá ser apelado.

* Buchenwald fue uno de los campos de concentración más grandes en territorio alemán. (N. de la t.)

Otra paradoja es que el vínculo patológico es el único que el niño conoce con sus padres, primer objeto de su amor. Para el niño, romper este vínculo es arriesgarse a perder a sus padres y entrar en un período de sufrimiento emparentado con el duelo. Además, cuando la familia entiende que va a perder al portador del síntoma familiar, multiplica los regalos y pruebas de amor, y enturbian la imagen de su «compañero». Paradójicamente, el niño síntoma se siente feliz de haber recuperado su lugar; si no ¿cómo entender el horror de la madre que le dice a su hijo que no fue deseado? ¿Cómo entender el horror de la mujer que le dice a su «compañero» que no ha sido deseado, y que va a ser abandonado? La madre de Andrea llama a su hija *Buchenwald* porque rechaza alimentarse; y la mujer llama a su pareja basura.

Así, la pareja se convierte en el síntoma del niño síntoma. El beneficio es considerable. El niño conserva su lugar junto a su padre y posee ahora su propio objeto. Todo cambia, la pareja pasa de sujeto amado a objeto de descarga para ser denigrado y conservado. Cuando se aleja, el sujeto se pone de rodillas y le dice que la ama. Cuando se acerca, la rechaza y la insulta.

Andrea pone en su sitio la actitud de su madre, lo que le permite conservarla y no volverse loca mientras su pareja se quede. Ahora es el

«amigo» el que está destinado a volverse loco.

Caso práctico

Releer los tres textos precedentes del caso Vanesa y responder a las siguientes preguntas:

Pregunta 1

Las perversiones narcisistas están también ligadas a la dificultad de hacer un duelo. ¿Qué es lo que demuestra esta dificultad en la familia de Vanesa?

Pregunta 2

¿Cuál es la relación entre la dificultad de hacer un duelo en la familia de Vanesa y la elaboración de su imagen?

Pregunta 3

¿Dónde se sitúan las diferentes etapas que dan forma a la pulsión de poder de Vanesa?

Pregunta 4

¿En qué momento podemos localizar algo paradójico en la historia de Vanesa, y después en su forma de actuar?

Caso práctico

Vanesa: el naufragio

En los primeros tiempos de su vida amorosa, Vanesa alimenta consecutivamente una gran necesidad de seducir; después, cuando ha obtenido lo que quería, aparece una gran angustia relacionada con el miedo al abandono, así como al odio que le inspiran los hombres.

Vanesa solo encuentra hombres más mayores que ella; generalmente vistosos: jefes de empresas, hombres de negocios... que abandona después de haberlos desvalorizado.

Vanesa se crea una reputación de mujer fatal. Los hombres sinceros la evitan. Solo se acercan a ella aquellos que quieren apuntarse un tanto en sus conquistas. Hasta el día que encuentra a Gabriel.

Gabriel es más joven que ella. Él dice que la entiende. Es cariñoso, respetuoso, desea llevarse a Vanesa, cambiar de región y construir una historia común donde no les conozcan.

Paradójicamente, la amabilidad de Gabriel angustia a Vanesa. Ella alterna fases de seducción con fases de desvalorización. Cada tentativa que Gabriel haga para demostrar su amor y su sinceridad será destruida por Vanesa.

Cuando se separan, Gabriel le escribe a Vanesa: «Tú dices de los hombres: "Son todos unos cabrones, sin cojones, zánganos...". Me has hablado del que te ha obligado a acostarte con otra mujer; del que, habiéndote hecho dejar a tu marido, te ha dejado diciéndote: "Hay muchas más chicas bonitas, ¿por qué me liaría con una que ya tiene un hijo?"; del que te pegó porque te negastes a la caricia que él esperaba; del que tu madre esperaba mientras él la engañaba.

Para ti, "todos los hombres son unos cabrones". Sin embargo, todos los hombres no son unos cabrones. Tendrías que admitir que la actitud de los que has conocido era anormal. En cierta forma, tú les proteges.

Por otra parte, nunca me has agredido tanto como cuando iban bien las cosas entre nosotros. Ninguno de ellos habría hecho lo que yo he hecho por ti. Ninguno te ha querido como yo te he querido.

Nuestras historias se parecen y se complementan. Yo siempre he querido ayudarte. ¿Te has dado cuenta que siempre he querido complacerte buscando una respuesta a tus deseos? Yo quería convertirte en la niña que te prohibían ser desde los dieciséis años, obtener para ti el ascenso que te negaban desde hace quince años, abrir la librería de tus sueños. Yo también te necesitaba a ti. Interesarte en el más mínimo de mis deseos habría sido reconocerme una mínima existencia pero eso podía cuestionarte..."».

Pregunta 5

¿Podemos encontrar incestuosidad en la historia de Vanesa? ¿Qué implica esto?

Pregunta 6

¿En la carta de Gabriel a Vanesa, qué es lo que nos permite pensar que la víctima de un perverso protege, a veces, a su verdugo?

---

1 Winnicott D. W., *Jeu et réalité,* Folio Essais, Gallimard, 2002.

2 Anteedipo es un neologismo inventado por Paul-Claude Racamier. (N. de la t.)

3 Incestuosidad es un neologismo también inventado por Paul-Claude Racamier y se refiere a un clima que tiene algo de incestuoso, pero sin que haya pasaje al acto sexual propiamente dicho. (N. de la t.)

4 Racamier P.- C., *L'inceste et l'incestuel,* Éditions du collège de psychanalyse, 1995; *Antoedipe et ses destins*, Éditions Apsygée, 1989.

5 «Incestual» alude a lo que es de carácter incestuoso. Ver nota 3 de este capítulo.

6 Podríamos pensar que, para ella, el padre real es malo. El hombre ideal estaría forzosamente fuera de casa (como pasaba con mamá y con su amante) o quizás, incluso, fuera de la realidad.

LOS CAMINOS DE LA COMPASIÓN

EL PODER DE LA COMPASIÓN

> Víctor, que es médico, explica: «Nací en una familia como la de Carla. Mi abuelo intentó volver loco a mi padre; mi padre ha intentado volvernos locos a nosotros; mi sobrino es esquizofrénico. Para no volverme loco, yo he elegido los caminos de la sabiduría (me queda aún un largo camino por recorrer) y de la relación de ayuda. Así, al "esfuerzo por volver al otro loco", he preferido "el esfuerzo por volver al otro sabio (este es el camino que me habría gustado recorrer con ella)"».

Víctor y Carla tienen en común una importante falta de autoestima debida, sobre todo, a los malos tratos que les dieron sus padres. Sus mecanismos se parecen y son a la vez opuestos. Pero esto no pretende ser una nueva adivinanza paradójica: Víctor y Carla son como el negativo y el positivo de la misma fotografía. Muestran lo mismo y, no obstante, son opuestos.

Freud explica que el neurótico es el negativo del perverso. Tienen los mismos deseos, pero el perverso pasa al acto mientras que el neurótico reprime sus pulsiones. En el caso de Carla y Víctor, los dos utilizan clivaje, negación, proyección y tomas de poder. Con un mismo tipo de historia, se producen dos caracteres aparentemente opuestos. Sin embargo, mirándolo bien, encontramos los mismos mecanismos, incluso cuando en un caso podríamos hablar de perversión narcisista y en el otro de altruismo.

Carla proyecta su parte mala, Víctor la buena; Carla proyecta su rencor, Víctor proyecta amor. Pero ambos intentan mantener su imagen y comprobar su poder.

EL ALTRUISMO

El altruismo puede ser un mecanismo de defensa. En este caso es «entregar al otro lo que permite al sujeto escapar del conflicto».[1] El altruismo puede incluso llegar a formar parte del carácter, por formación reactiva, de sentido opuesto a la pulsión de origen: la pulsión de odio se convertiría en amor, el egoísmo en altruismo (no es raro ver a niños que «prefieren» querer al segundo hermano antes que detestarlo, siendo esta pulsión más cómoda frente a la madre).

Por otra parte, el título del párrafo anterior «el poder de la compasión» es intencionadamente provocador. La verdadera compasión no puede concordar con las necesidades de poder. Los terapeutas lo saben muy bien: el trabajo de cualquier psicoanalista empieza por su propio análisis y, sobre todo, con el análisis de sus motivaciones y de sus propias pulsiones de poder. El análisis, supuestamente, debe desarrollarse desde la humildad y la bondad. Pedirle a alguien que esté «en la humildad y la bondad» sería una nueva orden paradójica. Solo entregándonos a nuestro propio análisis y aceptando estudiar nuestras partes negativas, podremos situarnos en la humildad. Al tener que observar y ser indulgentes con nosotros mismos —el único medio para dejar emerger nuestras partes inconscientes— es por lo que podremos ser benevolentes con los otros, como hemos tenido que serlo con nosotros mismos durante nuestro análisis, involuntaria e inconscientemente.

PERDÓN O NEGACIÓN

¿Hay que perdonar para comprender? Si el perdón es divino cuando acompaña los caminos de la resiliencia, puede ser negación si interviene demasiado pronto. Es importante seguir un camino de resiliencia antes de intentar comprender y perdonar. Sentir el sufrimiento del otro puede ser lo que nos haya unido a él.

Comprenderlo podría hacernos volver hacia él y hacernos caer de nuevo en un infierno. Solo podemos ayudar desde la distancia justa.

Los terapeutas lo saben: distancia y neutralidad son necesarias en una relación de ayuda. Es precisamente lo que no es capaz de hacer la víctima de un perverso que, como hemos visto, puede estar atada a su verdugo.

¿PODEMOS CURAR A NUESTRA FAMILIA Y A NUESTROS AMIGOS?

Solo podemos ayudar si existe la distancia justa. En los ejemplos que he retomado, es justamente la falta de distancia, y la buena voluntad de Olivia y Juan, lo que hace de ellos las víctimas anheladas por gente que están tan mal como Maura o Andrea.

Consejo práctico

Evidentemente, si alguien de nuestra familia o uno de nuestros amigos no se encuentra bien, podemos escucharle atenta y compasivamente, pero, rápidamente, estaría bien que buscase a un asesor neutro.

Recientemente, alguien me decía que había estado muy cerca de una pareja de amigos que estaban a matar, que les había hecho de confidente alternativamente. Cuando la pareja se reconcilió, prefirieron cortar la relación con él, que probablemente ahora era el poseedor o portador de sus síntomas.

Volviendo a los síntomas transgeneracionales, propongo de nuevo intentar seguir los desplazamientos de energías y observar que, para salir de las transmisiones perversas, es necesario hacer un trabajo en profundidad sobre uno mismo.

Una historia familiar difícil

En 1945, la abuela de Clara fue violada a los diecisiete años por un soldado americano. Se quedó embarazada de la madre de Clara. Al principio intentó por todos los medios deshacerse del bebé, pero la niña nació. La abuela de Clara era violenta con su hija, actualmente no se hablan y, cuando la abuela habla de su hija, la llama la zorrita.

La madre de Clara era muy joven cuando, a su vez, se quedó embarazada. A pesar de un intento de aborto ilegal, Clara nació. Y durante toda su infancia ha padecido violencia, tanto física como moral, por parte de su madre.

Cuando Clara viene a la consulta se queja de angustias nocturnas y de insomnios, sobre todo cuando duerme en casa de su madre, donde aparecen angustias de muerte con una violencia, a veces, irreprimible.

Lo que la ha hecho decidirse a venir a la consulta, es que, unos días antes, cuando su propia hija hizo caer un objeto que se rompió, Clara se enfadó tanto que dio un puñetazo y atravesó el cristal de la ventana de la cocina. Después de un tiempo de análisis, Clara, que tiene cuarenta años, se fue de vacaciones a casa de su madre. A la vuelta, me confiesa que ha revivido la angustia de cuando era niña: era incapaz de quedarse dormida sin una lucecita, se imaginaba que su madre subía a su habitación con un cuchillo y aprovechaba que estaba dormida para matarla.

En este ejemplo podemos comprender fácilmente las pulsiones mortíferas que se transmiten de una persona a otra, de generación en generación. Haciendo un análisis, Clara se fue liberando poco a poco de sus angustias. Actualmente se encarga de la educación de sus hijas, que están muy bien y ha retomado sus estudios. Al librarse del esquema familiar, ha liberado a las próximas generaciones de estas pulsiones, que ya no seguirán transmitiéndose.

Una vez más, a menudo necesitamos liberarnos nosotros mismos para liberar a los demás.

Volvemos a la proyección: si queréis hacer el bien alrededor vuestro, empezad por haceros el bien a vosotros mismos. *Caritas bene ordonata incipit a se met ipsos*[2] (el Dalái Lama lo llama egoísmo altruista).

El término de proyección está mal elegido: cuando Julián, el sindicalista del que hemos hablado antes, comprende su desplazamiento, sigue siendo sindicalista pero cambia su objetivo interno y trabaja para el bienestar social. Cuando somos conscientes de nuestras primeras motivaciones y las integramos, podemos entrar en una verdadera compasión y un verdadero altruismo, sin negar nuestras necesidades personales en el límite de la abnegación. Ya no se trata de proyección, si no de tomar realmente distancia, que no será posible más que al precio de una larga renuncia, una especie de Edipo tardío. Entonces, de nuevo, podemos ver que el hombre nace varias veces: al mundo en su nacimiento, a su imagen hacia los dieciocho meses, a la sociedad después del Edipo y a su auténtica naturaleza a lo largo de toda su vida (a menudo en los momentos de crisis).

A este nivel, podría ser interesante observar el origen de la palabra «paranoia», rasgo particularmente destacable en los perversos narcisistas de todo tipo (racistas, sexistas...). *Noia* es el nacimiento, *para*, lo que impide (como con un paracaídas). Al perverso narcisista se le ha impedido nacer, muy a menudo —como hemos visto— para comodidad de sus padres.

André Green nos dice: «Hay que pensar que la aceptación del cuestionamiento de uno mismo que implica el análisis, separa la caracterización de un sujeto según los criterios del mal».[3]

A menudo juzgamos a los otros con el mismo rasero de nuestros propios errores. Sin embargo, cuando estudiamos los mecanismos perversos de un individuo, vemos rápidamente que, antes de ser verdugo, había sido víctima.

El objeto de este libro es ofrecer una cartografía de los mecanismos perversos narcisistas. Nos corresponde a cada uno de nosotros trabajar sobre nosotros mismos, detectar en el mundo los seres que podrían ser peligrosos para nosotros, protegernos o, al menos, mantener una distancia suficiente. Cuando ya estamos protegidos es inútil, y quizás hasta peligroso, proyectar nuestras opiniones.

Para las víctimas, primero es necesario curarse, reconstruirse y luego protegerse. Entonces, sí, el perdón es divino, y puede permitir una *metanoia*, un nuevo nacimiento.

Antes de concluir, quería ceder la palabra a Juan que, después de haber hecho un largo trabajo de análisis y de duelo, nos concede su testimonio. El lector podrá encontrar, a través de este testimonio, lo esencial de la teoría que acabamos de desarrollar.

AMOR Y CASTIGO: EL TESTIMONIO DE JUAN

Cuando nos encontramos, Andrea llevaba siete años con un hombre que ella decía que no amaba y al que engañaba regularmente. Por mi parte, yo mantenía una relación sin futuro con alguien que no estaba libre.

Rápidamente, nos reconocimos el uno al otro. Ella decía que llevaba toda la vida esperándome: «Tengo la sensación de haberte esperado desde hace mil años». Yo también sentía que éramos almas gemelas. Nuestras relaciones amorosas eran magníficas: complicidad y proximidad nos permitían vivir momentos de placer poco comunes. Andrea era extraña, podía cambiar completamente en cuestión de instantes. A veces me parecía estar con una joven encantadora, a veces con una niña que necesitaba que la protegieran. Esto se veía, incluso, en sus cartas, que podían estar muy bien escritas, sin faltas de ortografía, o escritas como si se tratara de un niño.

Puse fin a mi relación anterior sin decírselo. Quería dejarle a ella el tiempo necesario para acabar la suya a su ritmo. A su vez, Andrea dejó

también su relación y pudimos, al fin, vivir nuestro amor sin escondernos.

Yo le había dicho a mi exnovia que daba nuestra relación por terminada, pero no le había dicho que había conocido a alguien. Así que ella seguía manteniendo la esperanza de volver a verme. Cuando, al fin, se lo dije para que no siguiese haciéndose ilusiones, se hundió. No pensaba que yo fuera capaz de hacer tanto daño.

Durante algún tiempo estuve preocupado y Andrea lo notaba. Sentí la necesidad de volver a ver a mi exnovia y tranquilizarla. Decirle que, si había dejado nuestra relación, no era porque no la quisiese sino porque nuestra relación no tenía futuro y no me convenía. Vi a mi exnovia, después de haber llorado mucho, sonreír de nuevo y marcharse muy serena. Me sentía feliz. La había ayudado a recuperarse. Con toda mi alegría, cometí «el error» de comentárselo a Andrea.

A partir de ahí, nuestra relación cambió radicalmente. Andrea me empezó a acusar de ser infiel y me dijo que yo tenía que comprender que no pudiese quedarse conmigo. Me sentía culpable. Por culpa de mi tontería, iba a perder a la mujer de mi vida. Así que multipliqué las pruebas de amor y los grandes compromisos. Le dije que no tenía ninguna duda y que era con ella con quien quería compartir mi vida. Al contrario, ella me decía, incluso en público, que dudaba entre quedarse conmigo y volver con su antiguo excompañero. Con esto conseguía hacerme sentir una rabia descontrolada, un estado totalmente desconocido para mí hasta ese momento. Seguí argumentándole cosas, hasta el día que finalmente acabé aceptando la situación. Le dije que la entendía, que era normal que quisiese volver con el otro puesto que al parecer él la tranquilizaba y tenía algo que a mí me faltaba.

Ahí su discurso cambió. Me dijo que era a mí a quien amaba y que ella tampoco tenía ninguna duda. Al fin habíamos salido de esa etapa

difícil. Había re-encontrado a la mujer que amaba e íbamos a poder ser felices juntos.

Pero mi felicidad no duró mucho. Algunas semanas más tarde fui a cenar con unos amigos con los que hago teatro. Ella pensó que estaba con otra mujer. Iba a tener que pagar de nuevo por mi error del pasado. Me dijo que se había acabado, que nuestra historia era demasiado caótica. Volví a mi casa con mucha pena en el alma, sintiendo que mi vida ya no tenía sentido. Entonces me llamó: «¿Por qué me has dejado? Tienes que luchar por mí».

Lo que vino después fueron tiempos en los que se alternaban momentos magníficos, momentos caóticos y críticas despiadadas de ella hacia mí. Yo era, según Andrea, egoísta, estructuralmente infiel, etcétera. Estaba en un estado de tensión tal que era incapaz de reflexionar de forma sana. Tardé mucho en darme cuenta que los reproches que me hacía no tenían que ver conmigo. Te vuelve loco que te reprochen defectos que no tienes. No puedes reaccionar. Después de haber reflexionado bastante, comprendí que no era a mí a quien ella se refería. Me di cuenta que los reproches que me hacía iban dirigidos precisamente a su madre y al padre de su hija. A través mío, ajustaba cuentas con ellos. Pero en aquella época, con el desespero, no podía entenderlo. Me lo tomaba todo al pie de la letra.

El ambiente era cada vez más tenso. Si contaba un chiste, se creía que me burlaba de ella. Si llegaba pronto al trabajo, era la prueba de que tenía una amante. Así que empecé a ir con mucho cuidado con lo que decía y con lo que hacía. Me dijo: «No actúas con naturalidad, escondes algo...».

Hasta el día que estallé. Tuve un enfado que no era habitual. Le dije que lo que me reprochaba eran sus cuentas pendientes; cosas que estaban obsoletas y superadas y que en cambio, ella mantenía. Que, sin estos reproches no tendría nada que objetar y que podríamos ser felices. Entonces, de nuevo, su comportamiento cambió. Cayó en una

especie de depresión. No teniendo nada más de que acusarme, no sabía qué hacer con sus angustias.

A veces me llamaba para explicarme que había tomado medicamentos para acabar con su vida, y que no sabía quién iría a buscar a su hija a la escuela. Como es farmacéutica, sabía que tenía a mano lo necesario para ejecutar sus planes. Si llamaba a urgencias, me decía que no comprendía sus llamadas de socorro y que la ponía en una situación embarazosa frente a desconocidos. Recuerdo una vez que, después de haberme dejado insultar de manera importante, me quedé estupefacto, incapaz de reaccionar. Ella empezó a hacer lo que debía esperar que yo hiciera. Empezó a pegarse varias bofetadas en la cara. Le sujeté las manos. Le decía: «Para, me haces daño...». Hasta el día en que la dejé que lo hiciera. Se partió el labio. Después me dijo: «Lo ves, por tu culpa...». Por mucho que le dijese que sabía que estaba atravesando un mal momento, que lo superaría, y que en ese momento difícil, yo quería estar a su lado porque la amaba, ella no cambiaba de actitud en absoluto.

Un día fui a su casa y encontré a su hija en el salón jugando con una amiga. Cuando le pregunté dónde estaba su madre, me respondió que estaba en su habitación. Allí encontré a Andrea, que se había tomado una gran cantidad de somníferos, ansiolíticos y alcohol. Tomé las riendas de la situación. Preparé la cena para la pequeña y la acosté. Estuve toda la noche estrechando a Andrea muy fuerte contra mí.

Al día siguiente, en lugar de ir a trabajar, llevé a la niña a la escuela, sabiendo que su padre iría a recogerla. Después fuimos con mis amigos a un curso de teatro. Cuando me sentía mal, sabía que ahí más que en cualquier otro lugar, podía superarlo. Pensaba que Andrea encontraría también allí las herramientas que necesitaba. Ya la había llevado otras veces pero, cada vez, había acabado mal. Parecía no soportar bien que yo intentase encontrar una solución. Durante todo el fin de semana me quedé a su lado. Por la noche dormimos juntos.

Una noche, agotado, me eché de lado para dormirme. Y ella, sintiéndose abandonada, me dijo: «Voy a volver a tomar somníferos». Entonces yo me di la vuelta rápidamente y me disculpé: «Perdón, no lo he tenido en cuenta». Rápidamente se durmió, acurrucada a mi lado. De nuevo pasé una noche en vela, pero me gustaba sentir que se relajaba, quizás gracias a mí.

Creo que ese fin de semana cambiaron muchas cosas entre nosotros. Al fin ella comprendió cuánto la amaba y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que estuviésemos bien juntos.

Lo que siguió fue un mes delicioso. La gente parecía envidiar nuestra relación. No era extraño que escuchase: «se os ve tan bien juntos» o «me alegro por ti...». Al cabo de un mes nos íbamos juntos de vacaciones con nuestros hijos. Cuando llegamos, Andrea supo por su hija que su padre le había pegado poco antes de que nos fuéramos. Esta noticia la trastocó. Por la noche, tuve una pequeña riña con los niños. Inmediatamente, Andrea me acusó de maltratar a su hija. Sin embargo, la niña solo me mostraba amor y cariño. La conclusión de Andrea no era acertada; en cualquier caso, no tenía que ver conmigo. Ofendido, me fui a dar una vuelta, pensando que después de reflexionar, Andrea se disculparía. Pero no encontré ni media disculpa. Al contrario, como de costumbre, me reprochó mi reacción.

Por la noche, cuando me di la vuelta para quedarme dormido, me amenazó de nuevo: «Volveré a tomar medicamentos». Sentí una violencia que no había sentido nunca antes. Utilizaba mi preocupación por ella, mi amor y mi amabilidad para manipularme. La agarré con una extraña violencia y, afortunadamente, acabé conteniéndome. Sin embargo, me iba a sentir culpable durante mucho tiempo por haber sacado este lado que desconocía de mí mismo.

En el tiempo que siguió fui amable, pero quizás un poco distante. Entonces ella empezó un nuevo discurso: «Ya no eres como antes, vuelve a ser el que eras...». Le hice darse cuenta que antes no paraba

de criticarme. ¿Cómo podía pedirme que cambiase para volver a ser lo que, al parecer, no podía soportar?

Afortunadamente, se organizaron nuevos cursos de teatro. Me apunté solo y me reencontré con mis amigos. Por primera vez desde hacía un año, me volví a reír a carcajada limpia.

Ahora sé, viéndolo con perspectiva, que ese período me salvó la vida y no me canso de dar las gracias a mis amigos. Después volví. Andrea notó mi natural alegría de vivir y al parecer no pudo soportarla. Además, le dije lo mucho que me había divertido. Añadí que allí había una chica guapa que me había encontrado muy atractivo. Por supuesto, también le dije que había rechazado sus proposiciones porque yo no estaba libre y era especialmente fiel.

¿Por qué se lo dije? Ahora pienso que lo hice porque lo necesitaba. Después de un año de desprecios constantes, necesitaba revalorizar un poco mi imagen. De todos modos, había destacado también que era fiel.

Tuve que volver para hacer un segundo curso, y Andrea tenía planeado encontrarse conmigo. Me fui un poco antes de lo previsto, porque estaba impaciente por volver a encontrarme con las risas y la simpatía de mis compañeros. Andrea no lo soportó. Durante el viaje, me llamó y me dijo que había decidido poner fin a nuestra relación. Le pedí que lo pensase bien. Y me lo confirmó. Por primera vez, lo acepté.

No tuve noticias de ella durante una semana, lo que me permitió relajarme y volver a un estado normal. Después, el teléfono volvió a sonar. Me llamaba llorando para decirme cuánto me amaba y que nos sería imposible separarnos. Gracias a la distancia, lo aguanté. Le reiteraba mi deseo de acabar con la relación. Sin embargo, aprovechaba sus llamadas para recordarle que la amaba, que no era de ella de lo que huía sino del aspecto insoportable de nuestra relación. Aproveché mucho este período alejado de ella y recuperé mucha energía.

A mi regreso no tardamos en volver a vernos. Apenas la veía, me daba cuenta de cómo la amaba. Sin embargo, aguanté y no intenté volver a reconquistarla. El precio de nuestra relación era demasiado elevado.

Andrea me envió los mensajes más bonitos que he recibido en mi vida. Me decía exactamente lo que habría soñado escuchar. ¡La amaba tanto!

Evidentemente, volvimos a caer el uno en los brazos del otro. El primer día de nuestro reencuentro fuimos a la playa. Fue un momento maravilloso. Creo que puedo decir que cada vez que ella lo permitía, me sentía más próximo de lo que nunca he estado con nadie en mi vida. Durante el viaje de vuelta, le dije que deseaba pasar el siguiente fin de semana con ella, y que el siguiente estaría de nuevo en el curso de teatro. Se enfadó mucho, alegando que organizaba mis fines de semana sin tenerla en cuenta. Por más que se lo explicase, ella no me escuchaba. Cuando la dejé frente a su casa, me dijo que daba por acabada nuestra relación. Me fui, pero cambié de opinión. Si era para escuchar una hora más tarde que la había abandonado, valía la pena que le demostrase que no. Di marcha atrás y volví a su casa. Entonces, ella me dijo: «Mírame bien a los ojos, lo nuestro se acabó».

Andrea nunca había sido tan tajante. Durante la noche, quise volver a verla. Por el camino, recibí una llamada suya. Le dije que estaba llegando, entonces me dijo que perdía el tiempo, que todo se había acabado. Me volví a mi casa. Cuando iba por la carretera, me llamó y me dijo: «¿Lo ves? No me amas; de lo contrario ya estarías en mi casa...». Colgué sin contestar.

De regreso a casa creí que me volvía loco. Intenté llamarla para una última aclaración pero ella no cogía el teléfono. Entonces decidí irme. Le envié un mensaje en el que le decía que apagaba el teléfono hasta el final del fin de semana; después cogí el tren e hice mil kilómetros. Fui a ver a mi amiga del alma. Cuando, de vuelta, encendí mi teléfono, tenía decenas de mensajes en los que Andrea expresaba,

llorando, cuánto me quería y su miedo a perderme. Cuando, por fin, pudo ponerse en contacto conmigo, le dije dónde había pasado el fin de semana y que estaba fuera de cuestión retomar nuestra relación. Ella lloraba y me decía que no podría vivir sin mí, que yo era lo que le daba sentido, su razón de vivir.

Entonces caímos el uno en los brazos del otro. Algunas semanas más tarde, el ambiente era propicio para el amor. Le comuniqué que había comprendido el origen de sus angustias, que era mi ausencia lo que la angustiaba y mi presencia lo que la tranquilizaba, y que por tanto había tomado la decisión de venir a vivir con ella. Y ella me dijo: «Antes tengo que confesarte que la semana pasada te engañé con un extranjero que no conocía». De nuevo, se me heló la sangre en las venas y me sentí incapaz de articular una palabra. Quise irme, pero ella intentó impedírmelo físicamente. Esperé que se alejara un poco y me fui corriendo. No debía hablar, no debía escucharla. Me volvía loco. Lo que decía era incomprensible para mí. Mi cerebro ya no podía elaborar pensamientos inteligentes.

Al día siguiente, Andrea recorrió ochenta kilómetros para venir a verme a mi trabajo y, ahí, se puso de rodillas: «Sé que me quieres, no podremos vivir el uno sin el otro». Nuestra relación duró seis meses más. La alternancia de momentos maravillosos y de momentos infernales continuó. Podía verla cambiar de cara, de voz e incluso de acento en cuestión de instantes.

Lo que me había encantado al principio se convertía en mi infierno. Cuando la veía, no sabía a quién iba a encontrarme.

Un día le comuniqué mi tentativa de suicidio. Esto no hizo que cambiara su actitud en absoluto, quizás hasta tuvo el efecto contrario.

Cada ocasión de sentir placer era destrozada. Cuando me acompañaba a los cursos de teatro, las cosas siempre acababan mal porque generalmente amenazaba con irse antes de que se acabara. Incluso acabó pasando al acto y se fue en mitad del curso con un pretexto falso, humillándome así delante de mis amigos.

Me puse enfermo, algo que puede pasar, pero volví a enfermar por segunda vez, lo que no es normal en mí. Caí enfermo tres veces en dos meses. Cogía de todo: gripe, resfriado, anginas... Perdí unos quince kilos en poco tiempo. Era incapaz de reflexionar de forma inteligente. Los discursos de Andrea eran contradictorios. Un día me decía que la fidelidad era esencial, al día siguiente que era inútil. Un día, que yo era el hombre de su vida, al día siguiente que era un hombre cualquiera.

Cuando llegó nuestro segundo aniversario, unos amigos de ella nos invitaron. Pasamos una velada muy agradable y luego, durante todo el fin de semana nos amamos como el primer día. Al final del fin de semana me dijo, con los ojos chispeantes de emoción: «Qué bueno eres, ¿cómo puedes ser tan bueno después de todo lo que te he hecho?». Le contesté que era porque la quería y yo era de forma natural así. ¿Podía ser, después de dos años de horror, que al fin nos encontráramos y pudiéramos vivir nuestro amor con normalidad?

Al día siguiente me llamó, yo me sentía feliz, recordando todavía el maravilloso fin de semana que acabábamos de pasar. Ella me soltó: «Eres una persona tóxica, ¿no entiendes que siempre he querido dejarte?». Colgué, incapaz de responder. Por la noche la llamé. Pero ella me colgó el teléfono en las narices.

Al día siguiente me envió un mensaje, y como no le contestaba, me escribió: «Lo ves, has acabado abandonándome».

En los días que siguieron, me iba llamando regularmente, me decía que ella hubiese querido que fuésemos amantes. Le pedí que dejase de ponerse en contacto conmigo. Le expliqué que cada una de sus llamadas me provocaba días de sufrimiento y de insomnio.

Primero me tenía atrapado por la culpabilidad y luego por la preocupación que sentía por ella, pero fue el miedo a la muerte lo que hizo que no volviese con ella. Me quedé en mi casa, postrado, incapaz de reaccionar.

Afortunadamente, un mes después tenía programado un curso de teatro con mis amigos. Ahí, podría reconstruirme, y pasar a otra cosa.

Cuando llegué, Andrea estaba ahí, sonriente en medio de mis amigos. Quiso hablarme y yo rechacé cualquier contacto. Evidentemente, ella encontró a alguien para que viniese a decirme que me había dejado y que estaba triste porque me veía sufrir.

Ella, que siempre se había mostrado desagradable durante nuestros cursos, ahora se mostraba sonriente con mis amigos. Sentí una rabia interior que evidentemente no podía expresar. Me sentía con una agresividad intensa, tanto que la gente acabó evitándome. Me volvía loco. Por la noche, no podía dormir. Fue entonces cuando sentí la angustia más brutal que recuerde. Me veía siendo un niño pequeño, presa de una terrible angustia de abandono, casi sinónimo de muerte. Pensaba que mis amigos iban a rechazarme, que nadie me querría, que acabaría errando como un alma en pena. Me ahogaba en la negrura de mi alma.

Afortunadamente, y paralelamente, me sorprendió ver que podía soportar esta prueba. Era consciente que me volvía loco y, en alguna parte, pude conservar la confianza. Mi estructura interna me permitía hacer frente a esta locura.

En los tiempos que siguieron, yo solo era odio y sufrimiento. De nuevo estaba postrado en mi casa. Hubiese querido destruir a Andrea, devolverle el daño que me había hecho. Para protegerla de mi maldad, corté cualquier contacto con ella. Logré aguantar mucho tiempo, pero desgraciadamente, acabé volviéndome loco y le envié mensajes tremendamente violentos. Entonces Andrea tuvo el placer de comunicarme que, apenas unos días después de nuestra separación, había encontrado a un hombre casado al que le había comentado que no tenía que esperar que ella fuese fiel, ya que él no lo era.

Me dije que una vez hemos utilizado un objeto, lo tiramos y cambiamos inmediatamente de objeto. Desde ese momento, y por fin, salí de mi locura. Pude observar las cosas con perspectiva. Durante dos años había dedicado toda mi energía a poder sostener a Andrea; luego me hundí. El resultado fue perder mi trabajo y tener que

devolver mi casa. Actualmente soy como una página en blanco, sin imagen, sin futuro.

Cuando nos conocimos me sentía bien, y me conocían por mi buen humor. Ella estaba muy mal. Actualmente, hemos intercambiado nuestros papeles. Yo estoy mal, ella está bien y se encarga de hacérmelo saber. Un tiempo después de nuestra separación, me escribió: «Cuídate. Si tú te cuidas, entonces, yo estaré *guerrie (curada)*».[4]

La gran pregunta que me planteo es si cuando decía que me amaba como nunca había amado, eran palabras sinceras o, como lo he pensado algunas veces, se trataba de un *âme-son** destinado a arponearme cuando me alejaba, o a destriparme cuando me acercaba. Sin embargo, estoy orgulloso de haber permanecido fiel a mis valores, y también de haber estado con ella, para lo bueno y para lo malo; de haberla apoyado, de haberla ayudado a superarlo y no haberla abandonado.

Mi psicoanalista me dice que debería renarcisizarme. Pero no estoy seguro. Creo que la imagen de uno mismo es algo que hay que proteger en un momento de la vida, pero que es necesario superar algún día.

El perverso es una caricatura y un espejo deformante. Andrea me enseñó algo de mí mismo. Ciertamente, yo sería incapaz de hacer el daño que ella hace, pero yo también tengo un funcionamiento de apariencias. Sé que me corresponde ahora hacer una selección y encontrar mis auténticos valores, y no los que enunciamos para quedar bien, sino los que existen realmente en mi interior.

Recuerdo que de niño me gustaba bañarme en un río conocido por sus corrientes. Muchas personas se habían ahogado y la gente del pueblo decía que estaba loco por nadar allí. Yo sabía que no corría ningún peligro, porque si me arrastraba un torbellino, solo tenía que dejarme engullir para volver a salir, más allá, a la superficie. La gente que se había ahogado seguramente debió de luchar contra la corriente.

En este entorno de vida, decidí hacer lo mismo, dejarme llevar por esta crisis para volver a salir a la superficie más lejos, y reconstruir una vida más adecuada para mí.

Sé que saldré de esto y, desgraciadamente, viendo los valores y la actitud de Andrea, sé que ella volverá a caer en su marasmo. Ella dice que todo el mundo actúa como ella. Quizás yo le he mostrado lo contrario. El día que ella vuelva a caer en el sufrimiento, me comprometo a estar a su lado. Pero, esta vez, a una distancia suficiente para no caer con ella. Volveré hacia ella, no con Mi amor y Mi compasión, pero con amor y compasión, sin esperar nada a cambio.

---

1 Ionescu S., Jacquet M.-M., Lothe C., *Les mécanismes de défense*, *Op. Cit.*

2 «La caridad bien entendida empieza por uno mismo».

3 Green A., *La folie privée: psychanalyse des cas limites*, Gallimard, 1990.

4 La falta escrita, si es significativa, se llama *lapsus calami* en psicoanálisis. Ya había oído el juego de palabras: «en los que curan, el sí mismo está negado». (Efectivamente, volcarse en los demás puede ser una buena manera de olvidarse y evitar un trabajo sobre sí mismo). Andrea es farmacéutica en el hospital. Parece que para ella la raíz de la palabra *guérir (curar)* es guerra (en francés: *guerre*) y no curación (en francés: *guérison*).

* *Âme-son* significa literalmente «alma-sonido», pero el autor lo utiliza por su valor fonético, idéntico a la palabra *hameçon*, que significa «anzuelo». (N. de la t.)

EL PERVERSO Y SU VÍCTIMA: EL VALS DELETÉREO

EL SÍNTOMA DEL OTRO

Leticia fue educada por una madrastra que presentaba numerosos rasgos perversos narcisistas. Cuando Leticia siente en ella un aspecto que le recuerda a su madrastra —actitud, expresión, reflejo... —, se detesta. Entonces aísla en el pensamiento estos aspectos que se parecen demasiado a ese otro en ella.

«El aislamiento es un mecanismo de defensa típico de la neurosis obsesiva. Consiste en aislar un pensamiento o un comportamiento, de tal manera que las conexiones con otros pensamientos o con el resto de la existencia del sujeto se encuentran rotas».[1] Leticia recurre así a las denegaciones, cualquier producción de una palabra es inmediatamente anulada por otra: «No me apetecía venir... pero no pienses que no quería verte; no quiero a mi hija cuando hace esto... en fin, no creas que no la quiero...». En la denegación, a diferencia de la negación, el sujeto reconoce lo que ha dicho pero anula el sentido de su discurso.

De niña, Leticia estaba siempre en peligro a partir del momento en que producía una palabra o un acto: «Dices tonterías..., por tu culpa..., haces tonterías...». También ahora, cualquier producción, sobre todo verbal, la pone en peligro. Entonces, incapaz de acusar al otro de sus propias debilidades como lo haría un perverso mediante el mecanismo de proyección, Leticia lo aísla en el pensamiento y adopta una actitud obsesiva. En el transcurso de su análisis, Leticia reconoce en ella misma rasgos perversos de su madrastra, pero, incapaz de pasar al acto, estos aspectos permanecen en el estado de pulsiones.

La paradoja a resolver por Leticia es que es normal detestar a esta madrastra que no era lo bastante bondadosa, pero que también, como todo niño, ha amado a esta madre y se ha identificado con ella. Tendrá

que comprender que su neurosis es la prueba de que ella no es perversa, puesto que es incapaz de pasar al acto como lo habría hecho su madrastra. Su madrastra, en su lugar, era incapaz de cuestionarse y de someterse a un análisis. Este rasgo, que finalmente Leticia interioriza, no pertenece a otro sino que, gracias a la observación y la condescendencia que deberá poner en su sitio respecto de ella misma, podrá transformar la energía de su pulsión y ponerla a su servicio.

Así, le corresponde a la víctima hacer suyo el síntoma que el perverso ha proyectado en ella, y curarse.

AMOR LOCO

El perverso utiliza a su víctima como un espejo del que obtiene los aspectos buenos, y donde proyecta sus malas intenciones. Por esta razón, la relación entre Juan y Andrea es edificante. Por ejemplo, cuando Andrea se pega en la cara, Juan le dice: «Para, me haces daño...». Después, cuando ella se da cuenta que se ha abierto el labio, le dice: «Lo ves, por tu culpa...». No sería más lógico decir: «Para, te vas a hacer daño», y luego, «por mi culpa...». Del mismo modo, la orden paradójica: «No tenemos los mismos valores, es pues normal que te engañe...», muestra perfectamente el funcionamiento en espejo paradójico. Andrea le atribuye sus propios valores, y así puede pasar al acto por «*su culpa*».

Juan, como Andrea, ha tenido una infancia difícil. Se reconoce en Andrea («tú eres mi parte esencial..., somos dos almas gemelas»). Después de proponerle a Andrea que juntos observen sus propios síntomas, y que juntos busquen el camino para encontrar una salida (lo que había rechazado categóricamente Andrea)... Juan intenta curar a Andrea en lo que a él le hace sufrir, y Andrea le pide a Juan que sea portador de sus propios defectos.

Juan reconoce sus propios síntomas en Andrea, intenta curarla y amarla. Ella proyecta sus síntomas en Juan, y luego intenta destruirle.

SI TÚ TE CURAS, YO ESTARÉ *GUERRIE*

En última instancia, Juan analiza la actitud de su compañera como una tentativa de asesinato. En efecto, un año y medio después de su encuentro, a fuerza de desvalorización, Juan, prisionero del discurso del otro, intenta suicidarse y se lo confiesa enseguida a Andrea, que no cambia de actitud.

Seis meses más tarde, Juan da por acabada su relación; después, como hemos visto con su testimonio, se va a ver a sus amigos y allí se encuentra, a pesar suyo, a Andrea que intenta impedirle que se reconstruya.

Si lo analizamos bien, lo que Juan analiza como una tentativa de asesinato («carga con mi depresión, después ves a matarla suicidándote, porque yo soy incapaz») podríamos verlo como una tentativa de suicidio por delegación. Él se escapa del suicidio justo por lo que Andrea le escribirá después: «Cúrate: si tú te curas yo estaré *guerrie*».

UN ESPEJO PARADÓJICO

Andrea admira a Juan y le tiene una confianza absoluta, incluso si ella dice lo contrario. Podríamos pensar que, como hemos visto, en esta relación en espejo, Andrea se renarcisiza con la presencia de Juan, y proyecta en él lo que ella no soporta de ella misma. Cuando se lo señalo a Juan, él asiente y me explica que, unos días antes de su separación, había comentado delante de Andrea algo relacionado con problemas de dinero. Entonces, Andrea le propuso prestárselo. Cuando Juan le comentó que seguramente se iban a separar, ella le dijo que, de todos modos, confiaba en él. En el último fin de semana que pasarán juntos, y dos días después de decirle que era tóxico, ella le dirá: «Qué amable eres, cómo puedes ser tan amable después de todo lo que te he hecho...».

Andrea va a lograr la proeza de pasar al otro lado del espejo. Juan, para protegerse, tendrá que cortar toda relación con Andrea y también con sus propios amigos, a los que Andrea sigue viendo.

En un fin de año, Juan se llevó a su hijo y a Andrea, que se encontraba mal, a un curso de meditación con amigos suyos. Dos años después, de nuevo el fin de año, Juan no pudo reunirse con sus amigos porque Andrea estuvo allí con su hija y una amiga en plena depresión. De modo que han intercambiado su lugar: Juan está aislado y depresivo, y Andrea vuelve a escenificar —de manera idéntica— lo que Juan le había ofrecido.

---

1 Laplanche E., *Vocabulaire de la psychanalyse* PUF, 2010.

CONCLUSIÓN

Ya veis, mientras el mundo sea mundo, habrá Loreleis y don Juanes. ¡Si supiesen el daño que hacen! A nosotros, como Ulises amarrado a su mástil, nos corresponde escuchar y permanecer sordos a sus llamadas. ¡Paradoja, paradoja! Pero no olvidemos nunca que se trata de antiguos niños maltratados y que, si la víctima puede esperar salir de su infierno, el perverso permanecerá prisionero de su estructura. Esperemos que puedan comprender que el daño que causan, aunque en el momento les alivia, los hará volver una y otra vez al mismo punto. Esperemos también que un día puedan encontrar los caminos que los ayuden a salir adelante.

Dejemos la conclusión para Nelson Mandela, que después de haber pasado treinta y cinco años en la cárcel y de haber sufrido el acoso de una sociedad que predica el racismo y utiliza mecanismos perversos narcisistas para mantenerse y justificar sus actos, escribe:

DEL MIEDO

Nuestro miedo más profundo no es a no estar a la altura, nuestro miedo más profundo es a ser poderosos más allá de todo límite. Es nuestra propia luz, y no nuestra oscuridad, lo que más nos aterra. Nos preguntamos: ¿Quién soy yo para ser brillante, radiante, talentoso y maravilloso? De hecho ¿quién eres tú para no serlo? (...) Encogerse, vivir empequeñecidos, no le hace ningún favor al mundo. La inspiración no es encogerse para evitar crear inseguridad en los demás (...) No se encuentra solo en algunos elegidos, está en cada uno de nosotros y, a medida que dejamos brillar nuestra propia luz, les damos inconscientemente a los demás el permiso para poder hacer lo mismo.

Liberándonos de nuestro propio miedo, nuestra presencia automáticamente libera a los demás.

NELSON MANDELA

Discurso de investidura a la presidencia

Pretoria, 10 de mayo de 1994

CASO PRÁCTICO

PREGUNTAS Y RESPUESTAS EN EL CASO DE VANESA

FAMILIARIZARSE CON LOS CONCEPTOS CLAVE

¿Qué es lo que, en este texto, evoca la negación en la familia de Vanesa?

«Vanesa nació un año después de Vanesa, su hermana mayor que murió al nacer»: la negación es ya un mecanismo que está en marcha en la familia de Vanesa. Los padres le ponen el mismo nombre a la segunda hija para «olvidar el fracaso» de la anterior.

LA PALABRA, CAMPO PREDILECTO DEL PERVERSO NARCISISTA

El pensamiento mágico es uno de los rasgos comunes en las patologías del narcisismo. ¿Dónde podemos localizar la génesis de este tipo de pensamiento en la evolución de Vanesa?

«Generalmente le basta pensar en su deseo para que sea satisfecho» (ver en el primer texto).

El pensamiento mágico está atribuido a las fijaciones ligadas a los primeros tiempos de vida. A menudo el bebé no tiene más que pensar en su deseo y la madre está ahí para satisfacerlo. Como adulto, puede seguir funcionando de la misma manera.

Así, «cuando, treinta años más tarde, su hermano, joven papá, tendrá un accidente del que saldrá ileso pero en el que su hijo pequeño perderá la vida, Vanesa experimentará una intensa culpabilidad: "Lo he odiado tanto, que ha acabado pagándolo..." (...) Toda su vida Vanesa permanecerá instalada en el pensamiento mágico de los primeros momentos de su vida en los que era suficiente tener un deseo para que se realizara».

NARCISO FRÁGIL

El perverso narcisista se debate contra los valores paradójicos. ¿A qué clase de valores amorosos se ve Vanesa confrontada?

«En la pubertad, la madre de Vanesa le pide que limpie la habitación de su hermano mientras ella se encarga de la habitación del padre». En el discurso de la madre, y por lo que Vanesa puede ver en casa, el papel de la mujer consiste en hacer la limpieza para su marido.

«El padre es un "pendón" notorio. Ella la verá (a su madre) pelearse contra una rival. Después sorprenderá a su padre saliendo de la casa de una de sus amantes; secreto que deberá guardar...». Las mujeres que el padre parece ver con buenos ojos están fuera de la casa; sin embargo siempre vuelve a casa, junto a la madre de Vanesa.

«Paradójicamente, el padre no le permite a su hija que salga con chicos. "Mi hija no es una puta..."». El padre llama putas a las chicas que salen con chicos.

En temas relacionados con valores amorosos, Vanesa se ve confrontada a una situación de las más paradójicas en las que las tensiones son inextricables. Para salirse de esto, Vanesa deberá elegir entre volverse una mamá «buena» y engañada, o una puta que el padre parece despreciar pero de la que valora manifiestamente la compañía.

SOBRE LOS ORÍGENES DE LA PERVERSIÓN

Pregunta 1

Las perversiones narcisistas también están vinculadas a la dificultad de hacer un duelo. ¿Qué es lo que demuestra esta dificultad en la familia de Vanesa?

Los padres de Vanesa, no pudiendo enfrentarse a la muerte de la hija mayor, e incapaces de hacer el duelo, conminan a Vanesa para reemplazarla. Por esto le ponen el mismo nombre.

Pregunta 2

¿Cuál es la relación entre la dificultad de hacer un duelo en la familia de Vanesa y la elaboración de su imagen?

El niño que muere es perfecto. El primogénito es el hijo del fantasma. No habiendo cometido nunca una falta, es puro.

El objetivo inconsciente que se le otorga a Vanesa es inalcanzable. No podrá nunca elaborar una imagen (ideal del yo) a la altura de las expectativas inconscientes de sus padres.

Pregunta 3

¿Dónde se sitúan las diferentes etapas que dan forma a la pulsión de poder de Vanesa?

Hija única en la realidad, Vanesa atrae todas las miradas sobre ella. Sabe muy bien que es omnipotente en la mirada de sus padres hasta que nace el segundo hijo, que resulta ser un niño. Entonces Vanesa pierde el «falo narcisista», que representaba su imagen en la mirada de sus padres, al desviarse las miradas hacia el recién nacido.

Podemos pensar que ella lo atribuirá al hecho de que es una niña. Pero volverá a encontrar un sentimiento de poder cuando su madre le presta atención en su acceso al control de esfínteres.

Entonces Vanesa tendrá el sentimiento de poder controlar a su madre, accediendo o no a su deseo[1].

Pregunta 4

¿En qué momento podemos detectar una paradoja en la historia de Vanesa, y después en su modo de actuar?

La madre coloca a Vanesa frente a una doble contradicción al pedirle hacer la limpieza para su hermano, mientras ella se ocupa de la habitación del padre. Vanesa solo puede resolver esta paradoja con

una elección dolorosa. O bien ella es buena, el equivalente para su hermano de su mujer en la cultura familiar, o bien carga a su madre con más trabajo al rechazar hacerlo ella.

Pregunta 5

¿Podemos encontrar incestuosidad en la historia de Vanesa? ¿Qué implica esto?

Esta paradoja la coloca en una posición incestuosa de sumisión frente a su hermano. Además Vanesa está involucrada en la sexualidad de sus padres. Siendo la cómplice de las infidelidades de su padre para no hacer sufrir más a su madre, Vanesa adquiere —a pesar suyo— un lugar en su sexualidad.

Vanesa, en lugar de poder fantasear, tendrá que seguir haciendo composiciones con una realidad que le viene impuesta. De hecho, no podrá acceder al Edipo para después renunciar y seguir evolucionando.

Siendo adulta, Vanesa seguirá con la paradoja, alternando fases de seducción y de desvalorización con sus parejas. Habitualmente, Vanesa elige parejas vistosas y más mayores que ella. Sin duda les concede el lugar del padre, a la vez amado y odiado, encontrándose así en una posición incestuosa y ansiógena. Su compañero, Gabriel, es más joven que Vanesa.

¿Quizás a él le concede el lugar de su hermano pequeño?

Pregunta 6

¿Qué es lo que, en la carta de Gabriel a Vanesa, nos permite pensar que, a veces, la víctima de un perverso protege a su verdugo?

Gabriel supone que Vanesa lo desvaloriza para proteger a su padre. Según él, el hecho que Vanesa piense que los hombres son unos

cabrones, protegería las fechorías de su padre que se convertirían así en normales.

Cuanto más amante se muestra Gabriel, más lo ataca Vanesa. Cuanto más bueno es él, ella más lo desvaloriza.

Quizás Gabriel tiene razón en cuanto a uno de los orígenes de los mecanismos de Vanesa. Él sería el mal objeto, lo que permitiría a Vanesa seguir amando de forma delirante a sus buenos objetos introyectados durante la infancia.

Pero, hablando así, él sigue protegiéndola. Si ella lo desvaloriza hasta ese punto, es para esconder su propia falla narcisista —y no la de sus padres— y para proyectar el caos de ella, convirtiendo a Gabriel en el portador de ese caos. Cuanto peor vaya Gabriel, más posibilidades de ir bien tendrá Vanesa. Para seguir amando a Vanesa, Gabriel tiene que recurrir a una idealización de su pareja.

Racionalización e intelectualización son los mecanismos de defensa que permiten a Gabriel poner a distancia sus propios afectos, y mantener su negación frente a la toxicidad de los comportamientos de su compañera.

---

1 Entre otros síntomas, que no han sido desarrollados en el texto, en el momento en que tiene que enfrentarse a alguna dificultad en su vida adulta, Vanesa sufre episodios de estreñimiento agudo.

ANEXO

Juntos hemos considerado los orígenes probables de las perversiones narcisistas. Encontramos malos tratos de padres que tienen un importante déficit de imagen. Estos malos tratos los hemos considerado durante el manejo del niño, según las teorías de Donald Winnicott, pero también a través de la incestuosidad, como nos lo propone Paul-Claude Racamier. Sin embargo, estas causas no nos conducen siempre a la perversión. Propongo que observemos juntos algunos de los demás trastornos de la personalidad narcisista.

Vamos a intentar despejar los rasgos comunes de estos diversos caracteres.

LAS PATOLOGÍAS DEL NARCISISMO

Como hemos visto, Freud hace del complejo de Edipo el conflicto nuclear de todas las neurosis. En sus investigaciones, él considera que todo individuo habiendo liquidado el complejo de Edipo puede equilibrarse. El sujeto que no es capaz de superar el complejo de Edipo es un neurótico; el que no aborda el complejo de Edipo es psicótico.

Trabajos más recientes permiten despejar otra categoría de personalidades: las personalidades límites. Otto Kernberg[1] llega a proponer que las personalidades límites son un grupo de organización psicopatológica que tienen en común una forma de estructura patológica relativamente estable. Según él, las personalidades límites no serían un lugar de paso entre neurosis y psicosis, sino una estructuración completa.

¿POR QUÉ LLAMAR A CIERTAS PATOLOGÍAS LÍMITES, PATOLOGÍAS DEL NARCISISMO?

Si retomamos la evolución psicosexual del niño, tendríamos que despejar tres grandes etapas:

- El descubrimiento de los objetos no-yo (fase objetal).
- El descubrimiento de su imagen y de la alteridad (fase narcisista).
- El descubrimiento del tercero y de la sociedad (fase edípica).

A cada una de estas tres fases le corresponden angustias; a la incapacidad de superarlas, le corresponden patologías.

A la fase objetal le corresponden las angustias de división, disociación y las psicosis. A la fase narcisista le corresponden las angustias de abandono y patologías límite. A la fase edípica, le corresponden una angustia de castración, culpabilidad y las neurosis.

LAS PERSONALIDADES LÍMITE

Existen tantas teorías como teóricos sobre este tema. Donald Winnicott habla de falso *as if*, es decir de una personalidad que se adapta a las necesidades del entorno. Jean Bergeret evoca una relación de alternancia entre la fusión y la distancia, de ida y vuelta. Según Jean Bergeret, el *border line* entra en el deseo del otro y puede verse desbordado por éste. Para él, el sujeto no se mueve más que por su ideal del yo. El origen estaría en un traumatismo precoz que no sería suficientemente largo para sumergir al niño en la psicosis, pero sí suficiente para impedirle el acceso al Edipo.

Además de un origen genético, Otto Kernberg considera que hay una debilidad del yo que conlleva:

- Una falta de tolerancia a la angustia.
- Una falta de control pulsional.
- Una falta de desarrollo de vías de sublimación.

Como hemos dicho anteriormente, existen tantas teorías como autores hay sobre este tema. Se habla de estado límite, de organización límite de la personalidad, de *border line*, de preesquizofrénico, de psicosis de carácter, de esquizoidía, de esquizofrenia pseudoneurótica, de falso *self*, de neurosis grave, etc.

LOS MECANISMOS DE DEFENSA TÍPICOS DE LOS ESTADOS LÍMITE

El clivaje

Encontramos un clivaje sobre el objeto o sobre la imagen de sí mismo. El clivaje es una defensa contra una angustia extrema.

El clivaje tiene como objetivo preservar una imagen de sí mismo sin relación con la realidad, a menudo compuesto por un carácter «grandioso»[2].

La idealización

El mecanismo de la idealización recae tanto sobre el objeto como sobre uno mismo. El otro no tiene ningún defecto, presenta todas las cualidades y todos los méritos. El sujeto se encuentra en relaciones idealizadas porque la más mínima mancha sobre el barniz, reactiva inmediatamente la angustia destructiva y mortífera que proviene de los malos objetos.

La solución contra la angustia es, o bien la idealización o bien la denigración despreciativa. El riesgo es que cuanta más alta sea la idealización, más dura será la caída.

LA IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

Tiene como función expulsar a los malos objetos, las malas imágenes de uno mismo o del objeto que la persona no puede interiorizar, y de hacérselas llevar al otro.

La introyección de los malos objetos representa una amenaza para la buena imagen de sí mismo. La solución es, pues, una proyección sobre el objeto exterior que se vuelve malo y peligroso.

LA NEGACIÓN, LA OMNIPOTENCIA, LA DESVALORIZACIÓN

Lo que se admite conscientemente, el sujeto lo niega en sus pasajes al acto, o en sus afectos. Frente a la idealización y para mantenerla, tanto uno mismo como el objeto se vuelven omnipotentes, de tal manera que los malos objetos no pueden hacer nada contra ellos. El riesgo es una caída del ídolo, una desvalorización importante con un hundimiento de la imagen de uno mismo.

EL PASAJE AL ACTO

Permite evacuar hacia el exterior los deseos o las necesidades antes de cualquier reflexión y mentalización. Todas estas defensas tienen como objetivo evitar al sujeto abordar su depresión. Pero en cualquier momento sus traumatismos pueden reaparecer, y le puede poner en peligro al poder resucitar su falla narcisista.

Cuando ocurren ciertos acontecimientos de la vida (duelo, ruptura...), el sujeto puede encontrar una compensación en la huida hacia delante para evitar la depresión, o caer en una depresión con angustia de abandono (pérdida de objeto).

ALGUNOS RETRATOS-TIPO QUE PRESENTAN TRASTORNOS DE LA PERSONALIDAD[3]

Las personalidades esquizoides y esquizotípicas presentan una indiferencia en las relaciones sociales y una restricción en la variedad de las expresiones emocionales. La personalidad esquizotípica tendría, además, síntomas esquizofrénicos: creencias extrañas, comportamiento bizarro, aislamiento social... Los episodios de

despersonalización que les hacen dudar de la realidad les permiten quedarse anclados en la realidad y no entrar en el delirio.

La personalidad antisocial, o psicópata, era considerada como más bien masculina, pero parece que, como la histeria que ha estado atribuida durante mucho tiempo a las mujeres, estas personalidades tienden hacia la igualdad. Los psicópatas son incapaces de aplazar el cumplimiento y la satisfacción de un deseo. No soportan la frustración y no conocen ni remordimientos ni culpabilidad. A menudo incluso, al contrario, no es extraño oírles jactarse de haber robado, pervertido o manipulado. Hay un aspecto perverso en el psicópata porque experimenta placer haciendo daño.

A diferencia del perverso que conoce la ley pero la niega, el psicópata ha integrado valores erróneos, ha tomado lo malo por lo bueno. Sus relaciones son superficiales, utilitarias. Es un vividor. Lo que busca, es la satisfacción inmediata.

A menudo encontramos en el psicópata conductas adictivas. Generalmente son personas que están al margen de la sociedad. La personalidad histriónica[4] o histérica[5] era esencialmente femenina pero se observa cada vez más en algunos hombres.

El histriónico está a la búsqueda de atención constante. Busca sin parar la atención de los otros. Son personas egocéntricas que muestran una labilidad emocional y una artificialidad de los afectos. Cambian fácilmente de actitud, de voz y, a veces, incluso de acento o de manera de expresarse en función de su público. Son personas que fácilmente están solos porque intentan evitar las relaciones auténticas, pero que se sienten más tranquilos cuando la gente les mira. Están seduciendo permanentemente, pero cuando esta etapa ha pasado, no pueden seguir con la relación.

Los histriónicos son personas frágiles a pesar de la imagen que les ofrecen a los demás. Son muy emotivos pero con un humor cambiante. A menudo tienen comportamientos manipulatorios (chantaje con el suicidio) y comportamientos ninfómanos. La sexualidad es exhibida,

pero les cuesta mucho conservar una relación. Tienen una mala imagen de sí mismas. Generalmente son portadoras de una angustia de abandono y, si se sienten rechazadas, podemos observar manifestaciones depresivas y ansiosas.

Las personalidades narcisistas tienen comportamientos «grandiosos». Se ponen por encima de los demás, necesitan ser admirados como si fuesen seres excepcionales. Están rápidamente autosatisfechos, les falta modestia y se lo hacen sentir a los otros.

Esta preocupación excesiva por uno mismo, y esta necesidad de ser amado (Otto Kernberg) pueden estar adaptadas a las relaciones sociales y permitirles alcanzar un cierto éxito. Tienen pocos escrúpulos para abusar de los demás. Sobrevaloran sus cualidades y subestiman sus errores, lo que puede acarrear situaciones de fracaso y dificultades relacionales. No entienden los sentimientos de los demás. Los otros están ahí solo para servirles.

Las personalidades narcisistas como el psicópata, son vividores. No sienten ninguna culpabilidad y pueden ser muy celosos. Entonces intentan desvalorizar al otro, desacreditarlo para ocupar su lugar. Son personas que están fácilmente solas porque no tienen ninguna consideración hacia los demás. Su sobrevaloración de ellos mismos esconde una importante tendencia depresiva que cualquier fracaso podrá hacer resurgir.

Otto Kernberg hace la hipótesis de que si una madre es distante y fría, su niño habrá tenido la sensación de ser malquerido, y lo compensaría con el sentimiento de ser único para paliar la falta de amor maternal.

Vemos más personalidades narcisistas en los hijos únicos y en los primogénitos.

---

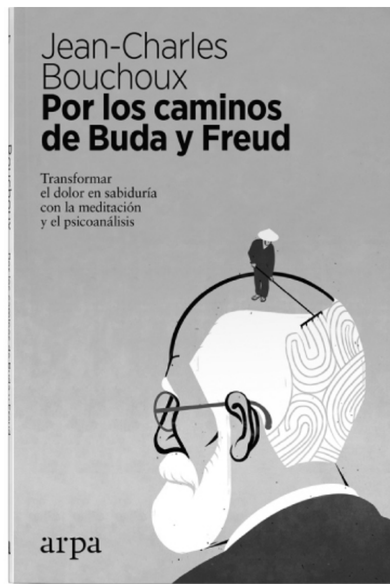
1 Kernberg O., *Les troubles limites de la personnalité*, Dunod, 1997.

2 Cuando Bernard me dice: «Soy como un Ferrarri sin gasolina», expone a la vez tanto la idea grandiosa que tiene de él mismo como su impotencia.

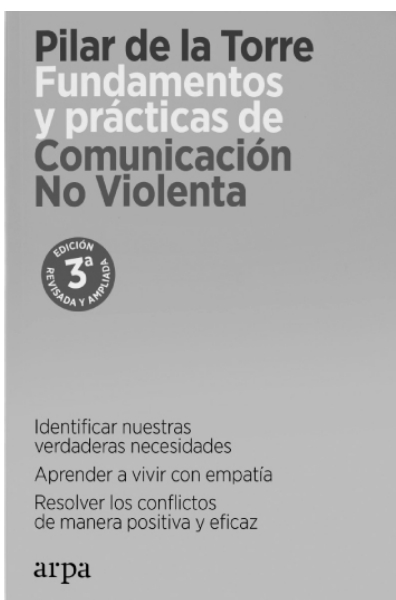
3 Las personalidades límite pueden tomar prestados varios de estos retratos.

4 «Histriónica» viene de «histrión»: comediante, actor, bufón.

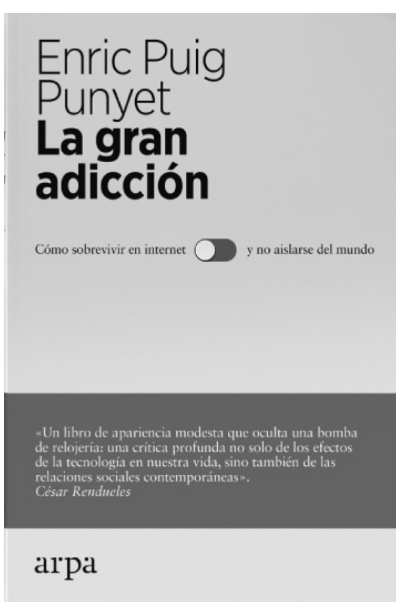
5 «Histérica» viene del termino griego *ustera,* que significa útero.



El sufrimiento y la cólera, igual que el miedo y la angustia, suelen considerarse frenos en el camino de nuestra evolución y desarrollo personal. Sin embargo, estas emociones pueden convertirse en trampolines que nos ayuden a crecer y mejorar. Con este objetivo, Jean-Charles Bouchoux recurre a dos disciplinas que, aunque procedentes de contextos muy dispares, considera complementarias: la meditación y el psicoanálisis.



La Comunicación No Violenta es una práctica sencilla, pero sorprendentemente poderosa. Se basa en la idea de que los seres humanos compartimos unas necesidades universales que rigen nuestro comportamiento, y que la violencia es un recurso que usamos (¡erróneamente!) para satisfacerlas. Si sabemos identificar nuestras necesidades, las necesidades de los demás y los sentimientos que las acompañan, podremos lograr una comunicación auténtica y relaciones más armoniosas.



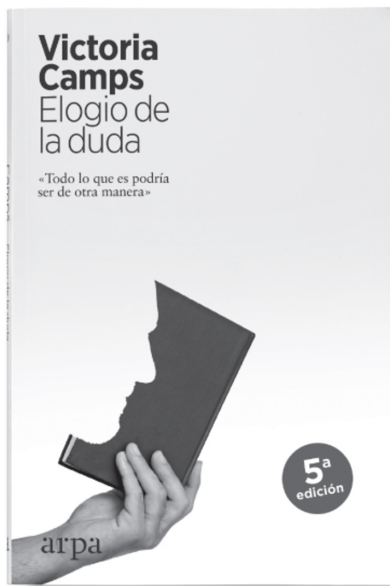
¿No has perdido nunca el tiempo navegando a la deriva por internet? ¿No te has sentido nunca intoxicado por tanto bombardeo de información inútil? ¿No has sufrido la molestia de una pantalla móvil interponiéndose en una relación? ¿No has sentido alguna vez la necesidad de desconectar? Este libro es para los que sienten en mayor o menor grado los inconvenientes de internet y las adicciones que genera. ¿Cómo sobrevivir sin internet y no aislarse del mundo?



¿Cómo reaccionar frente a la terrible dosis de violencia a la que nos enfrentamos día a día como individuos y como sociedad? ¿Cómo estar en paz con nosotros mismos a pesar de los choques, las frustraciones y las fricciones que genera la vida? ¿Y cómo llevar este estado de paz al ámbito de lo colectivo, de lo político? Practicando, responden los autores. La paz, igual que la guerra, es un arte. No cae del cielo, sino que, como el fútbol o las matemáticas, se aprende y se ejercita. Thomas d'Ansembourg y David van Reybrouck proponen tres herramientas para empezar a practicar: el mindfulness, la comunicación no violenta y la compasión.



Luis Alegre ha escrito un libro feliz, lúcido y mordaz, y al mismo tiempo filosóficamente riguroso, que da las claves de la distancia racional necesaria para conquistar la felicidad y que constituye uno de los pocos puntos de apoyo con los que contamos para construir una humanidad más civilizada y libre. A través de este *Elogio de la homosexualidad* traslucen las bases de un mundo que sin duda va a ser mejor.



Aprender a dudar implica distanciarse de lo dado y poner en cuestión los tópicos y los prejuicios, cuestionar lo incuestionable. No para rechazarlo sin más, sino para examinarlo, analizarlo, razonarlo y, por fin, decidir. *Elogio de la duda* recorre las vicisitudes de la duda a lo largo y ancho de la historia del pensamiento —desde sus páginas nos hablarán Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Hume, Montaigne, Nietzsche, Wittgenstein, Russell, Rawls y un largo etcétera de hombres que decidieron dudar— y lo hace de manera asequible a un público amplio, sin renuncia alguna al rigor y la profundidad de quien ha ejercido la docencia universitaria durante 30 años.



Preguntarse por la naturaleza de la felicidad equivale a cuestionar el sentido y el fin de la existencia. La felicidad es una búsqueda a lo largo de la vida de cada persona; la infelicidad, en cambio, es el abandono del deseo de seguir viviendo. Más que una meta, la felicidad es un estado de ánimo, el anhelo de una vida plena.

La búsqueda de la felicidad no contiene recetas para lograr la plenitud, pero sí abundantes razones para no sucumbir al desánimo de una existencia que es paradójica, contingente y limitada, pero también rica y esperanzada.